

Las huellas del conflicto armado colombiano en la infancia

Camila Andrea Guerrero Arciniegas

Trabajo De Grado Para Optar Por El Título De Comunicadora Social

Campo: Periodismo

Director: Pedro Adrián Zuluaga

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE**

COMUNICACIÓN SOCIAL

BOGOTÁ

2016

ARTÍCULO 23 DE LA RESOLUCIÓN No. 13 DE JUNIO DE 1946

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en su tesis de grado. Sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales. Antes bien, se vea en ella revelada el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

Formato Proyecto Trabajo de Grado Carrera de Comunicación Social

Profesor Proyecto Profesional II:

Pedro Adrián Zuluaga

Fecha: 25/05/2016

Calificación: 4.6

Asesor Propuesto: Pedro Adrián Zuluaga

Vo.Bo. Coordinador de Campo (Opcional):

Fecha inscripción del Proyecto ante la Coordinación de Trabajos de

Grado: 25/05/2016

I. DATOS GENERALES

Nombre(s): Camila Andrea

Apellido(s): GuerreroArciniegas

Nombre(s):

Apellido(s):

Nombre(s):

Apellido(s):

Modalidad del trabajo:

	Monografía teórica	x	Producto
	Análisis de contenido		Práctica por Proyecto
x	Sistematización de experiencias		Asistencia en investigación

Título del Trabajo de Grado: provisional, corto, creativo, con subtítulo explicativo

Los rastros de la guerra reconstruidos desde miradas inocentes

Marque en qué línea de investigación se clasifica su trabajo:

x	Discursos y relatos		Industrias culturales
x	Procesos sociales		Prácticas de producción innovadora

Pedro Adrián Zuluaga

Título del Trabajo de Grado:

Las huellas del conflicto armado colombiano en la infancia

Tema central:

Niñez y conflicto armado en Colombia

Subtemas afines:

Niñez y desplazamiento, periodismo narrativo, conflicto armado, efectos psicológicos del conflicto armado.

Fecha de presentación: 15 **Mes:**11

Año:2016

Páginas: 115

II. RESEÑA DEL TRABAJO DE GRADO

1. Objetivo o propósito central del trabajo:

Entender cómo el conflicto armado colombiano afecta a los niños inmersos en diferentes contextos de guerra, a través de sus voces, historias personales y posibles nociones de paz, y que tenga como resultado un ejercicio de periodismo narrativo de alta calidad.

2. Contenido (Transcriba el título de cada uno de los capítulos del Trabajo)

Introducción, marco teórico, crónicas, conclusiones y bibliografía.

3. Autores principales (Breve descripción de los principales autores referenciados)

Patricia Vargas: Pregrado en Antropología con maestría en Historia y Doctorado en estudios culturales.

German Castro Caycedo: escritor, periodista y cronista colombiano

Juan Friede: Antropólogo, indigenista e historiador colombo-ucraniano.

4. Conceptos clave (Enuncie de tres a seis conceptos clave que identifiquen el Trabajo).

Conflicto armado y niñez, indígenas, desplazamiento forzado, niñez y periodismo narrativo.

5. Proceso metodológico. (Tipo de trabajo, procedimientos, herramientas empleadas para alcanzar el objetivo).

Esta es una investigación descriptivo analítica de carácter cualitativo, para la cual se llevó a cabo una revisión documental sobre el conflicto armado colombiano y la niñez. Además de una serie de entrevistas a niños inmersos en dicha problemática.

6. Reseña del Trabajo (Escriba dos o tres párrafos que, a su juicio, sinteticen el Trabajo).

Este trabajo de grado ofrece como resultado final tres crónicas con niños que han sido víctimas del conflicto armado en Colombia. A través de un trabajo de reportería cuidado y respetuoso, y de un ejercicio de escritura fluido y expresivo, se construye la voz de los menores y su comprensión de una guerra que ha afectado radicalmente sus vidas. El testimonio de los niños deja ver sus interpretaciones sobre el conflicto en múltiples dimensiones, sin reducirlos a su condición de víctimas. En las crónicas aparece la tristeza y el asombro por lo vivido pero también las esperanzas y sueños intactos de una generación, la del futuro, que quiere vivir en paz.

III. PRODUCCIONES TÉCNICAS O MULTIMEDIALES

1. Formato (Video, material escrito, audio, multimedia).

Escrito.

2. Duración audiovisual (minutos):

Número de casetes de vídeo:	
Número de disquetes:	
Número de fotografías:	
Número de diapositivas:	

3. Material impreso

Tipo: documento

Número de páginas:

115

4. Descripción del contenido

Es un trabajo escrito que contiene una parte investigativa y otra narrativa en la que se encuentran tres crónicas.



PTG-E-4

Referencia: Resumen o Abstract de Trabajo de Grado

FORMATO RESUMEN O ABSTRACT DE TRABAJO DE GRADO

NOMBRE COMPLETO DEL ESTUDIANTE	Camila Andrea Guerrero Arciniegas
APELLIDOS, NOMBRES	Guerrero Arciniegas, Camila Andrea
NOMBRE COMPLETO DEL ASESOR	Pedro Adrián Zuluaga
NOMBRE TRABAJO DE GRADO	Las huellas del conflicto armado colombiano en la infancia

ÉNFASIS	Periodismo
RESUMÉN O ABSTRACT	<p>Este trabajo de grado ofrece como resultado final tres crónicas con niños que han sido víctimas del conflicto armado en Colombia. A través de un trabajo de reportería cuidado y respetuoso, y de un ejercicio de escritura fluido y expresivo, se construye la voz de los menores y su comprensión de una guerra que ha afectado radicalmente sus vidas. El testimonio de los niños deja ver sus interpretaciones sobre el conflicto en múltiples dimensiones, sin reducirlos a su condición de víctimas. En las crónicas aparece la tristeza y el asombro por lo vivido pero también las esperanzas y sueños intactos de una generación, la del futuro, que quiere vivir en paz.</p>
SEMESTRE ACADÉMICO Y AÑO	Segundo semestre año 2016

AGRADECIMIENTOS

Mis más sinceros agradecimientos para mi mamá que me apoyó económica y emocionalmente en la elaboración de este trabajo, para mi compañero de vida y amigos, quienes sufrieron conmigo las desgarradoras historias de los niños.

ÍNDICE

Introducción

- 1. Marco Teórico: Conflicto armado y niñez**
 - 1.1. Contexto y cifras del impacto del conflicto armado en la niñez
 - 1.1.1. Contexto general de la lucha indígena en Colombia
 - 1.2. Efectos psicosociales en niños víctimas del conflicto armado**
 - 1.2.1. El duelo por la muerte de un pariente
 - 1.3. Desplazamiento forzado y niñez**
 - 1.4. Historia de los territorios a los que pertenecen los niños en conflicto**
 - 1.4.1. Mesetas (Meta)
 - 1.4.2. Santander de Quilichao (Cauca)
 - 1.4.3. Soacha (Cundinamarca)
 - 1.5. Periodismo y conflicto armado**
 - 1.5.1. Deconstrucción periodística del libro de Alfredo Molano y Pilar Lozano
 - 1.5.2. Los medios como agentes de construcción de otras narrativas del conflicto armado

1.6. Discusiones sobre la memoria

2. Capítulo II: Crónicas

- 2.1. Las voces del encierro
- 2.2. “Quiero ser gobernador”, un sueño que nace en la guerra
- 2.3. La aviación fue lo que le quedó de la guerra

3. Conclusiones y recomendaciones

4. Bibliografía

5. Anexos

Introducción

Las huellas del conflicto armado colombiano en la infancia es un trabajo periodístico que cuenta narrativamente la mirada que tienen tres pequeños sobre la guerra en Colombia, su vinculación con esta problemática y las afectaciones psicosociales que padecen al vivir en contextos marcados por la violencia.

La decisión de enfocar este proyecto en niños y no en adultos, surgió porque comúnmente las historias sobre el conflicto armado siempre son narradas desde las voces de los más grandes, como si la visión de los menores no aportara información valiosa para entender la guerra o como si existiera un temor a dejarlos hablar.

Claro que las limitaciones legales en Colombia para entrevistar a los pequeños en medio del conflicto tienen mucho que ver en el hecho de que pocas veces se encuentre en un trabajo periodístico la voz de los menores. Pues en el código de infancia y adolescencia del Bienestar Familiar, se les prohíbe a los medios de comunicación exponer la identidad de los niños, víctimas del conflicto armado al escrutinio público para no poner en peligro su seguridad o evitar revictimizarlos. No obstante, si desde el periodismo se hace un trabajo responsable con los menores en el que se oculte sus nombres y no se caiga en relatos sensacionalistas, las interpretaciones de los pequeños pueden ser muy valiosas para el entendimiento de la guerra.

Entender qué piensa la infancia del conflicto, a partir del relato de sus propias experiencias se vuelve una prioridad en estos tiempos en que el país está a portas de cambiar el curso de la violencia que lo ha caracterizado por más de 60 años. Pues son los niños quienes finalmente asumirán en un futuro las riendas de Colombia, y de no tener claras las secuelas que la guerra dejó en ellos ni su mirada sobre esta problemática nacional la historia de la barbarie podría repetirse. Es indispensable, entonces, ver, escuchar y leer las interpretaciones de los

pequeños sobre la guerra, si la apuesta en unos años es dejar en el baúl de los recuerdos los tiempos de violencia.

Entretanto, la reparación a las víctimas no puede ser solo para los adultos, a los niños también se les debe compensar los daños que el conflicto les ha dejado, pero sobre todo es importante darles la oportunidad de expresar lo que sienten para comprender qué tipo de país visualizan, si uno liderado por la venganza o por la reconciliación.

En sí, el fin del conflicto depende en parte del entendimiento del mismo, por eso es oportuno darles paso a voces no tradicionales como la de los niños que han vivido la guerra, para tener una mirada más amplia de dicho fenómeno. Los testimonios de los menores, en la mayoría de los casos, son solo tomados en calidad de víctimas y no como portadores de nuevos conocimientos que ayudan a entender la realidad vivida. En ese sentido, una de las intenciones de este trabajo es demostrar que los relatos de los niños pueden servir para comprender el conflicto.

Para cumplir con dicha intención se entrevistó a tres niños que viven en contextos geográficamente diferentes, pero que están unidos por una cosa; el conflicto armado. Esto con la intención de tener una mirada más amplia sobre sus experiencias en la guerra. Uno de los pequeños es desplazado, vive en Soacha; el otro es indígena de Santander de Quilichao, y el tercero nació en Mesetas, una zona permanente de conflicto.

Inicialmente, en el trabajo de proyecto de grado había planteado entrevistar a cuatro niños y no a tres. El cuarto era un pequeño de la ciudad que tuviera relación con el conflicto armado, pero al final no lo hice porque después de buscar insistentemente a un menor con dichas características y de encontrarlo, sus padres se arrepintieron. Les daba miedo que su hija hablara de una realidad que

ellos consideraban muy compleja para su edad. La niña tenía nueve años y su papá era un coronel del ejército que hacía inteligencia contra las Farc.

En cuanto al resto de los compromisos planteados en el anteproyecto, considero que todos se cumplieron exceptuando el objetivo específico en el que había propuesto contrastar la forma como percibía la guerra un niño de la ciudad, con relación a menores que estaban inmersos en zonas de conflicto armado.

Respecto a la metodología empleada en este trabajo periodístico, me basé en la recopilación y posterior narración de historias de vida, las cuales fueron desarrolladas bajo una perspectiva cualitativa que incluye observación constante del fenómeno estudiado; en este caso los niños inmersos en contextos golpeados por el conflicto armado, y la elaboración de entrevistas abiertas que lograron exaltar la realidad social y psicológica de los menores.

Revisar documentos académicos, institucionales y periodísticos para entender el contexto en el que viven los niños, su interpretación del conflicto y sus reacciones frente algunas preguntas que les hice, también fue una de las estrategias metodológicas empleadas en este proyecto.

Finalmente, este trabajo está compuesto de dos partes. En la primera se encuentra el marco teórico. Es decir, todo lo referente a la investigación previa que hice sobre la niñez y el conflicto armado para contar con un panorama más amplio que me permitiera comprender el fenómeno a cabalidad. En él se encuentra información relevante sobre los efectos psicosociales que deja la guerra en los menores, el desplazamiento forzado, cifras acerca del impacto del conflicto armado en la niñez y la relación del periodismo con esta problemática.

En la segunda parte, están las tres historias de los niños, contadas en formato de crónica. Como ya lo había mencionado anteriormente, la primera es el relato de una niña desplazada, la segunda; es la de un niño indígena de Santander de

Quilichao y la tercera; la de un pequeño que vivió por mucho tiempo en una zona de conflicto. Por último, están las conclusiones y la bibliografía.

1. MARCO TEÓRICO

1.1. Contexto y cifras del impacto del conflicto armado en la niñez

A puertas de finalizar las negociaciones entre las Farc y el gobierno Santos -al parecer por el camino de un diálogo bilateral que ha decidido detener el desangramiento de una sociedad víctima de masacres y atropellos inhumanos, vividos por más de 60 años-, se vuelve pertinente pensar en cómo rearmar las piezas de un país quebrantado por los rezagos de la violencia. En pro de ello, este trabajo periodístico buscará contribuir en dicha reconstrucción a través de las voces de los niños inmersos en el conflicto.

“En Colombia más del 25,3 % de la población son menores de 18 años. Los niños corresponden a las edades de 0 a 12 años mientras que los adolescentes van de los 12 a los 18 años. De ese porcentaje el 9,7 % está trabajando, es decir que 1 de cada 10 niños abandona la escuela por el trabajo y el 11% no se encuentra matriculado en ninguna institución educativa.” (Familiar, 2006) Además de esto un informe realizado por Free Press Unlimited, War Child Holland y la Agencia de Comunicaciones Pandil registra que cerca de 21.373 niños han sido víctimas del desplazamiento forzado.

La niñez en Colombia constantemente carga con el lastre de ver como se vulneran sus derechos a la integridad personal, la educación y la salud, principalmente por la violencia que generan los grupos armados ilegales en las periferias del país. Según el último informe del Observatorio de la Coalición contra la Vinculación de Niños, Niñas y Jóvenes al Conflicto Armado en Colombia (COALICO):

Entre enero y noviembre de 2014 se registraron 644 eventos que implicaron afectaciones directas a los niños concentrados mayoritariamente en la región del pacífico. Esto da cuenta de la continuación de la confrontación armada en zonas donde hay un alto porcentaje de comunidades étnicas. (COALICO, 2014)

Las acciones arrojadas por el observatorio que afectaron a los menores fueron “el ataque a bienes civiles (174 eventos), entre estas instituciones de salud e instituciones educativas; los desplazamientos forzados (154 eventos) y el reclutamiento ilícito, utilización y/o vinculación a grupos armados (125 eventos).” (COALICO, 2014)

Respecto a lo anterior el ICBF también emite un informe en donde señala que “entre 1999 y enero de 2015, la entidad ha atendido a 5.708 menores provenientes de guerrillas, paramilitares y bandas criminales. De ese grupo, 277 se desvincularon el año pasado.” (Abierta, 2015)

Además de aquellos menores que hicieron parte de las filas guerrilleras también están los que conforman la población civil y que a diario se ven afectados por los ataques de grupos al margen de la ley. Con relación a esto, el RUV (Registro Único de Víctimas), establece que “entre 1985 y 2012, 2.520.512 menores de edad han sido

desplazados, 70 han sido víctimas de violencia sexual, 154 de desaparición forzada, 154 de homicidio y 342 de minas antipersonal.” (Víctimas, 2015)

Frente a este panorama deberíamos preguntarnos ¿por qué razones los niños están inmiscuidos en la guerra cuando este debería ser un tema de adultos?

Bajo el rastreo de dichas cifras, se evidencia que los derechos y la seguridad de la población infantil en Colombia están constantemente expuestos a los abusos cometidos por grupos al margen de la ley, debido a la escasa presencia y al poco poder del Estado en las periferias del país. En esa medida, los actores armados se han aprovechado de la situación de vulnerabilidad, pobreza, desprotección, abandono, debilidad psicológica y falta de acceso a servicios de salud, educación y recreación de los menores, ejerciendo control sobre los niños y las tierras que ellos habitan junto con sus padres.

Esta situación de violencia le ha costado sangre y progreso a Colombia. Desde el surgimiento de las guerrillas en la década de 1960 los gobiernos de turno han intentado acabarlas, bien sea por el camino de las armas o del diálogo, sin embargo, los resultados terminan siendo infructuosos. Muestra de ello, fue la negociación que se llevó a cabo entre el gobierno Uribe y los paramilitares (grupos de autodefensa de extrema derecha creados en la década de 1980 y que sufrieron una rápida evolución desde cuando se agruparon bajo la sombrilla de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) en 1997) porque hasta el momento todavía hay víctimas a las que no se les han devuelto sus tierras y cabecillas del narcotráfico librados de sus verdaderas culpas, gracias a que la justicia transicional de dicho acuerdo los encubrió bajo el nombre de paramilitares.

Con las Farc-EP -(Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo), “guerrilleros liberales, nacidos del enfrentamiento entre los partidos tradicionales en los años cuarenta” (Abierta, 2013)- los esfuerzos han sido fallidos. En el periodo presidencial de Andrés Pastrana hubo un intento de negociación en San Vicente del Caguán que terminó con el fortalecimiento de este grupo, en parte por las múltiples concesiones del gobierno y el mal tratamiento que le dieron los medios de comunicación a la información. Hoy, después de 12 años, el presidente Juan Manuel Santos vuelve a intentarlo con aparentes posibilidades de conseguir el anhelado cese al conflicto con una guerrillera que se ha dedicado a secuestrar, asesinar y a sabotear la infraestructura mediante la destrucción de torres eléctricas y carreteras.

El ELN (Ejército de Liberación Nacional), otra de las guerrillas colombianas, nacida en los años 60, opera bajo lógicas similares de presión a las usadas por las FARC. No obstante, sus ataques se centran sobre todo a acabar la infraestructura petrolera como expresión de oposición a la explotación por parte de empresas

extranjeras de los recursos colombianos, debido a su orientación marxista-leninista y pro revolución cubana. Actualmente, el gobierno de Juan Manuel Santos inició un diálogo exploratorio de paz con esta guerrilla, de concretarse las negociaciones se harían en Ecuador.

El EPL, Quintín Lame y el M-19 han sido algunas de las pocas organizaciones guerrilleras que consiguieron desmovilizarse. Una de las razones más validadas en la historia se debe a que estos grupos no alcanzaron a mezclar sus prácticas revolucionarias con el narcotráfico ni con actos terroristas de alto impacto. Pues, hasta su desintegración el mayor ideal fue enfrentar al Estado por la vía de las armas en busca de un país que fuera más incluyente y equitativo con las comunidades menos favorecidas.

En suma, la prolongación de dichos grupos armados además de daños a la economía del país ha provocado aproximadamente 220.000 muertos de los cuales la población más afectada es aquella que no es combatiente sino civil, entre esta se encuentran los niños. (Histórica, 2013)

Los menores de edad, con el pasar de los años se han convertido en un blanco fácil de manipular, principalmente por la proximidad que tienen con los territorios donde habita la guerrilla. “Esta situación los lleva a ser usados en las actividades económicas de los grupos armados como la minería ilegal y el narcotráfico, debido a que su mano de obra es mucho más barata. Otra razón que los impulsa a relacionarse con estas organizaciones se debe a situaciones familiares de abuso, violencia, abandono, orfandad, carencia de oportunidades de educación y empleo en contextos de pobreza, donde la vinculación a estos grupos puede significar una ‘oportunidad’; y por último la identificación con modelos guerreros” (Histórica, 2013) resultan factores de influencia para los niños que a menudo viven en zonas de conflicto, porque aunque hay algunos que no se involucran en las actividades de la guerrilla, la ven como el único referente de autoridad en sus regiones, por la débil presencia del Estado en el territorio. En ese sentido, crecen y se comportan de acuerdo a los parámetros y modelos organizacionales impuestos por los grupos armados.

Dicha debilidad estatal demuestra que pese a tener una constitución dirigida a darle primacía a los derechos de los niños sobre el resto de la sociedad, se han cometido violaciones de lesa humanidad contra ellos, ignorando las promesas emanadas en la carta para salvaguardar su seguridad.

Art 44. Son derechos fundamentales de los niños: la vida, la integridad física, la salud y la seguridad social, la alimentación equilibrada, su nombre y nacionalidad, tener una familia y no ser separados de ella, el cuidado y amor, la educación y la cultura, la recreación y la libre expresión de su opinión. Serán protegidos contra toda forma de abandono, violencia física o moral, secuestro, venta, abuso sexual, explotación laboral o económica y trabajos riesgosos. Gozarán también de los demás derechos consagrados en la Constitución, en las leyes y en los tratados internacionales ratificados por Colombia. La familia, la sociedad y el Estado tienen la obligación de asistir y

proteger al niño para garantizar su desarrollo armónico e integral y el ejercicio pleno de sus derechos. Cualquier persona puede exigir de la autoridad competente su cumplimiento y la sanción de los infractores. Los derechos de los niños prevalecen sobre los derechos de los demás.

Proveerle la vida estable que garantiza el artículo 44 de la Constitución Colombiana a los niños de este país que conviven con balas, muerte y expropiación se convierte en una utopía difícil de traducirse en realismo mientras el acceso a la educación sea limitado o inexistente en varias zonas del país y el sistema de salud tampoco esté al alcance de todos. Pues, aunque el artículo 67 diga: "(...) El Estado, la sociedad y la familia son responsables de la educación, que será obligatoria entre los 5 y los 15 años de edad y que comprenderá como mínimo, un año de preescolar y nueve de educación básica." Se sabe que esta premisa lejos de ser verdad no cubre a la mayoría de su población, pues en algunas partes de los departamentos de Antioquia, Cauca, Caquetá, Nariño, Valle del Cauca, Norte de Santander Arauca, Putumayo y Meta la violencia no permite la intromisión de instituciones estatales.

Contexto general de la lucha indígena en Colombia

Cuando el hombre de la ciudad tiene la oportunidad de recorrer las regiones menos turísticas del país, de conocer sus problemas y conflictos internos se da cuenta que hay un verdadero divorcio entre los epicentros de la violencia y la capital. Además de un desconocimiento profundo sobre las realidades que viven los otros. Esos a los que muchas veces catalogamos de incivilizados, por no estar sumergidos completamente en la ola del capitalismo.

Los pueblos indígenas penosamente han sido referenciados con este estereotipo. Es vergonzoso porque contrario a lo que pensamos ellos al igual que nosotros saben leer, escribir y hacer uso de las nuevas tecnologías. Tal vez, todos no lo hacen por gusto propio sino para impedir que les sigan arrebatando sus derechos.

Desde el siglo XVI, con la llegada de los colonizadores, los pueblos indígenas de Colombia han enfrentado el fenómeno de aniquilamiento físico y cultural, opresión y despojo de sus territorios ancestrales solo porque una raza "superior" los calificó de "salvajes". No rendirse ante el cristianismo y proteger la tierra en vez de explotarla para beneficio personal fue el mayor pecado que pudieron cometer los aborígenes.

Lo más irónico es que hoy, después de los magnicidios que ha cometido la religión y de estar al borde de acabar con muchos de los recursos naturales, aún se sigue creyendo que los no ilustrados son ellos. Continuamos excluyendo sus saberes y pasando por encima de sus derechos.

Una muestra de ello está en que los indígenas pasaron de ser una mayoría a una minoría en un continente que inicialmente era suyo. Esto llevado al caso colombiano se ve en que de “41.468.384 habitantes solo 1’500.000 son indígenas; es decir, el 3,4 % de la población de todo el país” (DANE, 2005). Suma ínfima si se tiene en cuenta lo planteado anteriormente.

¿Qué ha pasado entonces con la población indígena si antes conformaban el grupo de las mayorías?

En Colombia -el escenario de este estudio- las comunidades indígenas han ido desapareciendo por la influencia de la cultura occidental, la presencia de la guerrilla en sus territorios y el fenómeno del paramilitarismo en el país.

En el siglo XX el Estado se convierte en un actor que excluye a los indígenas por su interés de favorecer más la ampliación de la frontera agrícola de la clase terrateniente en las regiones geográficas de Antioquia, el eje cafetero y Caldas. El Centro de la Región Andina; a finales de este siglo también se expande más al sur, como son los llanos, bajo Caquetá y Putumayo. Además, por esta misma época, las fronteras del Pacífico, Orinoquia y Amazonía empiezan a ser controladas por el ejército, los guerrilleros, paramilitares y narcotraficantes (Tunubalá, 2013). Es decir, que a los indígenas se les despoja de sus tierras a punta de miedo, violencia y muerte.

Estos procesos de expansión de los terratenientes y del mismo Estado, bajo la justificación de un país con miras al progreso fueron reduciendo cada vez más las tierras de Resguardo o territorios ancestrales ocupados por parte de las comunidades indígenas en todo el territorio nacional, además incrementaron el camino hacia su extinción.

Hoy de los 105 diferentes grupos indígenas solo se reconocen oficialmente 87 pueblos. Los departamentos con mayor porcentaje indígena son la Guajira con el 44,94%, los cuales representan un total de 278.254, sigue el departamento del Cauca con un porcentaje de 21,50 % cuyo número asciende a 247.987 habitantes conformado por Nasas, Misak, Totoroes, Yanaconas, Ingas, Kokonukus, Eperaras y Siapiadaras. (DANE, 2005).

La lucha por preservar la identidad de los indígenas no ha sido fácil, seguir permaneciendo pese a los atropellos cometidos en su contra les ha costado vidas y tiempo. Aun así, y a pesar de ser una minoría han conseguido recuperar parte de sus territorios.

A finales de la década de los 60 y 70 los pueblos indígenas toman conciencia sobre la importancia de volver a recuperar los territorios usurpados por parte de los colonos, entonces se encausan en la tarea de buscar los mecanismos para que sus derechos a nivel local, departamental y nacional sean reconocidos. Los Paeces y Guambianos son quienes lideran esta causa desde el Cauca. Dichas acciones de recuperación de los territorios ancestrales generan una respuesta lenta de aniquilamiento militar contra las comunidades, encabezada por los “pájaros” más adelante denominados “paramilitares”, creados directamente por los terratenientes, en parte para crear zozobra en los territorios indígenas que cuentan con líderes dispuestos a quitarles las

tierras que por derecho les pertenecen. En la década de los 80s son muchos los dirigentes indígenas que caen, por el hecho de promulgar nuevos idearios en sus territorios. Como respuesta a las diferentes formas de represión que se ejercen sobre las comunidades un sector de los indígenas Nasa crean una fuerza armada, tipo autodefensa denominada "Movimiento Armado Quintín Lame" (Tunubalá, 2013).

La creación de este grupo de autodefensa le dio pie al Estado para calificar a todos los indígenas de guerrilleros y subversivos. Su carácter pacífico mantenido por siglos fue olvidado en un santiamén y usado como excusa para seguirlos excluyendo. Este hecho quedó marcado en la memoria de muchos y fue en parte a partir de él, que hoy por hoy un porcentaje considerable de la sociedad y de los medios de comunicación siguen relacionando a los indígenas como colaboradores de la guerrilla a pesar de que el Quintín Lame ya se desintegró.

Dicha preconcepción es hipócrita al no tener presente que "el conflicto armado ha dejado más de 400 indígenas muertos en los últimos años." (Tunubalá, 2013) Los subversivos al igual que el ejército ubican sus bases militares dentro de sus territorios poniendo en peligro la vida de la comunidad. No siendo esto suficiente en algunos casos son obligados a proveerle información, alimento y alojamiento a las partes enfrentadas, lo cual incrementa el riesgo porque ningún grupo los defiende al ver que les toca respaldar a todos.

Esta es una porción de la realidad que enfrentan a diario las minorías de las regiones que tanto desconocemos. Andar el país nos ayudaría sin duda a comernos menos enteras las visiones que construyen los medios de comunicación, empresarios y ciertos dirigentes sobre quiénes son los indígenas. No intento con esto endiosarlos pero tampoco satanizarlos. Solo tengo la intención de abrir una puerta hacia la reflexión para cuestionarnos si: ¿los indígenas son víctimas o victimarios? o ¿tan primitivos e incivilizados como creemos? Con el fin de dar respuestas a estos interrogantes, decidí que uno de los niños a los que entrevistaría sería uno de procedencia indígena que a partir de sus experiencias personales me contara su mirada sobre el conflicto armado y sobre las luchas que ha enfrentado su etnia. Lo conseguí. El resultado quedo plasmado en la crónica hecha en su nombre.

Efectos psicosociales en niños víctimas del conflicto armado

Los daños psicosociales que sufren los niños víctimas del conflicto armado, por lo general se derivan de las experiencias que los rodean (enfrentamientos armados, estigmatización, desplazamiento, masacres, hostigamientos, reclutamiento forzado, pobreza, entre otros). La crudeza de estos actos los exponen a emociones tan fuertes que en algunas ocasiones terminan afectados de manera física y psicológica.

El énfasis sobre la importancia de los efectos que estos eventos causan sobre la población infantil, radica en la vulnerabilidad de la misma y que la violencia impacta de forma discriminada a los niños y niñas, no solo en relación al tipo o forma de violencia al que están expuestos, también en relación con el momento en que se encuentran de su maduración biológica y psicológica, al igual que el papel que desempeñe la red familiar y/o social que lo soporte en el momento y luego de la situación de violencia (Arias & Bohórquez Luque, 1999)

Sin embargo, antes de ahondar en ese tema es importante desmitificar la idea erróneamente construida alrededor del trauma, porque usualmente cuando las personas se acercan al tema de los niños víctimas del conflicto armado, suelen imaginar que todos aquellos inmersos en dicho contexto están traumatizados por el simple hecho de haber sido testigos o partícipes de una experiencia violenta.

Sigmund Freud, el padre del psicoanálisis, contradice esta postura definiendo el trauma como el “producto de una vivencia que irrumpe en la vida psíquica generando una cantidad tan grande de excitación, que el sujeto no logra responder o sus respuestas no son suficientes para tramitar dicho exceso, quedando entonces sobrepasado por el mismo.” (Jímenez Sanín, 2009)

En ese sentido, el estar traumatizado o no, poco depende del hecho en sí y más de la capacidad que en este caso tiene el niño para procesar y responder ante sucesos violentos. La forma en que asimila y adopta el hecho es la responsable de generar o no un trauma. Por esa razón, “no todas las personas que han estado expuestas a situaciones de guerra, maltrato o conflicto armado, desarrollan una neurosis traumática o trastorno de estrés postraumático como se le denomina actualmente en los manuales de trastornos mentales” (Jímenez Sanín, 2009) ya que en palabras más sencillas el trauma no está definido por la magnitud del acontecimiento, la cantidad de daños físicos o pérdidas, sino por la manera en que cada sujeto vivencia la situación y su modo de responder a ella.

Entonces si el desarrollo del trauma queda a merced de la fortaleza del niño la pregunta sería ¿qué o quién les provee esa fuerza? Efectivamente hay una fuente de poder que le ha permitido a muchos menores eliminar o, en otros casos, no tener marcas psicológicas a pesar de ser víctimas del conflicto armado.

Su dependencia al “otro” como diría la teoría del psiquiatra francés Jacques Lacan es lo que salva al niño de un posible trauma. “Pues, ‘el otro’ es entendido en la personificación de un Dios, un discurso ideológico, político o la figura de sus padres, elementos bajo los cuales construye sus referentes de vida y da sentido a lo acontecido, incluso cuando esto es del orden de la tragedia.” (Jímenez Sanín, 2009) Es decir, si un niño vive en medio de la guerra y la figura materna, paterna o sus creencias son consistentes, esto le permitirá sentirse resguardado frente a la angustia y fortalecido en los encuentros con lo real. De este modo será menos propenso al trauma.

En síntesis, la solidez de una familia puede hacerle entender al niño la situación por la que están pasando y con esto brindarle seguridad. Los menores por lo general confían en las palabras de sus padres. Si su madre les garantiza mantenerse juntos difícilmente se angustiarán por la guerra, su miedo solo se

reducirá a la posibilidad de perder a sus progenitores. Por lo tanto, mientras exista ese “otro” los niños pondrán sus esperanzas en ellos por considerarlos una fuente de saber, pero al no estar o quedarse sin ese estímulo quedarán expuestos a los traumas y serán blancos de diversos peligros como abusos sexuales, enfermedades, abandono, muerte, entre otros.

Entendido el trauma como un posible efecto en el desarrollo de los niños que experimentan situaciones difíciles de asimilar por ellos mismos, y no como una regla para todos aquellos que viven un suceso violento. Continuaré hablando de los efectos más factibles de presentarse en la mayoría de los menores cercanos a la guerra.

Usualmente las regiones asediadas por los grupos armados o el ejército son sensibles a la libertad de opiniones políticas, ya que particularmente los pobladores del lugar, para no ser considerados enemigos, deben seguir la ideología impuesta por quienes detentan el poder en sus tierras. Por esa lógica, “desde temprana edad los menores aprenden a desconfiar y no opinar para evitar señalamientos por las posiciones o tendencias políticas de sus padres quienes, por temor, imponen a sus hijos un régimen de silencio. Como consecuencia se produce un efecto polarizador que ubica a todos en uno u otro bando.” (Bello, 2000)

El peligro de estas dinámicas en la formación de los niños radica en que empiezan a circunscribir la realidad dentro de la categoría buenos vs malos y como resultado terminan legitimando el autoritarismo, la fuerza y la arbitrariedad como los únicos mecanismos eficaces para vivir en sociedad. Pues al haber una ausencia de mediaciones institucionales en la resolución de los conflictos, se defenderá la idea de apelar a la justicia por la propia mano y esto terminará avivando sentimientos de venganza.

Por su parte, Sandra Ruiz Ceballos, académica de la Universidad Nacional, señala que, si un niño desde temprana edad se da cuenta que las personas de su familia o de su comunidad se involucran con grupos armados, ya sea por obligación o convicción, su identidad personal y colectiva se construirá a partir de esos referentes. “Se auto-reconocerán en aquellos a los que han seguido y verán como adversarios a quienes son diferentes. Bajo esa lógica empiezan a aceptar o a negar la existencia del otro” (Ruiz Ceballos, 2002). Siendo eso así, los comportamientos de los actores que rodean a los niños juegan un papel determinante en el desarrollo de su personalidad y en sus decisiones de actuar bien o no. Claro está, que en zonas donde el conflicto es más intenso difícilmente los padres podrán decidir sobre la suerte de sus hijos. La crueldad de la guerra los arrastrará.

El duelo por la muerte de un pariente

El conflicto armado interno además de miseria, injusticias y odios, lleva a cuestras el peso de la muerte, que involucra sin distinción de raza o estrato social tanto a

los victimarios como a las víctimas. En ese último grupo, los niños son quienes más sufren cuando tienen que ver morir a sus seres queridos. El dolor que les causa la partida de alguno de sus padres, hermanos, primos o abuelos en un contexto cargado de violencia en el que solo encontraban refugio en los brazos de esas personas que se han ido, los sumerge en un duelo profundo.

Cuando los niños, niñas y adolescentes pierden a sus padres, ya sea porque son asesinados o víctimas de desaparición forzada. Las consecuencias en su desarrollo y en su proyecto de vida pueden alterarse. En muchas ocasiones, cuando esto sucede, deben dejar el lugar donde nacieron, a sus amigos, su escuela y hasta parte de sus costumbres, lo cual termina transformando sus planes de vida por completo. Marcharse con otros familiares que deciden acogerlos tras la tragedia o ingresar a programas de protección les arrebatará algo de su identidad y los obligará a adaptarse a nuevas formas de relación.

En un informe que elaboró el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) sobre el impacto del conflicto armado en el estado psicosocial de niños, niñas y adolescentes se menciona que la pérdida de un familiar lleva a los pequeños a desarrollar habilidades de ajuste para enfrentar todos los cambios que se derivan del fallecimiento de un ser cercano. “Pero no siempre los niños son lo suficientemente hábiles para adecuarse a sus nuevos entornos y las demandas de estos. Muy probablemente deben hacer acopio de todas sus competencias para poder manejar el duelo y los indicadores emocionales asociados a la orfandad como lo es el trastorno de estrés postraumático”. (Familiar, 2012)

Las manifestaciones relacionadas con el duelo, según un estudio realizado por el ICBF se circunscriben en el campo psicológico y social. Están asociadas a la actitud de los niños de querer apartarse de la gente y al desligamiento de su proyecto de vida.

Campo Psicológico

- Pérdidas relacionadas no solo con la persona fallecida sino de actividades, hábitos y estilo de vida.
- Crisis generada por los cambios no esperados y en ocasiones abruptos.

Campo Social

- Aislamiento y ruptura de redes de apoyo por falta de interés.
- Cambio de prácticas sociales asociadas a las creencias de luto.
- Disminución de actividades que involucran contacto social.

Como ya lo he venido hablando, en el proceso del duelo los niños que pierden a alguno de sus familiares en contextos violentos sufren cambios abruptos en su estilo de vida y en su manera de relacionarse con el mundo. A unos los invade una bruma de silencio que los distancia de escenarios sociales mientras que otros pueden empezar a tener episodios de angustia o estrés continuo, producto del

miedo que les ocasiona la ausencia del ser querido que ya no los acompaña o el temor de perder a un nuevo pariente.

Adicional a las manifestaciones del duelo en el informe también se mencionan las etapas por las que suelen pasar los niños cuando pierden a alguien significativo, el cuadro a continuación resume los comportamientos que adoptan los menores en dicha situación.

Fases	Etapas	Características	Tiempo
Inicial	Afrontamiento e Impacto	El impacto inicial se caracteriza por desorganización, negación del hecho, ocultamiento de los adultos, los niños, niñas y adolescentes del suceso de pérdida. Se rompe la cotidianidad, los hábitos y patrones de comportamiento y relaciones en especial con el ser querido fallecido. La invulnerabilidad y algunas cogniciones en relación con la pérdida, muerte, espiritualidad, etc. se ven afectadas. Se presenta dolor emocional (tristeza, nostalgia, recuerdos recurrentes del ser querido, momentos especiales, etc., frustración por planes y momentos a futuro que se querían compartir con el ser querido, celebraciones religiosas, por ejemplo, primera comunión, ingresar al colegio, universidad, etc.). Se puede presentar ira y culpa por la situación, desorganización y desesperanza, enfado o indiferencia, depende de la relación previa con la persona fallecida. Algunas personas anhelan y buscan a sus seres queridos, buscan explicaciones, etc.	Primera semana
Transitoria	Procesamiento y acomodación	En esta etapa se negocian las creencias con la nueva realidad, se evalúan los factores de riesgo y la vulnerabilidad es percibida de una forma más realista. Se presenta la negociación de creencias, espiritualidad (diálogo con seres superiores, guías espirituales, etc). Durante ese periodo, hay episodios de nostalgia, tristeza por los recuerdos vividos y se concentra la atención en los momentos agradables. Para otros niños, niñas y adolescentes cuya experiencia no era positiva, vivencian el duelo más por los comentarios de los demás familiares (duelo familiar)	Entre 1 y 2 meses

		<p>que por su propia vivencia, se ve al familiar llorando, orando, sufriendo, etc. Los hábitos se cambian por la ausencia del fallecido-a, se empiezan a llenar espacios vitales, por ejemplo, en el hogar, nuevas relaciones, etc. En ese momento, los procesos de socialización del colegio, comunidad, etc. favorecen el afrontamiento adecuado a los niños, niñas y adolescentes. Se inicia la reconstrucción de la vida sin la persona fallecida, se establecen nuevas figuras de afecto, amigos, redes de familiares y vecinos, etc. Puede haber manifestaciones entre el impacto y la resolución del duelo. Cognitivamente suele presentarse la fase de acomodación, esto es, la nueva información, nuevas redes y situaciones van incorporándose en la vida de los niños y se va aceptando paulatinamente. Algunas áreas son más fáciles de acomodar dependiendo de diferentes características de la familia, los cuidadores, las instituciones, etc.</p>	
Final	Aceptación y restablecimiento	<p>En esta fase se resuelve el duelo, lo cual no quiere decir que se borren recuerdos, se expresen sentimientos relacionados con la pérdida. Los niños aprenden a reconstruir sus vidas sin la persona(s) fallecida(s) y se restablece la vida en las diferentes esferas: familiar, académica, social, comunitaria. El proceso debe culminar en la medida que la persona asume hablar sin llorar, o reaccionar extremadamente sobre la persona fallecida, no se desconcentra y puede seguir realizando las actividades sin perder el control. Los pequeños tienen otras redes de apoyo, fuentes de afecto que reemplazan las pérdidas por la violencia.</p>	3 a 6 meses

* Tomado de: informe del impacto del conflicto armado en el estado psicosocial de niños, niñas y adolescentes. (Familiar, 2012)

Como se evidencia en el cuadro, el duelo es un proceso que enfrenta a los niños a emociones tan fuertes que los aleja de su zona de confort. La estabilidad que un día tuvieron pese a vivir en un territorio en conflicto desaparece con la muerte de

sus seres queridos, y es ahí cuando el miedo, la rabia y los problemas psicológicos aparecen. Sin embargo, algunos en la etapa de recuperación logran rehacer su vida, dejando atrás las heridas del pasado. Otros, en cambio, pueden tardar más tiempo en olvidar, sobre todo si no tienen el apoyo de familiares o amigos.

Otra de las secuelas que deja la violencia en niños que han sido testigos de masacres o víctimas de minas antipersona. “son miedo intenso, alteración del sueño, apatía, rebeldía, rabia y sentimientos de venganza.” (Bello Albarracín & Ruíz Ceballos, 2002). De igual forma, los daños también empiezan a ser morales en el momento en que los niños presencian acciones criminales en espacios públicos donde ellos acostumbran a estar, sobre todo cuando sus familiares son quienes están siendo violentados. “Allí, la percepción de injusticia se incrementa por la manera como se nombra a sus conocidos y por el trato de ‘héroes’ que reciben algunos criminales” (2002).

No obstante, la condición de vulnerabilidad que sufren los menores, no se da en el mismo grado de intensidad para todos, como ya lo he mencionado anteriormente. Hay unos más expuestos que otros como es el caso de los niños indígenas y de los desplazados.

En su mayoría los niños que han sido desarraigados de su territorio se ven expuestos a daños más graves que los sufridos por los que aún se quedan, pues, aunque se alejan de los abusos y maltratos ejercidos por los grupos armados empiezan a padecer otros como son el deterioro de su calidad de vida por el hacinamiento, el hambre y el encierro en los nuevos lugares donde debieron establecerse de forma precaria. Además, “la vida en las ciudades los expone y confronta con nuevas humillaciones, exclusiones y discriminaciones (raciales, étnicas y de clase), de lo que son ejemplo las burlas referentes al origen étnico, color de piel, rasgos campesinos, modos de hablar y dialectos, así como las humillaciones por sus situaciones de extrema pobreza. Todo lo anterior repercute tanto en la identidad y autoestima de niños, niñas y adolescentes, como en el desarrollo de sus personalidades, que se encuentran en proceso de formación.” (Histórica, 2013)

En cuanto a los niños indígenas las afectaciones suelen producirse en contra de sus creencias, ya que en muchos casos los grupos insurgentes llegan a sus territorios a imponer sus modelos políticos, culturales, económicos y sociales como muestra de poder, hecho que termina por degradar los pilares de la identidad colectiva. Sin embargo, más allá de eso los menores también se deben enfrentar a que sus padres, madres y abuelos sean señalados por el ejército como guerrilleros. Esta condición suele deberse al silencio, producto del miedo, que guarda la comunidad frente a los ataques perpetrados por los actores armados.

Desplazamiento forzado y niñez

El desplazamiento forzado en Colombia es una realidad que agobia al país. Según un artículo del portal de noticias de la revista Semana, el año pasado, fuimos identificados por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) con el

deshonroso título de tener la mayor cantidad de desplazados internos en el mundo, “6,9 millones de casos en total. Le siguen Siria, con 6,6 millones, e Irak, con 4,4 millones” (Semana, 2015). Sin duda, esta es una noticia desalentadora que deja ver los alcances de una guerra en la que no solo están involucradas personas adultas sino también niños.

Los menores que deberían disfrutar de su infancia entre juegos y el colegio se han visto obligados a abandonar esas prácticas por causa del conflicto armado. Vivir huyendo es la única opción que les queda a aquellos que son despojados de sus tierras. Esa situación divide en dos sus vidas: antes del desplazamiento y después del mismo.

Antes de...

Antes del desplazamiento los niños pasan por dos etapas, la primera ocurre cuando se enfrentan por primera vez a hechos violentos o de ya conocerlos estos se acentúan, y la segunda tiene que ver con las rupturas comunitarias producidas por el miedo que genera el conflicto armado.

Cuando la violencia se incrementa en las zonas donde viven los menores, las familias empiezan a contemplar la idea de abandonar su lugar de residencia para proteger sus vidas. La desaparición de seres queridos o el asesinato de las figuras consideradas por los niños un soporte son las causas que finalmente terminan fomentando el desplazamiento. Esto representa para los pequeños la destrucción de su mundo.

Por otro lado, “el proceso de fragmentación de las relaciones comunitarias que se genera por el clima de desconfianza, conflictividad y miedo, propio del conflicto armado, lleva a los padres o familiares a controlar la espontaneidad y vitalidad de los niños, y en últimas a reprimir su condición de infantes, lo cual se expresa en la orden de guardar silencio, no preguntar y mentir para sobrevivir en medio de una guerra que no pidieron” (Bello, 2002).

En otras palabras, antes de que las personas se desplazan de su territorio, ya sea porque actores armados las obligan o por decisión propia, los niños son despojados de su inocencia, pierden su derecho a gozar de una vida de juegos para sumarse a una en la que impera el miedo y la represión. Tanto así, que la violencia deja de ser un factor ajeno a sus vidas, se convierte en una experiencia cotidiana. Es decir, “se constituye en una forma natural de ser de la realidad, debido a que se acostumbran a estar en un ambiente autoritario, sustentado en la fuerza, que los lleva a volverse indolentes ante el sufrimiento (...) Esa adaptación a los escenarios de guerra es muy perjudicial para ellos porque quedan inmersos en un mundo que les impedirá expresarse libremente o convertirse en seres autónomos” (Bello, 2002).

Permitir, entonces, que los niños sigan viviendo en territorios violentos donde impera la voluntad de los grupos armados, los sentenciará a una vida en la que tendrán pocas oportunidades para desarrollar su creatividad, curiosidad, su sentido de exploración o la posibilidad de equivocarse e intentarlo de nuevo, porque tendrán que regirse bajo las reglas de una autoridad acostumbrada a

solucionar los problemas con violencia. Un hecho que, de entrada, los cohibe de comportarse de una forma u otra.

El miedo que también hace parte de las emociones que surgen antes del desplazamiento se convierte para algunos niños en una vivencia cotidiana, cuando el juego, la escuela o el sueño comienzan a ser interrumpidos por acciones violentas. En el momento en que esto ocurre, el temor de los menores crece y sus formas de relación, expresión y movimiento cambian, ya no son espontáneas sino conducidas por la angustia.

En suma, el fuerte desgaste emocional que sufren las familias por la crueldad del conflicto, las lleva a tomar la decisión de huir. El desplazamiento se convierte en el escape momentáneo de la violencia. "En el proceso de salida los niños pueden experimentar sensaciones de confusión, aislamiento y soledad; la tensión e irritabilidad que estos hechos generan en los adultos provocan reacciones agresivas ante los pequeños; les exigen guardar silencio, quedarse quietos, no molestar o no preguntar. Algunos adultos creen que no dar explicaciones a los menores es una forma de protegerlos a ellos y a la familia: "es mejor que no sepan nada". Otros simplemente consideran que las preguntas de los niños y niñas no merecen atención" (Bello, 2002). Esta situación que viven los chicos es una de las tantas problemáticas que deben enfrentar los padres cuando se alejan de su territorio y que por supuesto ponen en vilo la estabilidad y la salud de los integrantes de la familia.

Abandonar el lugar donde se ha construido una vida se vuelve entonces un acto de valentía que solo pocos están dispuestos a hacer. La mayoría de los padres se atreven a dejar todo por salvaguardar a sus hijos y familiares, aunque esta decisión traiga consigo sentimientos de desolación, dolor y confusión en los menores.

Después de...

En el momento en que las familias abandonan su casa empiezan a enfrentar una nueva lucha que ya no consiste en soportar el conflicto sino en sobrevivir en contextos desconocidos. En esa transición, enfrentan situaciones diversas que pueden contribuir a la reconstrucción de la estabilidad de niños o, por el contrario, a ponerlos en una condición de vulnerabilidad. Eso depende de muchos factores.

Para la autora Bello hay tres aspectos que influyen en la adaptación o no de los niños a sus nuevos lugares de residencia:

1. La similitud o diferencia de los contextos de llegada en lo social, lo geográfico y lo cultural

Según Bello, si los niños se trasladan a un lugar muy similar del que fueron desplazados su adaptación puede ser más fácil porque se sienten cómodos con el

clima, el ambiente, las costumbres y la dieta. Pues, aunque sea difícil de creer si en su nueva residencia hace mucho frío y ellos vienen de un clima cálido esto puede incidir en su ánimo o si el acceso a la comida es restringido su disposición para quedarse allí será menor. Por lo general, los chicos que se mudan de pequeños pueblos a grandes ciudades extrañan los alimentos que obtenían con facilidad de sus cultivos y que en las zonas urbanas no están a su alcance por los costos. Así las cosas, las condiciones de vida que tengan los menores hará más o menos difícil su condición de desplazados.

“En el tránsito más corriente se pasa de contextos rurales a urbanizados. Al comienzo los pequeños pueden vivir este cambio con gusto y novedad; pues encuentran en la ciudad ofertas y oportunidades para vivir su rol de niños, que en muchas ocasiones les fue negado en el campo, sin embargo, lo que era atractivo se convierte en frustración y ambivalencia a medida que se agudizan las carencias, señalamientos, exclusiones y dificultades cotidianas” (2002). Sin duda, las ciudades pueden llegar a ser un lugar despiadado para los desplazados, si se tiene en cuenta que la gente no es tan cálida como en los pueblos por el aire de desconfianza que invade a sus pobladores y que el costo de vida es muy alto.

2. Una red social e institucional adversa o de apoyo

El apoyo que las instituciones gubernamentales o particulares le puedan dar a las familias desplazadas también las ayudará a adaptarse con mayor facilidad a un nuevo contexto. Si los niños, en especial, encuentran una oferta institucional que les proporcione estabilidad educativa y de entretenimiento será más fácil dejar en el baúl de los recuerdos los episodios de violencia que sufrieron en el pasado. Por el contrario, si esto no sucede habrá más frustración y el dolor por lo ocurrido se podrá intensificar.

Propiciar actividades de integración, comunicación y solidaridad es una tarea que deben emprender los gobiernos si desean reducir los daños que sufren las víctimas de desplazamiento. Pues, el encontrarse en lugares donde las diferencias culturales o de clase son muy fuertes y no contar con la ayuda de nadie puede exponerlos a un estado de vulnerabilidad mayor al que vivieron en sus antiguos hogares.

3. La red familiar cohesionada o fragmentada

En este punto Bello menciona que la situación emocional de la familia cumple otro papel importante en los impactos del desplazamiento en los niños. “Una familia fragmentada por efecto del asesinato, desaparición o salida preventiva de uno de sus miembros, se ve altamente vulnerada, dado que se enfrenta al dolor que produce la pérdida y la elaboración de los procesos de duelo respectivos. Además, la falta de un miembro (especialmente el padre o los hermanos mayores) implica la reacomodación de roles y funciones que, por lo general, contribuyen a afianzar las tensiones y sobrecargas del núcleo familiar” (2002). En ese sentido, si no hay una unión fuerte entre los hijos y los padres a los menores les costará mucho asumir las consecuencias del desplazamiento.

La cohesión de la familia en situaciones tan desgarradoras como el desplazamiento, una condición en la que las personas lo pierden todo; su identidad, sus pertenencias y sus seres queridos, se vuelve necesaria para soportar las adversidades que se derivan del conflicto. No contar con ella puede poner en riesgo la vida de los niños, que ante la ausencia de una red familiar quedan expuestos a los peligros de las calles.

Como se puede ver, el contexto al que llegan los niños, la relación con sus familias y el apoyo de las instituciones son factores fundamentales para determinar qué tanto los afecta el desplazamiento. Teniendo en cuenta esto, es ilógico encasillar a todos en un mismo sentir, o pensar que la mayoría carga con dolores similares. Es importante entonces entender que puede haber pequeños tímidos, inexpresivos, agresivos o ensimismados y otros más vivaces, extrovertidos o solidarios.

A pesar de las diferencias entre unos chicos y otros, Bello hizo una lista que sirve de referente para mirar cuáles son las condiciones que ubican a los menores en la peor situación de desplazamiento y de esta forma poder establecer los impactos de dicho fenómeno en la niñez.

- Proviene de familias con alto nivel de conflictividad y violencia.
- Proceden de comunidades fragmentadas conflictivas y aisladas: en estos casos la respuesta a la violencia será más individual y menos organizada.
- Proviene de un contexto en disputa
- Presenciaron hechos violentos y estos afectaron directamente a familiares y amigos.
- Perdieron a miembros de su familia o vecindad
- Permanecieron por más tiempo expuestos al hostigamiento y al miedo.
- Se desplazaron familiarmente y con la familia incompleta.
- Ingresaron a un contexto lejano y distinto.
- Ingresan a un contexto de alta conflictividad y riesgo.
- Encuentran adversidad y rechazo en el contexto de llegada.
- No encuentran apoyos ni ofertas institucionales, especialmente en alimentación, salud y educación.

En las circunstancias anteriores se combinan factores de alto riesgo y vulnerabilidad tanto del pasado como del presente. En esos casos, sería bueno prestarles más atención a los niños que tengan dichas características, obviamente sin dejar de lado aquellos que cuentan con el respaldo de sus familias. Pues, finalmente todos son víctimas de un conflicto del que no son responsables.

Adicional, a las causas del desplazamiento que generan en los niños fuertes rupturas psicológicas, sociales y económicas. Hay situaciones que en algunos casos se mantienen antes y después de este fenómeno como la violencia y la pobreza, factores que terminan empeorando el estado psicosocial de los menores por su continuidad en el tiempo.

1. Continuidad de la violencia o la permuta de miedos

La continuidad de la violencia se refiere a que los niños desplazados en vez de encontrar tranquilidad y seguridad en los nuevos contextos a los que llegan, se enfrentan con situaciones violentas muy similares a las vividas en sus antiguos territorios. La amenaza de ser asesinados o agredidos se mantiene latente. Esto ocurre, sobre todo, cuando las familias se mudan de zonas rurales altamente conflictivas, a zonas urbanas marginales agobiadas por la violencia social y por la marcada precariedad estatal.

Cuando arriban en lugares muy pobres, en los que la población también tiene muchas necesidades, los desplazados suelen pasarla mal porque no hay condiciones mínimas para que ellos se establezcan adecuadamente. Algunas veces, tienen que hacinarse en un espacio donde no cuentan con los servicios básicos (agua, luz y gas) sino que viven de las ayudas humanitarias y de la limosna, mientras el Estado soluciona su situación, lo cual le acarrea a los niños sentimientos de odio, tristeza y estrés.

Ese sentimiento de odio puede inducir a los niños a tomar malas decisiones si los padres o familiares no los invitan a dejar atrás el rencor, ya que en las zonas urbanas los pequeños están en el ojo de las pandillas que constantemente los están invitando a sumarse a sus grupos delincuenciales.

En síntesis, “el desplazamiento significa para muchos de los niños la sumatoria de nuevos miedos o la permuta de unos miedos por otros: del miedo al bombardeo, a la incursión armada, al reclutamiento, al asesinato por móviles políticos o a los actores armados, por el miedo al robo, la violación, el atraco, a las pandillas, a los grupos satánicos o a los “ñeros”” (Bello, 2002).

2. Continuidad de la pobreza: permutando carencias

La autora explica este punto diciendo que no solo la violencia y los miedos tienen continuidad sino también la pobreza; “cuando se pasa de una pobreza rural caracterizada por la ausencia de servicios educativos y de salud a la urbana expresada en hambre y hacinamiento, los niños empiezan a gestar un sentimiento de impotencia que puede traducirse en llanto o depresión” (Bello, 2002). Esas emociones son producidas en parte porque los pequeños en el campo gozaban de un territorio amplio para caminar y de una diversidad de alimentos que encontraban en sus cultivos, mientras en la ciudad se ven maniatados para conseguir lo que les sobraba en sus hogares pasados.

La pobreza no solo se incrementa por la ausencia de alimentos sino por las nuevas necesidades que impone la ciudad: celulares de marca, zapatillas y

servicios (luz, teléfono, agua, etc.) cosas que en el campo no eran indispensables para sobrevivir o para obtener reconocimiento grupal, pero que la ciudad si exige. En ese sentido, los niños empiezan a desear los elementos que ofrece la sociedad de consumo, aunque les quede difícil obtenerlos; por lo tanto, no consumir puede en ocasiones convertirse en una forma de exclusión social.

La violencia en sí es compleja, intensa y ha degradado la dignidad de las víctimas. Parar con ella se ha vuelto un reto eterno del Estado, difícil de cumplir por el poco control que tiene en ciertos territorios del país. Ante la falta de esperanzas y apoyo que ofrecen en muchos casos las instituciones, es necesario que la familia y lo comunitario desplieguen todos los recursos que estén a su alcance para romper el curso de los hechos violentos y así proteger a los niños.

La guerra mata la niñez porque niega la posibilidad de vivir la infancia como tal. Seguir propiciando el derramamiento de sangre es quitarle al país la oportunidad de contar con el valioso aporte social y cultural de los niños que significan para una sociedad cuestionamientos, creatividad, ilusiones, movimiento y preguntas que pocas veces se les ocurren a los adultos y que le dan sentido al futuro. Los pequeños tienen una enorme capacidad para transformar realidades sociales, cuando se les permite ejercer como personas y sujetos. La impronta que ellos dejan en la población se evidencia, sobre todo, en los espacios, la música, el arte y el lenguaje. Por esas razones, es importante continuar luchando por su conservación.

Historia de los territorios a los que pertenecen los niños en conflicto

Los tres niños con los que trabajé guardan muchas diferencias entre ellos; su personalidad, su forma de entender el conflicto y hasta sus costumbres. Sin embargo, hay una cosa que los une: el conflicto. Enfrentarse desde muy pequeños con una realidad que los expone a condiciones atroces, crueles e inhumanas son las tristes coincidencias que los ubican en una misma categoría; el de las víctimas.

El territorio al que pertenecen también crea una distinción entre ellos y moldea su pensamiento. A pesar de que todos viven en contextos marcados por la violencia sus interpretaciones respecto a quiénes son los responsables de la guerra varía dependiendo del lugar en el que se encuentren. Por eso, explicaré a grandes rasgos de dónde son los niños y cuáles son los grupos armados que habitan en sus municipios, para así poder entender en el transcurso de las crónicas la forma como ellos conciben el conflicto.

Los tres lugares que recorrí, en los cuales viven los niños protagonistas de las crónicas son Santander de Quilichao, un municipio ubicado en el Norte del departamento del Cauca; Mesetas, municipio del departamento del Meta y Soacha, municipio del departamento de Cundinamarca. Cada uno muy distante del otro y con problemáticas diversas del conflicto armado. En los territorios más

alejados de Bogotá no solo reinaba un grupo armado sino varios. Además, la intervención del Estado era menor. Por el contrario, en Soacha, aunque no había guerrillas la inseguridad y las bandas delincuenciales cumplían un papel similar al de las estructuras militares, propias de las regiones.

Mesetas (Meta)



Foto: El Tiempo

El departamento del Meta ha sido un lugar histórico para el conflicto armado. En los años 60, Pedro Marín alias Tirofijo irrumpió en la región de la Uribe en la cordillera oriental y formó las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), con el fin de dividir el país en dos regiones. Una parte sería comandada por las Farc y la otra por el gobierno. El crecimiento de este ejército en la región y sus ataques no solamente a la infraestructura económica, política y de comunicaciones, sino contra la sociedad, a través de secuestros, extorsiones, toma de pueblos, entre otros los llevaron a tomarse el control de los llanos orientales.

Ese poder territorial que adquirieron las Farc en el departamento, ocasionó el atraso de muchos municipios alejados de los cascos urbanos en materia de educación, salud, empleo y política. Un hecho que incentivó aún más el conflicto armado. Pues la gente de las regiones rurales que no contaban con las mismas oportunidades de las ciudades empezaron a respaldar el discurso de la guerrilla; crear un Estado alterno al oficial que pensara en los más necesitados y no solo en el beneficio de las élites. Con ese ideal las filas de las Farc se engrosaron.

En los años 80 apareció el fenómeno del narcotráfico que en el Departamento adquirió fuerza por los cultivos de coca en las partes planas y de amapola en la cordillera. Además, surgió la figura de las Autodefensas Unidas de Colombia, mejor conocidos como paramilitares para hacerle contrapeso a las acciones delincuenciales que estaban ejerciendo las Farc. La presencia de las drogas y de

un grupo que nació para ponerle freno a los guerrilleros, pero que después siguió sus pasos, empeoraron la seguridad del municipio hasta que decidieron desmovilizarse.

Los Llanos Orientales también han sido un punto clave del conflicto armado interno en el país, debido a que “municipios como Uribe, Mesetas, La Macarena y Vista Hermosa, formaron parte de la Zona de Distensión creada mediante la Resolución 85 de 14 de octubre de 1998, durante el gobierno del presidente Andrés Pastrana, lo cual le dio pie a bloques de la guerrilla y paramilitares para establecerse en esos territorios y construir un fortín económico y militar en la zona, debilitando así la fuerza del Estado. Como lo demostró la ONU en 2010:” (Rincón & Vargas, 2012)

El Meta es el segundo departamento con mayor número de investigaciones por casos de ejecuciones extrajudiciales atribuidas a la fuerza pública. Hasta el 15 de marzo de 2010, la Unidad Nacional de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario de la Fiscalía General de la Nación tenía a su cargo la investigación de 1.354 casos de presuntas ejecuciones extrajudiciales, de los cuales, 114 pertenecen a hechos ocurridos en el Meta. (Rincón & Vargas, 2012)

A pesar de las aterradoras cifras, actualmente la fuerza de las Farc y de los grupos paramilitares que quedan ha disminuido. Los constantes ataques del ejército los han debilitado y las peleas entre un grupo armado y otro por el control de las fuentes de financiación también han hecho mella en el poder de dichas estructuras militares. A eso se le suma, el cese de hostilidades que ha pactado la guerrilla más vieja de Colombia con las fuerzas militares del país, mientras logran firmar la paz con el gobierno Santos.

Sin duda, el proceso de paz que se viene realizando entre las Farc y el gobierno, desde hace cuatro años, ha ayudado notablemente a frenar los ataques guerrilleros que se daban en el Meta y en otras partes del país. Además, ha servido para evidenciar el estrecho vínculo y la influencia que tiene esta guerrilla en el departamento, tras la decisión que tomó la mesa de negociación de ubicar una zona de concentración en el municipio de Mesetas, “un lugar que desde los años 60 ha sido cuna de las Farc por su cercanía al río Ariari y a los municipios en los que tienen mayor control: El Castillo, El Dorado, Fuente de Oro, Granada, La Macarena, La Uribe, Lejanías, Puerto Concordia, Puerto Lleras, Puerto Rico, San Juan de Arama, San Luís de Cubarral” (Guzmán, 2009).

Lo cierto es que, pese a la influencia de las Farc en algunos territorios, esa guerrilla ha ratificado que no quiere seguir haciendo política por la vía de las armas sino de la democracia. Eso significa que si su voluntad de dejar atrás seis décadas de conflicto es sincera los habitantes de las zonas donde ellos tienen el poder podrán recuperar su tranquilidad.

Santander de Quilichao (Cauca)



La violencia en el Cauca es densa porque no solo se deriva de los ataques de los grupos armados sino del narcotráfico y de las rencillas interculturales que hay entre indígenas, afros y campesinos por el control del territorio. Esa mezcla de ideologías y costumbres han exacerbado el conflicto hasta el punto en que los ríos se han llenado de sangre ante la ausencia de un acuerdo que delimite el porcentaje de tierra que le corresponde a cada actor de la región.

“El conflicto intercultural parte de que los indígenas consideran que han sido despojados desde tiempos de la Conquista española y luego en el siglo XVI con la creación del sistema de haciendas que redujo su territorio a los conocidos resguardos. Los afros consideran que después de ser esclavizados han tenido que pelear porque se les respete sus territorios colectivos, cohesionados por los consejos comunitarios. Y los campesinos aseguran que llegaron durante la violencia de los años 50 y que merecen que el gobierno les titule las zonas de reserva campesina” (Abierta, 2014).

En los 60, cuando las comunidades se disputaban el territorio, exigiéndole al Estado que les respondiera por lo que consideraban suyo, en las zonas montañosas aparecían los primeros grupos guerrilleros. Viejos combatientes agrarios del centro del país se reagruparon en Riochiquito, en la región de Tierradentro (Cauca) y fundaron el Bloque Sur de las Farc. En esa misma época, el Ejército de Liberación Popular (Epl) comenzó a hacer presencia en el municipio de Corinto.

Diez años después de la llegada de las Farc al departamento, los campesinos del corregimiento de Ortega, cansados de los ataques guerrilleros y de los asesinatos a sus líderes, conformaron un grupo de autodefensas que se alzó en armas para protegerse de los abusos de la guerrilla. A su vez, un grupo de indígenas del norte del Cauca fue entrenado por el M-19 para conformar el Movimiento Armado Quintín Lame que se defendería de los ataques de los hacendados que se negaban a devolverles sus tierras ancestrales, de militares, funcionarios del gobierno y de grupos guerrilleros.

A la presencia de nuevas guerrillas se le sumó la de los narcotraficantes que impusieron aún más terror en el departamento. Los enfrentamientos entre las Farc y los narcos se volvieron constantes por el control de la producción y comercialización de drogas, transitadas desde la vía Timbiquí (Cauca) hasta el Océano Pacífico. Sin duda, esa conexión entre el departamento y el mar es una de las razones por las que todavía grupos armados y narcotraficantes permanecen en la zona.

En el 2000 la violencia en el Cauca recrudeció con la llegada de los paramilitares, rápidamente se tomaron más de 21 municipios del departamento y con eso le dieron vida al Frente Farallones del Bloque Calima, quien sometió a su régimen a los pobladores de Jamundí (Valle) y Buenos Aires (Cauca). Luego pasaron por los cascos urbanos de Santander de Quilichao y Puerto Tejada, donde cometieron múltiples asesinatos.

“Entre los crímenes del Frente Farallones del Bloque Calima están las desapariciones forzadas que cometieron en Santander de Quilichao donde arrojaron los cuerpos de sus víctimas al río Cauca, los asesinatos contra presuntos pandilleros y drogadictos en Puerto Tejada. La masacre de El Naya, una región limítrofe entre el Cauca y el Valle, donde alrededor de 120 paramilitares realizaron un recorrido de muerte durante la Semana Santa de 2001, dejando 27 muertos y empujando por los menos a 3 mil personas a abandonar sus tierras por el terror” (Abierta, 2014).

Fueron muchas y desgarradoras las masacres que cometieron los paramilitares en el departamento. Su ideal de defender a los pobladores que estaban siendo extorsionados por la guerrilla al igual que el de las Farc de defender a los más necesitados, se tergiversó en el camino por la codicia y el deseo de poder. Eso los llevó a vincularse con el narcotráfico y a matar.

La violencia que se disparó en su máximo exponente en el 2001 solo mermó cuando los “paras” decidieron desmovilizarse. Sin embargo, el vestigio de su barbarie aún permanece. Las Águilas Negras, una banda criminal conformada por los retazos que quedaron de los paramilitares delinquen, asesinan e imponen el terror que sus antecesores les enseñaron, principalmente en los cascos urbanos como Santander de Quilichao, municipio donde son conocidos como “la limpieza”.

Los indígenas Nasa que viven en el municipio, hoy se quejan de las constantes amenazas que reciben de la banda Águilas Negras, quienes los han querido sacar de sus territorios porque los nativos les impiden explotar los recursos naturales que albergan sus resguardos y delinquir en la zona donde habitan. Esa problemática ya ha puesto en riesgo la vida de varios indígenas que siguen oponiéndose al accionar de este grupo delincencial.

La resistencia que imponen los indígenas para proteger la tierra no solo les ha causado problemas con bandas criminales sino con el Esmad con quienes se enfrentan constantemente cuando ocupan las haciendas de terratenientes, que según sus escrituras sagradas les pertenecen a ellos y no a los actuales ocupantes. Esto deja ver como los aborígenes de esta región del país se han mantenido en pie de lucha desde hace más de 60 años por recuperar su territorio y defender el que tienen.

En suma, el conflicto armado en el Cauca tiene muchas aristas que no recaen solo sobre la conformación de grupos armados. La disputa entre las comunidades por el territorio, la llegada del narcotráfico y la conformación de bandas criminales son factores que han detonado la guerra en la zona montañosa de Colombia.

Soacha (Cundinamarca)



Foto: El Espectador

Soacha, municipio de Cundinamarca, que muchas veces por su cercanía con Bogotá se confunde con un barrio de la ciudad, concentra algunos de los mayores cinturones de pobreza de la capital, sobre todo por la cantidad de desplazados, víctimas del conflicto armado, que arriban a la zona urbana en busca de un refugio para sus familias.

Las necesidades con las que llegan los desplazados a la ciudad son muchas; carecen de una vivienda, de estudio, alimentación y salud. Eso los ha llevado a construir casas en zonas de riesgo solo para brindarles un techo a sus hijos. Sin embargo, las precarias condiciones en las que son edificadas las viviendas ponen en riesgo sus vidas. Además, como suelen estar ubicadas en sectores de invasión no tienen acceso a los servicios básicos (agua, luz y gas). Un hecho que hace más difícil su supervivencia por las condiciones de insalubridad que generan la ausencia de dichos recursos.

La vida en sí para los desplazados es dura, algunos por temor a ser discriminados prefieren pasar desapercibidos. Los motivos son variados: “miedo a

la estigmatización y a generar desconfianza entre sus vecinos por ser víctimas del conflicto armado, sea por la falta de garantías en la confidencialidad de los datos inscritos en el Registro Único de Víctimas o sea por amenazas recibidas del grupo armado que ha originado el desplazamiento, y que a veces está presente en el municipio” (Fronteras, 2003). Esas y otras razones conducen a las personas que han sido desalojadas de su territorio a esconder su identidad.

Actualmente, “en Soacha viven 1 millón de personas. De esa población el 8% son desplazados. Es decir, 80.000 habitantes” (Radio, 2016), lo cual pone en aprietos al gobierno local porque no cuenta con los recursos suficientes para atender a todas las víctimas que llegan al municipio, escasamente con lo que llevan puesto.

El Alcalde del municipio, Eleazer González, ya le advirtió al Presidente Santos que se deben destinar más recursos para construir colegios, hospitales y viviendas que soporten la sobrepoblación que se está dando en Soacha. Pues, el déficit de camas hospitalarias es de 150, solo tiene dos hospitales y se necesitan construir por lo menos 60 colegios más si se le quiere dar una atención debida a los desplazados y ciudadanos de Soacha (Radio, 2016).

Las condiciones de pobreza en las que se encuentra Soacha no solo ha afectado el acceso a la educación, la vivienda y la salud sino también la seguridad de los pobladores, ya que ante la necesidad de subsistir algunos ciudadanos han conformado bandas criminales, dedicadas al hurto y al microtráfico o han ingresado a los grupos armados que vienen de otras zonas del país a asentarse en el municipio; como las Águilas Negras o los Rastrojos.

Soacha, cumple un papel específico en el conflicto armado por ser la puerta de entrada a la capital de país y por ser una zona de fácil control para los actores armados, quienes se les facilita manipular a los jóvenes que viven en condiciones marginales y amedrantar a los desplazados con nuevas amenazas. Así las cosas, la presencia de bandas criminales, de la “limpieza social” y de las drogas cada vez son más frecuente en el municipio.

En el 2014 la Defensoría del Pueblo le expuso un informe de riesgo al Ministerio del Interior en el que confirmaba que la seguridad en Soacha se estaba viendo alterada por la presencia y actuación de grupos armados ilegales surgidos de la desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), autodenominados “Águilas Negras- Bloque Capital- AUC” y los “Rastrojos Comandos Urbanos”, así como posibles milicias de las Farc. “Las pretensiones de esos grupos ilegales son ampliar su injerencia, control territorial y social a través de la persecución de los procesos educativos, sociales y culturales impulsados desde colegios, escuelas y otros espacios de formación con niños, adolescentes y jóvenes. Además, de intimidar por medio de amenazas a la población civil y a los desplazados de la zona” (Pueblo, 2014).

Pero a pesar de las advertencias de la entidad, son pocas las medidas que ha tomado el gobierno para frenar la delincuencia que se viene dando desde hace varios años en Soacha. Basta ver los titulares de las noticias en los que se mencionan asesinatos recurrentes en la comuna Altos de Cazucá o las cifras del Dane para darse cuenta que la violencia está disparada y no ha se ha detenido. El problema de todo esto es que los más afectados resultan ser los desplazados, esos que huyeron de sus regiones en busca de un lugar más tranquilo y al llegar al municipio se reencontraron con su pasado.

Entretanto, el futuro de los pobladores de Soacha no es muy alentador; el olvido en el que los tiene el Estado, la falta de servicios básicos y la presencia de actores armados hacen de su territorio un lugar sombrío en el que hay poca cabida para los sueños, las ilusiones de un mejor mañana.

Periodismo y conflicto armado

La labor de este trabajo periodístico es intentar reconstruir los pedazos del conflicto armado interno que tanto dolor le ha producido a la sociedad, pero no desde las voces tradicionales inmersas en el conflicto sino desde la mirada de los niños que se han visto envueltos en él, porque quizá exaltar su verdad consiga más allá de reconocerlos entender la guerra con otros ojos.

Hoy, el reconocimiento de la historia está, en parte, en manos de los periodistas, pues son ellos quienes deciden qué se hace público y qué no, de su responsabilidad depende en gran medida la reconstrucción de un país mejor.

De modo que es importante tener como ejemplo algunos trabajos claves hechos alrededor de la temática: la guerra y los niños, para dilucidar las estrategias periodísticas empleadas por expertos en el campo.

Pilar Lozano, periodista colombiana y escritora de literatura infantil, realizó un libro, *Crecimos en la guerra*, de crónicas sobre niños que crecieron en contextos marcados por el conflicto. Este texto fue de ayuda para entender la importancia de estar documentado a la hora de emprender una investigación, porque no es solo el hecho de formular preguntas y esperar una respuesta sino adentrarse en lo más profundo de la historia para lograr contarla con el menor tipo de sesgos posibles.

El libro *Los desterrados* de Alfredo Molano también relata crónicas sobre guerra, pero en este caso los protagonistas son esos a quienes les quitan todo: sus tierras, su vida, su dignidad. Este libro es útil para el trabajo porque demuestra la importancia de explicar el contexto en el que viven los protagonistas de la historia y no solo ofrecerle un cuento de palabras bonitas al lector.

Molano hace uso de varias técnicas periodísticas que facilitan la construcción de los relatos. Una de ellas es iniciar con los testimonios de las víctimas, permitirles

contar su propia tragedia. Esto permite enganchar al lector de entrada si se sabe elegir el relato adecuado.

Describir minuciosamente de tal forma que el lector sea capaz de visualizar la vileza de los actos cometidos y de este modo se apropie de la tragedia padecida por sus compatriotas, porque finalmente el objetivo de este libro más allá de generar conocimiento es reflexionar sobre el conflicto.

Un lenguaje coloquial también es una técnica apropiada para hacer de un problema complejo como lo es el conflicto armado colombiano, una historia amena y entendible para todos.

Por último, la estrategia de hacer uso de experiencias personales le da mayor riqueza a la crónica, por la cercanía y confianza que se crea con el lector, pues hay mayor propiedad para hablar del tema. La historia ya no hace parte de un trabajo que se realiza solo en calidad de investigador y observador sino como partícipe y proveedor de conocimiento frente al asunto a tratar.

Por otro lado, el reciente informe (Pistas para narrar la paz: periodismo en posconflicto) hecho por Consejo de Redacción y la Fundación Konrad Adenauer de igual manera se convierte en una herramienta de vital importancia para este trabajo, porque ilustra a los periodistas no solo en la forma como se debería contar la guerra sino también la paz, ya que en este tiempo cercano al posconflicto se vuelve una responsabilidad del periodista educar a la sociedad para la paz. En ese sentido, las crónicas de los niños estarán de igual modo encaminadas a explicar cómo ven ellos un país alejado de la guerra.

Para esto, el informe ya expuso una guía de la forma en la que se abordó a varios niños en territorios violentos para que explicaran sus definiciones sobre la paz, entre algunas de las preguntas estaban estas: “¿De qué color es la paz? ¿A qué sabe la paz? ¿A qué huele? ¿Cómo se siente y cómo suena?” (Morelo, Castrillón, & Behar, 2014)

Esta serie de cuestionamientos lleva a que el periodista entendiera que no hay preguntas tontas y que sin excepción todos los actores en medio del conflicto son importantes. Asimismo, menciona la importancia de preservar la creatividad, de jamás dar por obvio lo que así parece y de tomar como punto de partida la observación. (2014).

El último referente bibliográfico importante a la hora de hacer historias en las que se vean involucrados niños en estado de vulneración es el Código de Infancia y Adolescencia del Bienestar Familiar, porque establece en varios de sus artículos los cuidados que deben tener los medios al transmitir información de los menores. Por ejemplo, en su art. 47 menciona la obligación de guardar la identidad de los infantes que revelen hechos delictivos con el fin de preservar su seguridad. Además, la exposición ante las cámaras de los niños víctimas del conflicto deberá contar con la autorización de sus padres o de la entidad a su cargo.

Deconstrucción periodística del libro de Alfredo Molano y Pilar Lozano

El carácter temporal y descriptivo de la crónica ha hecho que muchos periodistas e historiadores hayan decidido usar este género narrativo para documentar el conflicto armado colombiano de una forma menos académica. Sin embargo, son pocos los que logran plasmar la cruda realidad de la guerra sin caer en sensacionalismos o en la revictimización de los personajes de sus historias, que por lo general suelen ser personas que han sufrido la guerra.

Crecimos en la guerra de Pilar Lozano y *Desterrados* de Alfredo Molano son libros de crónicas dignos de admirar, porque aunque sus historias son cruentas el lenguaje es cuidadoso, no avivan los ánimos de guerra sino que invitan más a hacer una reflexión crítica de la situación de violencia vivida en nuestro país.

Ambos autores se valen de la descripción minuciosa para conectar al lector con la historia. Lozano enfatiza más en la fisonomía de los niños y Molano en el espacio donde viven.

En la crónica *¡No somos Basura!*, Lozano empieza describiendo a Yésica, una niña desplazada por la violencia. “Tiene diez años, las piernas largas y la mirada sin brillo, como cansada. Parece acostumbrada a fabricar pensamientos tristes.” (Lozano, 2014) Estas líneas sirven para formarle una idea al lector de cómo se ve la niña que padece las secuelas de la guerra de una manera creativa; describe sus rasgos físicos y algo de su personalidad en vez de decir directamente las dificultades del desplazamiento.

También introduce algunas veces las preguntas que hizo en la entrevista para demostrar cómo se siente la niña en el colegio al que llegó en su condición de desplazada.

“En la escuela ella no tiene amigas:

- Se burlan de mí porque soy negra
- ¿No te defiendes? ¿No le cuentas a la profesora?- le pregunto.
- No, no me gusta ser sapa- contesta. Agacha la cabeza y cuando la levanta suelta una frase que desconcierta-: ¡Es que soy negra!” (2014)

Dicho relato es útil porque la periodista logra descubrir que los niños desplazados se auto discriminan y lo valioso está en que no necesita decirlo directamente sino mediante ejemplos de la vida diaria de la niña. De ese modo consigue generar más impacto del que hubiera logrado colocando cifras.

Además, demuestra que los niños son conscientes de los peligros que hay en sus territorios, pues, aunque es poco lo que hablan de la violencia directa saben que “no pueden ir al parque de un barrio vecino, ni caminar solos por ciertos lugares, ni por la vía

pavimentada que lleva a los barrios del otro lado de la loma “porque allá matan más.” (Lozano, 2014).

Asimismo, descubre que también están cargados de miedo “en esas noches que suenan balas por todos lados, me siento muy insegura ¡Esta casa sin paredes de verdad...! ¿Cómo protejo a mis hermanitos? La casa de Yajaira es de tablas forradas en papel periódico para que no se cuele tanto el frío” (2014). Los lugares donde viven los niños desplazados son inseguros como lo demuestra este fragmento, sus barrios están asediados por bandas criminales y por la llamada “limpieza”. Por este motivo, desde muy pequeños empiezan a tener contacto con la violencia.

Los niños también se vuelven agresivos, tímidos e inseguros, porque sus madres no los dejan salir debido a la inseguridad de las calles, y los que salen no tienen donde jugar según el relato de Lozano “Un retazo de potrero de no más de veinte metros cuadrados, con manchas de pasto seco, sirve de parque en el barrio. Solo hay otro sitio plano calle arriba: pero no tiene ni señas de pasto, únicamente hay piedras. El que se cae se raspa manos y rodillas” (Lozano, 2014). Esta descripción además de evidenciar que los niños no tienen un espacio para divertirse cumple el papel de denuncia.

No obstante, aunque en los pequeños hay temor, desconocimiento y auto discriminación la autora nos muestra que todavía sueñan pese a estar en un contexto que apaga las ilusiones “Yo quiero volver a mi tierra, allá hay un río grandote, bosque, animales... Y quiero hacerlo convertida en médica, mi sueño desde hace mucho tiempo”. (Lozano, 2014). Todos los niños en Altos de Cazucá tienen un sueño, pero el que comparten entre todos es el de volver a sus verdaderas casas, la mayoría hace cuentas para alimentar esa ilusión: “me voy ‘cuando mi papá venda la casa’; ‘cuando consiga un trabajo y podamos pagar arriendo’; ‘cuando mi mamá haga una rifa y consiga para los pasajes para regresar al pueblo’.” (2014)

De esa forma tan sutil Lozano descubre poco a poco cómo se sienten los niños, cuáles son sus alegrías y preocupaciones.

Alfredo Molano por otro lado, tiene un estilo distinto para contar la historia de los niños desplazados. Él no interpone su experiencia ni lo que ve en primera persona como si lo hace algunas veces Pilar Lozano, simplemente deja que la palabra de la niña entrevistada sea quien lleve el hilo conductor de la crónica.

La historia de Ángela, otra niña a la que le tocó abandonar su tierra por la presencia de grupos armados, es narrada de manera lineal. Es decir, no lo hace como Lozano que cuenta la vida de Yésica desde su situación actual sino él relata quién era Ángela antes de convertirse en desplazada y cómo llegó a serlo.

En la crónica Molano demuestra que los niños al comienzo son ingenuos frente al impacto de la violencia en sus regiones “Cada rato íbamos al río, sobre todo por las tardes, a fresquiar, hasta que mi papá nos prohibió volver porque comenzaron a bajar muertos flotando y no quería que nosotros los viéramos. Nunca vi ningún muerto en el río, pero sí oíamos a la gente decir que el río botaba muertos. A mí me gustaba que el río botara muertos porque entonces mi papá nos llevaba a unos caños claríticos donde se veían pescaditos de colores.” Ese testimonio

deja ver entonces que los menores son insensibles a la muerte porque no tienen aún clara su dimensión y como lo padres evitan alejarlos de esa realidad.

“El dueño del *yonson* le dijo a mi papá que no podía volver al río porque la paramilitar se había puesto muy brava cuando supo que habíamos ayudado a atravesar el río a los de la guerrilla (...) Como mi papá no pudo volver más al río, se acabaron los viajes en el *yonson*. Se puso a trabajar vendiendo helados. Por eso mi abuelo me puso a vender chance con una tía que era más grandecita que yo.” A causa de la presencia de los grupos insurgentes los niños empiezan a abandonar sus prácticas habituales, ya que estas ponen en riesgo su vida. La violencia va escalando y en esa medida ellos se van enterando. Algunos deben trabajar cuando sus padres ya no ganan lo mismo por la presión de la guerrilla o los paramilitares.

Con el paso del tiempo y tras la intensidad de los ataques los niños van perdiendo la ingenuidad, identifican, aunque no claramente a los responsables de la violencia. “Yo sé que mi papá le tiene miedo a la paramilitar, a los señores esos que matan y matan gente. Un día le pregunté por qué se iba sin nosotras y él me dijo que le tocaba (...) yo sabía que era por culpa de esos señores que lo odiaban y que eran los que habían matado a Lauro, mi perro.”

Molano también descubre que cuando los niños llegan a Bogotá extrañan todo lo de su vieja casa y viven añorando volver “¡Aquí me hace falta chupar caña! Por acá no la he visto ni la he vuelto a probar, como tampoco he vuelto a probar el pescado. En Bogotá solo pruebo carne de res; o mejor hueso de res, porque la carne pulpa es muy cara y nunca hay para tanto. Echo de menos la carne de monte, la guatinaja, el armadillo, el pisingoque mi papá traía cuando se iba a los cerros a marisquear: llegaba con la camisa sudada pero nunca con las manos vacías.”

Asimismo, en el relato de Molano se puede ver que en un punto los niños empiezan a tener miedo, ya sea por las acciones de los grupos armados o por las múltiples condiciones que pasan como desplazados. “En Nechí nunca lloraba, solo cuando me caía y me raspaba, y eso casi no me pasaba. He llorado del miedo que les tengo a los gamines, porque roban. En Nechí no hay gamines, y si alguien va a robar, los vecinos los sacan a patadas.” Les duele la indiferencia de la ciudad y la condición de las personas que viven en ella.

Después de leer las crónicas y algunos de estos apartados queda un sentimiento de desolación por las difíciles situaciones que deben enfrentar los niños cuando viven en contextos violentos. Pero al mismo tiempo sirven para darnos cuenta que ellos son capaces de narrar la guerra de una forma que quizá nos golpea y concientiza más de lo que lo hacen los titulares de prensa o noticieros. Por eso es necesario apostarles a trabajos que requieran de una investigación sólida como la realizada por Alfredo Molano y Pilar Lozano en estos libros.

Los medios como agentes de construcción de otras narrativas del conflicto armado

Aunque ha habido trabajos periodísticos destacados en torno a la niñez, estos no son suficientes si se tiene en cuenta los diversos abusos a los que son sometidos los menores en Colombia. El cubrimiento de los medios de comunicación entorno a las problemáticas que aquejan a los niños es vago, pues se ciernen escasamente en la noticia, dejando a un lado el reportaje y la crónica, géneros de mayor profundidad e investigación.

Lo dicho se sustenta en una investigación realizada por Save the children en Colombia que se basó en analizar 58 medios de comunicación: 17 periódicos y revistas, 27 emisoras y 14 canales de televisión con el objetivo de evidenciar cuál era el género periodístico más utilizado para tratar el tema de la niñez. La noticia ganó en todos los medios (radio, prensa y televisión) con un 80,7% comparado con el 2,3% de reportajes hechos sobre este tema. (Pedraza González, 2008)

Lo anterior pone de precedente la sed de coyuntura que tienen los medios, su interés se centra en los acontecimientos controversiales que demanden un público amplio. Por eso, el tema de la niñez no es prioritario en sus agendas, ya que hasta hace muy poco la sociedad ha venido reconociendo el valor de los niños dentro de la información periodística.

Explicar por qué están allí, qué hacen, cómo los afecta el hecho noticioso es una tarea relativamente nueva. No obstante, continua la manía de mostrar a los niños como objetos de compasión y no como sujetos de derechos exigibles que pese a ser víctimas o no de la violencia también son capaces de pensar, opinar y aportar información relevante para el entendimiento de los sucesos que los agobian.

Pretender ignorar su mirada de los hechos, es contar la historia desde una sola perspectiva, es venderle al mundo una verdad disfrazada y posible de ser sobrevaluada, es básicamente arrebatárles la oportunidad de ser escuchados e identificados como sujetos sociales, necesarios para construir las piezas de un país resquebrajado en el que solo se escucha hablar a los mismas fuentes, tal vez esas que desconocen los verdaderos problemas de la infancia, porque se han dedicado a argumentar desde la comodidad de un escritorio, mientras son desvalorados los testimonios de esos que sufren la guerra de frente: los niños.

Pero no solo el problema de los medios ha sido abarcar pocos temas que afectan a la niñez o no darles voz a los niños, sino los precarios formatos periodísticos que usan para explicarle a los menores la realidad del país, olvidando que muchos viven en regiones asediadas por el conflicto armado y que son ellos, en parte, responsables de ayudarles a entender a los niños por qué se dan hechos violentos en sus territorios.

Para nadie es un secreto que una gran proporción de las nuevas generaciones han creado su contacto con el mundo a través de experiencias mediadas -canales

de TV, videojuegos, animación 3D y procesos de simulación- más que por vivencias presenciales de la realidad.

Por eso Muniz Sodré, crítico cultural brasileño, “ha argumentado que la producción y reproducción de la realidad a través de las imágenes no es mera instrumentalidad, sino principio ontológico de generación de lo real. Es decir, que si se pone a los medios como ejemplo estos cumplen la capacidad de permear los discursos sociales e influenciar moral y psicológicamente las mentes de los sujetos (...) Entretanto, la mediatización implica un nuevo tipo de relación del individuo con lo que se ha designado como verdad.” (De la Roche López, 2009) Siendo así, se podría decir que parte de la información que tienen los niños sobre el conflicto ha sido provista por los medios.

Lo preocupante es que la información no es difundida de una manera entendible para los menores. De ahí que “las representaciones de la guerra entendida por los niños sean confusa y equivalga a imágenes tipo flash que muestran sujetos en las acciones de agredir o matar.” (De la Roche López, 2009) De ese modo, es impensable esperar que los niños establezcan diferenciaciones entre los diversos tipos de actores armados, pues su percepción sobre ellos se reduce a la de figuras contrincantes sin un respaldo histórico.

Frente a dicho panorama es oportuno hacer un llamado de atención a los medios para que dentro de sus agendas noticiosas creen un lenguaje cercano al de los niños con el fin de involucrarlos y hacerles entender de una manera clara la realidad del conflicto. Pues a pesar de que algunos pequeños del campo tengan conocimiento sobre este tema por la experiencia directa que tienen con el conflicto, los ciudadanos quedan rezagados a la información para adultos, ofrecida por la televisión. Es así como su visión sobre la guerra queda reducida a lo que logran captar en las pantallas.

Entonces si la mayoría de los niños ya están sensibilizados con la guerra por el hecho de presenciar las heridas y las muertes en la televisión, entienden que hay una lucha entre dos o más bandos. Sin embargo, sus nociones sobre la guerra siguen siendo imprecisas; tanto acerca de los límites como de la ubicación de los ejércitos y de los combates que se dan cercanos a sus viviendas. En ese sentido, el objetivo para aclarar esas dudas sería empezar a reconocer a los niños como parte importante del conflicto, entender que ellos asumirán un papel importante dentro de la sociedad en pocos años, por eso es necesario ayudarlos a comprender su historia desde pequeños.

Para ello David Buckingham propone incluir ingredientes típicos de los formatos de entretenimiento que son favoritos de los niños y adolescentes dentro de las agendas de los noticieros sin optar por un tratamiento light que le reste importancia al tema de explicarle a los menores asuntos de alta envergadura. (De la Roche López, 2009)

Aun así, es cierto que el periodista siempre está en constante aprendizaje y de su compromiso en la narración de historias depende la interpretación que adoptará la

mayoría de la sociedad sobre la guerra que ha mantenido Colombia estos 60 años. El camino no es fácil y más cuando el concepto de apegarse a la verdad llega a ser tan subjetivo dependiendo desde dónde se esté parado. Sin embargo, apoyarse en un periodismo responsable que no transgreda la integridad del otro suele ser el mejor comienzo.

Discusiones sobre la memoria

En una amplia variedad de documentos y textos sobre la memoria, se evidencia que este término a pesar de tener múltiples significados se ha asociado en los últimos años a los procesos de recopilación de experiencias de las personas que han estado inmersas en conflictos armados. Con el fin de dejar un precedente en la historia de los hechos ocurridos en un determinado tiempo y lugar, para evitar que se repitan.

Sin embargo, para algunos académicos como Maurice Halbwachs el significado de la memoria no siempre refleja los registros históricos de lo que sucedió, ni necesariamente corresponden a la verdad de los hechos. “La memoria colectiva puede exponer interpretaciones, parcializaciones, olvidos o incluso la prevalencia de sucesos que necesariamente no marcan un hito histórico. Esto termina provocando significaciones diferentes entre las personas y colectivos” (Halbwachs, 1992).

Lo anterior significa que la historia no siempre es completamente veraz, porque está condicionada a las visiones y juicios de valor de las personas que la cuentan, generalmente quienes ganan la guerra. En ese sentido, si la reconstrucción de la memoria se hace solo desde una postura, los hechos nunca serán entendidos a cabalidad. Es por ello que, en sociedades marcadas por el conflicto es fundamental integrar todas las voces si se quiere hacer una lectura real del problema.

Para lograr hacer memoria de una forma equilibrada se requiere emplear en la recolección de experiencias principios de simetría. Es decir, considerar las narraciones de los victimarios tan importantes como los de las víctimas. “No es deseable que en los procesos de reconstrucción el testimonio de algunos se convierta en verdades judiciales y que otras versiones adquieran el estatuto de memoria” (Valencia Molina, 2010).

Si realmente se quiere hacer una transición desde la violencia hacia la convivencia y por consiguiente a la reconciliación, es importante que los países en conflicto escuchen y reflexionen sobre las versiones de todos los actores involucrados en la guerra, a pesar de lo impactante, doloroso o cuestionable que resulten sus relatos.

En el caso de Colombia, por ejemplo, la narración de las personas afectadas ha recibido mayor atención que la experiencia de quienes han cometido las ofensas, lo cual ha incidido en la percepción que las personas se han formado de los

guerrilleros. La connotación de terroristas que adquirieron en un tiempo se derivó de los testimonios de las víctimas y de apreciaciones políticas. No obstante, esa memoria tomó otro rumbo con el proceso de paz porque se empezaron a incluir las voces de los victimarios.

Por otro lado, desde la interpretación del judaísmo el académico Ricardo Foster señala que la memoria para esa cultura es la presencia selectiva de lo impostergable en cualquier dimensión temporal, no sólo del pasado, situación que le otorga una condición de continuidad. Esta perspectiva precisa que la memoria se construye porque hay algo que se puede perder y que, por tanto, debe ser rescatado, por el valor que tiene para quien lo ha vivido. El autor sostiene que se trata de la versión de los perdedores, porque la de aquellos que han triunfado se escribe como historia, como verdad. Y es en este argumento donde se encuentra la eliminación de la simetría de los actores de la memoria sustentada en una dicotomía igualmente contextual: vencedores-vencidos. (Mèlich, 2001).

Este entendimiento sobre la memoria, sin duda se contradice con lo planteado por Valencia, quien busca a través de la simetría evitar las distinciones entre los ganadores vs los perdedores. Para el autor no es correcto escribir dos relatos independientes en el que uno se convierta en historia y el otro en memoria. El ideal desde su pensamiento es concatenar ambos relatos para consolidar una visión equilibrada acerca de lo sucedido.

Es necesario validar procesos de memoria en todos y cada uno de los actores que participan y viven la experiencia del conflicto en Colombia. La forma de aproximación a los testimonios, a las versiones, constituye la diferenciación más importante entre la reconstrucción de la memoria, el descubrimiento de la verdad jurídica o la instauración de la versión oficial de la historia. (Valencia Molina, 2010).

Teniendo en cuenta la importancia que tiene para la historia la manera como se realicen los procesos de memoria, queda claro que, sobre las personas encargadas de realizar este trabajo, entre esos los periodistas, recae una gran responsabilidad. Las fuentes que consulten y la forma como describan la información recolectada serán las claves para consolidar un país más incluyente y respetuoso de la diferencia.

Construir entonces un archivo de historias de vida desde una mirada equilibrada, para que en el futuro otras personas conozcan los sucesos del conflicto político armado de Colombia, a través de las voces oficiales y no oficiales es un compromiso que deben hacer todos los actores interesados en fomentar la memoria. De no hacerse así, sería prescindible aclarar los sesgos personales que tiene una determinada lectura de la realidad, para no replicar como una verdad general las visiones de unos pocos.

Asimismo, entre las responsabilidades que tienen las personas encargadas de difundir historias de vida, que en un futuro se convertirán en memoria, está la de

saber escuchar con respeto a los entrevistados e intentar en lo posible despojarse de los estereotipos que puedan coartar la construcción de los relatos. Pues, “quien escucha y provoca la evocación del recuerdo mediante la historia de vida, muchas veces en condición de ofendido, contribuye a la reparación del daño, generado por la violencia y la coacción” (Valencia Molina, 2010).

Aunque algunos postulados de los autores que han trabajado el tema de memoria consideran que recordar sucesos dolorosos o compartirlos con otras personas puede reavivar sentimientos de impotencia, tristeza y hasta rabia, lo cual sería contraproducente para aquellos que están empeñados en superar el conflicto. Hay otros que opinan lo contrario. “Traer al espacio público las historias de las personas involucradas en el conflicto desde cualquier posición y acción constituye un esfuerzo por resignificar el conjunto de interpretaciones existentes acerca de lo que las voces oficiales afirman respecto a los afectados, los ofensores e, incluso, los ofendidos” (Valencia Molina, 2010).

La percepción negativa que se tiene sobre los posibles daños psicológicos que se le pueden ocasionar a las personas afectadas por el conflicto si se vuelven a abrir las heridas del pasado, en parte se deben a que las sociedades abatidas por la guerra muchas veces carecen de espacios donde sea posible socializar los acontecimientos violentos y de dolor que marcaron a los implicados. En ese sentido, cuando una persona fuera del contexto de la violencia intenta hacer procesos de memoria, ellos se resisten porque no ha habido una cultura de diálogo. Por esa razón, es importante idear mecanismos de negociación entre las partes afectadas, que fomenten un ambiente propicio para la construcción de los relatos que van a marcar la historia.

A pesar de todo, otros autores siguen pensando que reconstruir la memoria colectiva de un país en conflicto representa un desafío difícil de cumplir, debido a que la diversidad de versiones, la indiferencia y el miedo dificultan la construcción de unos relatos sólidos que den cuenta de una historia libre de posturas parciales.

Bajo esas condiciones el trabajo por reconstruir la memoria colectiva se convierte en un laberinto, puesto que, aunque han sido declaradas afectadas miles de personas, no se conocen con el mismo detenimiento las condiciones de victimización sin haber trabajado los contenidos subjetivos y significativos de tales experiencias de afectación. El proceso de reconstrucción de historias de vida se convierte en un punto de articulación, análisis y formación de hipótesis para la transformación del conflicto en clave de memoria, puesto que aquellos que han vivido acontecimientos violentos y de dolor, quienes los han contado, quienes los han ocasionado y quienes los han ignorado, deben encontrar condiciones de diferenciación y negociación para la construcción de pactos colectivos de convivencia. (Martínez, 2009)

Entretanto, mientras no se creen formas de intercambio y circulación de la memoria en el interior de la cultura y más en una fragmentada por el conflicto la historia de los países seguirá siendo narrada por quienes tienen los canales de

comunicación a su alcance, los demás estarán condenados al miedo que produce el silencio. La memoria, a través de historias de vida, constituye una forma de resistirse a la unificación social, dado que se centra en la recuperación de experiencias subjetivas y no sólo en acontecimientos contados desde los discursos institucionalizados.

Pese a la importancia que tienen los procesos de memoria hay sociedades que aunque cuentan con espacios de socialización prefieren sumarse a las cadenas del olvido o decidir de acuerdo a sus códigos culturales cuál es la historia que van a contar, bien sea por proteger a su comunidad o a sí mismos. En otros casos, cuando deciden hablar muchas veces no es por iniciativa propia sino por propósitos políticos que emergen tras la necesidad de ser tenidos en cuenta dentro de una sociedad que los ha excluido por sus condiciones económicas, educativas o su forma de pensar.

La amnesia o el olvido colectivo es suprimido cuando un grupo violentado es influenciado por actores políticos que están interesados en hacer visible su historia, intereses particulares o filantrópicos pueden ser la causa del respaldo. Sin embargo, a veces la iniciativa de dejar de callar también es promovida por las mismas comunidades que cansadas de los abusos de la fuerza pública o de los grupos armados deciden hablar.

El lenguaje se vuelve entonces el medio para compartir el conjunto de experiencias que llenarán de significado la reconstrucción de la memoria. Es por eso, que en este proceso no solo es importante tener presente la simetría de los relatos sino hacer un buen uso de la escritura.

En suma, recordar y olvidar son dos acciones propias de la memoria, y la una no se puede entender sin la otra; es imposible recordar todo y es imposible olvidar todo. Aquello que se recuerda y que se olvida no es en sí un proceso cognitivo de selección de información sino una elección de significados que tienen la capacidad de vincular o desvincular a las comunidades y a las personas de propósitos específicos en marcos temporales. Recordar y olvidar son acciones de selección de significados, no sólo de información, porque, como se ha dicho, la memoria es un proceso signifiicante inmerso en un contexto específico (Martínez, 2009).

En vista de lo anterior, los procesos de memoria no se pueden dar a partir de una imposición, porque dependen de la decisión de las personas implicadas en la historia, son ellos quienes eligen si se quieren sumar a los relatos y de qué forma. Hacerlo de una manera arbitraria sería desligarse del concepto de memoria para sumarse al de la recolección de datos que serán usados como complemento de este proceso que alcanzan a abarcarlo todo.

La memoria histórica posibilita de esta forma tener registros confiables que permiten recorrer caminos de justicia y comprender de forma más objetiva el pasado. Sin embargo, su tarea no se debe reducir a los meros registros históricos

sino convertirse en un proceso social que le de voz a los oprimidos, a los ofensores y a los conocidos. Esto posibilitará la comprensión de los procesos vividos y permitirá situar los hechos históricos más allá de sucesos concretos, para que los relatos recogidos se conviertan en la memoria de un discurso que rompa las ataduras ideológicas, heredadas de los conflictos.

La búsqueda de rigurosidad de cómo sucedieron las cosas puede evitar las manipulaciones de la memoria, las cuales se han dado a lo largo de la historia de la humanidad. Con ello, la conciencia puede convertirse en justicia. Ya no sólo es recordar que sucedieron hechos, sino cómo sucedieron, cómo intervinieron los que se vieron implicados. Es allí donde el pasado cobra sentido y la experiencia se activa en el presente y puede construir un compromiso nuevo con la sociedad (Martínez, 2009).

Tras estos preceptos, es oportuno que Colombia emprenda en esta etapa histórica del proceso de paz una ruta orientada a fomentar una memoria histórica responsable, que integre las reflexiones de todos los sectores de la sociedad, si el objetivo final es construir un país basado en la equidad y la no repetición de las acciones de aquellos actores que han pasado por encima de los derechos de las comunidades.

En cualquier caso, nos encontramos en un momento especial en el que las propuestas circulantes sobre la forma en que deberíamos narrar lo ocurrido en el país necesitan ser variadas. Entre más propuestas se sugieran acerca del cómo reconstruir los pedazos de una Colombia que ha vivido entre el ir y venir de las balas por más de 60 años, será más fácil superar este impase que tanto dolor le ha causado a la sociedad.

Realizar un trabajo adecuado en torno a la memoria garantizará que los errores políticos, económicos y sociales cometidos anteriormente sean más fáciles de controlar si se llegaran a presentar nuevamente. No obstante, el objetivo es que los sucesos recogidos sirvan de ejemplo para no volver a retroceder. Las generaciones futuras finalmente son quienes recibirán el legado de una historia que no se detiene aquí, los acontecimientos venideros se encargaran de reformarla.

2.Crónicas

2.1. Las voces del encierro

A Jeimy no le gustan las vacaciones escolares. Desde que vive en la comuna cinco de Soacha, dejó de interesarse en esas fechas, que son motivo de felicidad para muchos niños. Tiene un calendario en el que marca los días faltantes para ingresar al colegio, y aunque ya queda poco, siente que el tiempo avanza tan lento como un caracol.

“Yo me aburro demasiado aquí. No nos dejan ir a jugar al parque; hace tanto no lo visito que ya se me está olvidando como es... Me siento presa en este lugar, nunca puedo traer a mis amigos del colegio ni visitarlos en sus casas”. Lo dice entre susurros y pausas prolongadas. No es una idea inventada, su mirada fija en el horizonte de edificaciones apiñadas que se ven desde la terraza, refleja su anhelo de salir.

Vive en una casa de cuatro pisos en la que se alojan más de 27 personas, entre niños y adultos de todas las regiones del país, a las que el conflicto armado les ha arrebatado su vivienda, su familia, su vida. Desde hace 10 años funciona como una fundación que acoge a víctimas de la violencia aniquiladora que ejercen los grupos armados en Colombia. Tiene una apariencia engañosa, podría confundirse con un lugar abandonado por el aspecto sucio de la fachada, los agujeros en las ventanas, la ausencia de un timbre y, no menos importante, la de un letrero. Sin embargo, pese a las precariedades estéticas cumple con su objetivo principal: ofrécele un techo a aquellos que lo han perdido todo.

Los desplazados que llegan a la fundación viven temerosos de ser encontrados por “esos que a punta de bala les quitaron sus tierras” o de recibir nuevas amenazas. Los miedos, que los acompañan a donde van, son las razones por las cuales el ingreso de extraños a la casa está prohibido. Para la tranquilidad de todos, el director de la institución, Jhon Fredy Ramos, también restringió la salida de los niños a la calle; “si no van acompañados de un adulto no pueden salir. En

este barrio se ve mucha cosa; hay drogas, pandillas y las huellas de algunos grupos armados”. Recordé entonces las instrucciones que me dio cuando llegué por primera vez allí; “Por tu seguridad evita irte después de las 5:00 de la tarde. A esa hora el ambiente del sector cambia, se pone pesado. En la casa naranja de la otra acera se para un grupo grande de los comandos azules, barra brava de millonarios, a custodiar la zona como si fueran policías, no les gusta la gente extraña y cuando se acercan los de Santa Fé alguno termina muerto”. No me atreví a desobedecerlo, el miedo me ganó.

En una de las charlas que sostuve con Jeimy le pregunté si alguna vez había visto a los comandos:

- ¿Los conoces?
- No, solo los he visto desde la terraza, ponen rap a todo volumen, fuman marihuana y de vez en vez veo como se acercan niños y señores (a) les chocan la mano y a cambio de eso reciben plata-contesta con la mirada en el piso.
- ¿Y sabes por qué les dan dinero?
- No- lo dice moviendo la cabeza de un lado a otro rápidamente, como lo hacen los niños cuando los pillan haciendo una travesura. La niegan con ese gesto, pero la ampliación de sus ojos asustados los contradice.

La entrega de dinero a los integrantes de la barra de Millonarios es de la venta de droga. Ellos controlan “el negocio” en Ricaurte, ya varias personas de la fundación me lo habían comentado. “Son los jíbaros del barrio y los tenemos en todo el frente de nuestra casa. Una vez se cogieron a tiros con los de Altos de Cazucá y en esas nos rompieron algunas ventanas. Aquí la seguridad es complicada. Por eso, no dejamos salir a los niños solos”.

Son pocas las veces que Jeimy puede cruzar la puerta de la fundación. Su mamá sale muy temprano a trabajar y regresa tarde. Solo cuando le dan descanso, una vez al mes, la puede llevar al parque. Chavita, Paula, Juan Diego y Kike, niños

que viven en la casa, tampoco salen mucho. Sus padres se la pasan ocupados. La mayoría son coteros en las plazas de mercado, vendedores ambulantes, celadores, obreros o muchachas del servicio. Esos oficios consumen todo su tiempo.

“Me gusta ir al colegio porque salgo a la calle, disfruto cada paso que doy hasta llegar a la entrada. A esa hora el barrio no es tan peligroso; voy tranquila”. Jeimy estudia a cuatro cuadras de la fundación, en un instituto distrital que recibe sin demasiadas trabas a niños desplazados. Allá, no tiene amigas, solo se habla con algunos chicos. “Las niñas me dicen rara porque a mí no me gusta jugar casi con las barbies sino al fútbol. Prefiero los juegos de los niños y no tanto los de las niñas. Además, como soy de inclusión, así se refieren a las personas desplazadas, me rechazan”. Lo dice con la voz entrecortada y una mirada de tristeza que invita a consentirla.

A ella no le gusta el colegio por las materias o los compañeros, es más porque tiene la oportunidad de salir de la fundación a “abrazar el sol”; en el campo lo hacía todas las mañanas, su abuela paterna le enseñó. “Decía que eso recargaba de energía a las personas. Era cierto, yo me sentía más feliz, sobre todo cuando aprovechaba para contarle mis cosas a Dios”, señala mientras frota con los dedos un dije de plástico de la virgen María que cuelga de su cuello.

El refrigerio también la motiva a ir al colegio. Ama los días en que dan queso con bocadillo. Esa combinación le trae buenos recuerdos. Mi abuelita me servía ese postre cuando “la vaca producía queso, yo me comía hasta tres porciones”, se pasa la lengua por los labios como si estuviera sintiendo el sabor de los alimentos.

No es tan buena con los números, prefiere las artes. Su materia favorita es artística. En la clase la profesora le ha enseñado a hacer caras humanas. Ella se lo pidió porque le gusta pintar a las personas que va conociendo para no olvidarlas. “Tengo una carpeta llena de dibujos, cuando estoy aburrida los hago”. De repente, se para de la silla y empieza a reburujar entre un armario que está lleno de papeles. No encuentra lo que busca. Así que me dice que la espere mientras trae algo...

Llega sonrojada por la bajada y la subida de las escaleras. Con delicadeza abre una carpeta, como si se tratara de un tesoro preciado. Saca aproximadamente 15 octavos de cartulina de diferentes colores, en todos está el dibujo de una persona. “Esta es mi abuela, mi prima, mi primo, mi tía, un amigo, mi mamá...”. Ha pintado a la mayoría de su familia, o bueno a la que conoce. Pues no sabe mucho de sus parientes maternos.

Los trazos son buenos, hay unos que están mejor elaborados, pero ninguno tiene color ni expresiones sonrientes. “No me gustan los colores”, contesta con desganado cuando le pregunto por ellos. Al rato, me confesó que le daba pereza colorear. En el momento en que guardó los dibujos vi una cartulina brillante que seguía en la carpeta. Le dije, nos faltó ver ese. Con un gesto de resignación me la pasó.

La pintura era diferente a las demás. Esta sí tenía color y el señor que aparecía en ella estaba sonriendo. Lo dibujó con una camisa de rayas muy finitas que seguramente le quitaron mucho tiempo, porque se veían completamente rectas y del mismo ancho. Las mejillas eran rosadas, el pelo negro y las cejas pobladas como las de Jeimy. Cuando le pregunté quién era me dijo con lamento “mi papá”. En ese instante no me dio tiempo de preguntarle por él, guardó las cartulinas rápidamente y bajó a dejarlas en su lugar.

Ella vino de Maní Casanare. Sabe que allá hay un río grande, donde jugaba con sus primos, caballos, alimentos por montón, bosque... “Llegamos a la ciudad sin nada. A mi papá lo mataron los paramilitares por unas deudas y a mi mamá le tocó dejar todo para evitar que nos pasara lo mismo”, señala repitiendo lo que le han contado.

Después de un suspiro profundo, de esos que se les escuchan a las personas mayores cuando las palabras quedan atascadas entre el pecho y la garganta,

como una señal de angustia y dolor, Jeimy rompe el largo silencio que hubo tras la cruda confesión. “Estaban a punto de bautizarme y mi papá me iba a registrar con su apellido, pero después de su muerte eso fue imposible. Ahora estoy esperando que a mi mamá le den permiso en el trabajo para viajar hasta Yopal donde vive mi abuela. Ella me prometió que me daría el apellido”. El tono de su voz no suena tan confiado como sus palabras. Es como si en el fondo dudara de la veracidad del compromiso.

Tiene nueve años, las piernas cortas, la cara amarilla como la de los niños que a falta de proteína pierden el color de las mejillas, y una voz bajita, insegura que se quebranta con los recuerdos de la guerra. A su padre lo asesinaron cuando ella tenía dos años. Mientras su mamá traía de la tienda lo que faltaba para el almuerzo entraron a la casa cuatro hombres con el uniforme de la guerrilla, le dispararon hasta que lo vieron morir. “Cuando estaba a punto de llegar escuchó el alboroto de los vecinos, tiró los paquetes al piso y me quitó de los brazos de mi papá. Tenía el vestido lleno de sangre. Encima de la mesa del comedor había una nota que decía: Váyanse si no quieren que les pase lo mismo. Desde eso somos desplazadas de Maní”.

Durante el desgarrador relato sus ojos hacían un esfuerzo para no llenarse de lágrimas, pero al final no aguantó más, puso los brazos sobre la mesa de la terraza de la fundación, en la que muchas veces nos sentábamos a hablar cuando queríamos privacidad, se tapó por unos segundos el rostro. Cuando lo levantó, el mantel tenía una gota de su dolor. No volvimos a tocar el tema por un buen tiempo.

Jeimy y su mamá llegaron a Bogotá después de vivir algunos años con la madre del difunto en una “finquita de Yopal”. Se marcharon de allá porque las volvieron a amenazar y no querían meter en problemas a la abuela. Al parecer la relación familiar terminó mal. Nunca supe a ciencia cierta la razón, la niña evadía el tema y la comunicación con la madre siempre fue a las carreras, por celular. Los extensos horarios de su trabajo impidieron nuestro encuentro. Solo sé que durante tres días durmieron en el terminal de transporte. No tenían dinero para pagar una

habitación. Lo único que traían era una caja de cartón con tres mudas de ropa y dos pares de zapatos.

En el terminal un guardia les dio el contacto de la fundación donde hoy se hospedan. Dijo que allá podían ayudarlas. Después de caminar por un largo rato, llegaron. Al comienzo, el director de la fundación se negó a recibir las, necesitaban una carta del gobierno que las avalara como víctimas del conflicto armado para poder entrar, pero los tiriteos de Jeimy por el frío a quema ropa que estaba haciendo esa tarde, le removieron el corazón y las dejó ingresar.

“Vi una tristeza profunda en sus ojos, escondía la mitad de la cara detrás del brazo de su madre, como si se sintiera apenada. Sus manos estaban algo sucias y se notaba que no habían comido en días. No pude ser inclemente ante el dolor”. Para Jhon Fredy, la situación de los desplazados en Soacha se ha salido de control. A diario tocan a su puerta entre 3 y 4 personas en busca de un refugio. “Yo quisiera recibirlos a todos, pero no cuento con tanto espacio ni con recursos suficientes para acogerlos”.

Es cierto, a Soacha cada día llegan más desplazados. En el 2005, había 393.000 mil personas viviendo en el municipio y este año ya son 1.000.000. De esa cifra 80.000 son víctimas del conflicto armado. Eso sin contar a los que no revelan su verdadero origen por miedo a ser estigmatizados o encontrados por los victimarios que los despojaron de sus territorios.

El panorama del desplazamiento en el municipio es desalentador. La historia de Jeimy y su mamá se repite constantemente en Soacha. Lo más triste es que no todos cuentan con la misma suerte de ser recibidos por una fundación. A la mayoría les toca construir viviendas improvisadas con palos de madera barata, lonas o latas por donde se cuele el frío con facilidad y existe la posibilidad de un derrumbe.

Jeimy es consciente de que su realidad no es tan complicada como la de muchos niños de Altos de Cazucá, el barrio de casas apiñadas que ve desde la terraza de la fundación. “Mercedes, la señora negrita que duerme en el tercer piso, una vez

cuando me vio llorando porque extrañaba jugar en el campo y tener mi propio cuarto, me dijo que yo era afortunada al contar con un techo, un baño y comida. Yo no entendía la importancia de sus palabras hasta que me pasó unos binoculares para mostrarme el estado de los ranchitos del horizonte. Después de verlos comprendí que era muy suertuda”.

Parecía convencida al decirlo. Sin embargo, cuando pasaban los días y olvidaba las precarias condiciones en las que viven los niños de Cazucá el sentimiento de tristeza regresaba. Los otros pequeños de la fundación también solían estar cabizbajos, muy pocas veces los veía sonrientes. Claro que había una cosa que a todos los ponía felices, escuchar reír a Chavita y Kike, los bebés de la casa, mientras les hacían cosquillas.

El baile también los alegraba, sobre todo a Jeimy y a Paula, a quienes les encantaba inventar coreografías. Un sábado a las 10:00 de la mañana toqué a la puerta de la fundación, había acordado con las niñas que estaría a esa hora. Camilo, un joven de 26 años que no llevaba mucho viviendo ahí, como de costumbre me abrió. Era callado, casi nunca entablábamos un diálogo que fuera más allá del saludo. Pero ese día se comportó diferente. Como cosa rara no se puso a leer en la silla isabelina del primer piso donde siempre me sentaba a esperar a Jeimy. Esta vez tenía una mirada picara, se reía entre los dientes.

No aguanté la curiosidad, le pregunté sobre la razón de su felicidad, él solo me respondió: “ya verás” ...Pasaron 15 minutos y las niñas no bajaban, se me hizo extraño, no solían demorarse. De repente salieron bailando al son de un reguetón. Ambas tenían una camisa blanca enrollada como ombliguera, un chicle rosado, chanclas y estaban peinadas de la misma forma; con una cola de caballo. Camilo empezó a aplaudir con la intención de motivarlas, las personas que dormían en el primer piso salieron de la habitación y también las acompañaron con las palmas. Sus movimientos eran coordinados, se nota que ensayaron.

Nunca las había visto tan felices. Durante todo el tiempo que bailaron mantuvieron una sonrisa de oreja a oreja. Ese momento fue mágico parecía como si la tristeza jamás hubiera pasado por sus vidas.

Hicieron varias piruetas. Jeimy pasaba a Paula por debajo de las piernas, la alzaba para darle vueltas y al final terminaron con una media luna. Cuando se acabó la canción todos aplaudieron. Ellas miraron a Camilo y le picaron el ojo por haberlas ayudado a coordinar la música. Querían seguir bailando, pero los adultos se retiraron y alguien desde el segundo piso con voz de fastidio, ordenó que apagaran la grabadora.

Tras la orden subimos a la terraza, el único lugar donde tenían más libertad para jugar, pero del cual debían salir a las 5:00 de la tarde, hora en la que llegaban los comandos azules al barrio. Paula se sentó con rudeza en una silla, no paraba de renegar; “estoy aburrida de esa señora siempre se tira nuestros planes...aquí no nos dejan hacer nada, quieren que nos comportemos como estatuas”. Es tres años menor que Jeimy pero mucho más despierta, habla como una cotorra y difícilmente puede quedarse quieta, parece un torbellino.

No comprendía de qué señora hablaba. Tal vez se refería a la responsable del apagón de la grabadora. Le iba a preguntar pero la postura de Jeimy me desconcentró. Tenía la mirada perdida como esas que parecen estar más allá del presente. Siempre la ponía cuando estaba triste o muy pensativa. Su cara era sostenida por su puño izquierdo y balanceaba los pies de adelante hacia atrás con desgano.

-¿En qué piensas? - le pregunté muchas veces.

- En nada- fue siempre su respuesta hasta que Paula intervino

- Jeimy cuénteles, ella no va a decir nada, mire que desahogarse es bueno para el alma. Mi mamá siempre me lo repite cuando me ve triste.

Jeimy se quedó mirándome y dijo en voz baja a manera de secreto “aquí se maneja mucha envidia. Yo sé que Yolanda dio la orden de apagar la música porque no me quiere”. Las últimas palabras sonaban como si vinieran de los más profundo de su corazón. La señora a la que se refiere vive en la fundación desde

hace cinco años, es desplazada del Chocó. Los paramilitares la sacaron a la fuerza para apoderarse de sus tierras.

Cuando Jeimy llegó a la fundación, su mamá y Yolanda se volvieron amigas, en varias oportunidades les regaló jabones para que no se bañaran solo con agua. Pues cada persona debe comprar sus propios elementos de aseo y en ese tiempo ellas no tenían dinero. “Un mes después de nuestra llegada mi mamá consiguió trabajo en una cacharrería, como ya no podía estar tanto tiempo conmigo, le pidió el favor a su amiga que me cuidara... A ella le daba miedo que me quedara sola en un lugar donde vive tanto desconocido.” La preocupación de Cindy, madre de Jeimy, es entendible. Dejar a su hija sola, en un sitio que alojaba a personas con diversos traumas y problemas no debe ser una decisión fácil. Pero la necesidad de conseguir dinero para mudarse a una casa que fuera solo de las dos la obligó a hacerlo.

“Al comienzo Yolanda me trataba bien, pero con el tiempo eso cambió. Me gritaba por todo. Si yo sorbía un poquito el chocolate decía que no tenía modales”. En su rostro se nota lo mucho que le dolieron esas críticas. Una noche Jeimy esperó a su mamá despierta para contarle lo que estaba ocurriendo. Al día siguiente, Cindy enfurecida le dijo a su amiga que no tenía ningún derecho de tratar mal a su hija. Dejó de pagarle los \$ 6.000 que le daba por los cuidados. Desde eso la relación entre ellas no es muy buena. Ahora quien cuida de Jeimy es la mamá de Paula.

“Esta mañana me hizo sentir muy mal. Yo dejé en el baño unos calzones remojando porque mi mamá me enseñó que toca hacer eso para que no queden sucios, entonces me fui a tender la cama para después subir a jugarlos a la terraza. Cuando lo iba a hacer escuché que Yolanda le decía a Iris, la mamá de Paula: “Dígale a esa muchachita que vaya y lave los calzones cagados que dejó en el baño”. Yo no aguanté, me puse a llorar”, cuenta con tristeza y un poco de pena.

Paula, que sorprendentemente había estado callada durante el relato de Jeimy, añade “Nosotras no somos cochinas. Siempre nos bañamos muy bien. Jeimy me enseñó a la lavar los calzones. A mí me quedan limpiecitos entonces esa señora

no la puede tratar de sucia cuando ella fue mi maestra”. Lo dice en tono de abogada como si estuviera presentando las pruebas para defender a un cliente.

Las palabras de Paula parecen aliviar la tristeza de Jeimy, quién después de escucharla le da un abrazo de esos que reconfortan el alma. Para estas dos niñas la vida no ha sido fácil. Han tenido que presenciar los estragos de la violencia, huir, aguantar el rechazo de algunas personas y la ausencia de sus padres. Sin embargo, en medio de los sufrimientos y las necesidades la amistad es una fuente de amor que las ayuda a sobrellevar los impases de la vida.

Jeimy quiere mucho a Paula, es su compinche, con ella duerme “arrunchada” en las tardes cuando los adultos no las dejan jugar por el ruido que hacen. También le enseña todo lo que ve en colegio porque la pequeña no ha podido ingresar a uno. La peina y le comparte sus secretos. Algunas veces pelean, en especial cuando Jeimy no cede ante sus caprichos, pero a pesar de eso se quieren como hermanas.

Por Juan Diego, el hijo de Yolanda, siente un gran cariño. Pero se han distanciado debido a los problemas que ha tenido con la señora. Él es mayor que Jeimy, tiene 13 años. Le gusta aprender canciones en inglés para practicar el idioma. Pues sueña con vivir en Estados Unidos “un país que si respeta los derechos de las personas y las cuida”. Así me lo dijo un día mientras hablábamos. Es paciente, sabe escuchar.

Ellos ya casi no hablan. Cada vez que lo hacen la mamá de Juan Diego se disgusta. “La semana pasada, cuando íbamos a jugar con Paula en la terraza, lo invité para que subiera con nosotras...La estábamos pasando bien, pero llegó Yolanda a decir: “Ayyy yo le advertí que no lo quería ver con esas peladitas, lo cogió de una oreja y lo bajó”, recuerda con rabia Jeimy.

Ella lo aprecia mucho porque fue su primer amigo en la fundación. Cuando Jeimy llegó a la casa, él fue quien la ayudó a adaptarse. La acompañaba hasta el colegio las veces que su mamá no podía hacerlo. Pues, “le daban mucho susto los perros

y los ñeros que rondan cerca a esa zona”. Como él ya llevaba más tiempo viviendo en el barrio tenía sus miedos controlados. Eso la hacía sentir segura.

Seguridad es lo que ella siente cuando está cerca de él. Las historias que me cuenta de su amistad con Juan Carlos siempre están relacionadas con acciones en las que él la cuida, la orienta o la defiende. Siempre repite con gran emoción una en la que el hijo de Yolanda la defendió de un niño de la fundación que la trataba mal.

“Aquí vivía un niño que era muy grosero. Le decíamos Chucho, la hermanita nos contaba que él le pegaba con palos en las piernas en la antigua casa donde vivían, entonces un día me escondió un cuaderno porque era muy travieso. Me puse brava y fui a reclamarle, se hacía el loco y solo decía “china boba... china boba...”, hasta que me lanzó un puño. Apenas Juan Diego me escuchó llorando se vino a defenderme, le apretó la mano fuerte a Chucho y le dijo que conmigo no se volviera a meter. Después fue a donde Jhon Fredy, el director, a contarle las groserías de ese chinito”, termina de relatar la historia excitada como si se tratara de un cuento de vaqueros.

Los niños desplazados, muchas veces, ante la ausencia de sus padres deben aprender a cuidarse solos, libran sus propias batallas que, a pesar de no ser comparables con las que viven sus mamás o papás en las calles, van marcando su personalidad. Algunos como Chucho se vuelven agresivos, otros como Jeimy dejan que en ocasiones los agredan, son más pasivos o adoptan una actitud intermedia como la de Juan Carlos.

En la fundación los malos tratos y los golpes están prohibidos. Jhon Fredy, siempre ha sido exigente con esa regla. Por eso, cuando Chucho golpeó a Jeimy,

la familia del niño fue expulsada de la casa, pues en otras oportunidades él había sido grosero con otras personas de la casa y su papá también.

“Estos niños van creciendo y miran las cosas duras que suceden en la calle del frente donde se paran esas bandas, escuchan las historias de las personas que llegan aquí, viven con el recuerdo de la violencia que sufrieron en sus pueblos, entonces se vuelven así, agresivos. A uno le da tristeza que los saquen, pero ¿qué podemos hacer?, si los dejamos, ese ejemplo lo van a seguir los demás y ya bastante tenemos con el problema de no contar con una casa propia o trabajo”, señala con desesperanza una mujer.

Ella, como todos los que habitan en la fundación, es desplazada. “Quiero irme antes de que mi hijo se afecte. Pero venimos de lejos y los pasajes son muy caros para regresar”. Su deseo de marcharse de allí y los motivos que la retienen son similares a los de muchos padres de la casa. Aunque la mayoría están agradecidos por tener un refugio y un plato de comida hay una opinión que comparten niños y adultos respecto a las condiciones de vida que llevan:

“Somos afortunados por no dormir en las calles como les sucede a millones de familias desplazadas, pero las condiciones de vida aquí también son críticas, dormimos apretujados, solo hay tres baños para un mar de gente y el barrio es peligroso”, confiesa el papá del bebé Kike, después de pasarse con desesperación varias veces la mano por la cabeza.

El hacinamiento en el que viven las personas de la fundación es real y lamentable. En una oportunidad, estuve en la habitación donde duerme Jeimy, haciéndole una trenza para subirle el ánimo. Ese día Paula no estaba, había salido con su mamá a hacer unas diligencias y ella no tenía con quien “pasar el rato”. La cantidad de camarotes que había en el cuarto me sorprendió mucho. Eran cinco en total, tres pegados contra la pared y dos en frente. Las personas que dormían en el de la mitad debían pasar por encima de alguno de los dos camarotes de las esquinas;

no había espacio entre uno y otro. Pero a la final eso era lo menos grave. Cuando le pregunté a Jeimy cuál era su cama me contestó que no tenía una. “Yo duermo con mi mamá, aquí nadie se acuesta solo, si fuera así no cabríamos”.

Me explicó que en los 10 colchones sencillos de los camarotes dormían entre dos y tres personas. Dos cuando eran adultos y tres si tenían un bebé o un niño flaquito. Eso significaba que en promedio 25 personas se acostaban en su habitación. Una locura para ser un espacio tan pequeño.

Mientras le terminaba de hacer la trenza me decía lo mucho que le había costado acostumbrarse a dormir con tanta gente. “Sentía harto calor, bueno todavía lo siento, pero ya no me desvelo. Lo que no me deja dormir son los ruidos, las personas de mi habitación roncan muy fuerte y algunos hablan entre los sueños”, lo dice con resignación como si ya se hubiera adaptado a esa realidad en la que sus arrulladores son los ronquidos y las fuertes respiraciones en vez del susurro de los grillos que escuchaba en el campo.

El frío de Soacha también le ha dado duro. Eso y no poder salir a la calle ha sido su cantaleta desde que llegó. Pensaba que el frío “daba un poquito” y después se quitaba. Creía que era algo pasajero, que en una semana o dos no le haría falta el saco que tuvo que prestarle una señora de la fundación al verla tiritar. Fue difícil para ella sentir “tembladera” mientras estaba arropada.

Todavía le dan lidia las levantadas a las cinco de la mañana cuando se alista para ir al colegio. En el baño no hay ducha ni calentador, así que el agua sale helada, se siente como “cubos de hielo, cayendo sobre la cabeza”. A veces, su mamá calienta agua en una olla grande para que Jeimy no se congele, cuando eso pasa se baña a totumadas. “Uno no se quisiera parar a esa hora, ¡esta calientico en la cama y afuera hace tanto frío..!”, confiesa mientras agita las palmas de sus manos en la mitad de los brazos, al igual que lo hace la gente cuando siente frío.

Jeimy ha tenido que adaptarse con rapidez a las condiciones vulnerables en las que vive. Sabe que no tiene otra opción. Intenta no refunfuñar en las mañanas por el agua. Le busca el lado positivo a los malos tiempos “me han dicho que el bañarse con agua fría pone el pelo bonito, señala mirándose las puntas del cabello. Tampoco se mueve mucho en las noches, a pesar de que los ronquidos no la dejen dormir. “Trato de quedarme quieta para que mi mamá no note mi falta de sueño, yo sé que ella se preocupa y eso no me gusta”, es consciente de lo cansada que llega Cindy del trabajo. Por eso, intenta no darle problemas.

La única cosa que no le puede ocultar a su mamá o a las personas de la fundación es la tristeza que siente por el encierro. Aunque tiene amigos allí, le hace falta salir al parque, hablar con otra gente, “vivir una vida de niña”. Conoce la realidad del barrio porque en las madrugadas o muy tarde en sus noches de insomnio ha escuchado las balas que suenan por todo lado. Además, en el colegio ha oído decir que los niños tienen prohibido ir a la cancha del barrio vecino o caminar solos por la vía que lleva a Altos de Cazucá “porque allá matan más”. Pero, a pesar de estar enterada de los peligros a ella le hace falta salir. Le gustaría que su mamá trabajara menos para poder ir a al cine o que las personas de la casa hicieran actividades en la calle.

La fundación cuenta con pocos recursos, no recibe la ayuda de organizaciones o empresas extranjeras como lo suelen hacer otras instituciones que acogen en su seno a personas desplazadas. Es un lugar que se ha construido a punta de la caridad de la gente que los conoce. La Universidad Externado y la Uniminuto hacen campañas de alimento en su favor y ellos por su parte organizan rifas para recoger fondos. Tenían un convenio con la alcaldía, pero con el cambio de administración no se los renovaron. La falta de dinero y de relaciones son las razones que les han impedido ofrecerle a los niños y padres mejores condiciones de vida.

“A mí me toca correr de un lado a otro todo el día. Tengo que conseguir ayudas financieras, arreglar los inconvenientes que se presenten en la casa, asesorar a los padres que van llegando para que les busquen cupo a los niños y otro montón de obligaciones que quitan mucho tiempo. Por eso, no puedo sacar a los pequeños al parque. Si me dedico a eso no comen”, confiesa Jhon Fredy con algo de tristeza y desesperación.

Él no es el dueño de la fundación, sino un hombre viejo que vive en el mismo lugar que fundó hace diez años, ya poco ve y escucha; se pasó la vida intentando ayudar a esas personas desamparadas que han sido atacadas por la violencia. Hizo de su casa un albergue para víctimas del desplazamiento. Hace cinco años, dejó a cargo de Jhon Fredy, su nieto menor, las responsabilidades de la institución, porque los achaques de la vejez le impidieron continuar con su labor.

En época de vacaciones escolares, la fundación no les ofrece a los niños muchas distracciones. Como Jhon Fredy es el único a cargo, le queda difícil hacerles actividades. Los pequeños se dedican a cumplir con las obligaciones cotidianas que tienen a su cargo; tender la cama apenas se levanten, cepillarse los dientes, ayudar a limpiar el piso en el que duermen y lavar los platos bien sea del desayuno, el almuerzo o la comida. En cambio, cuando están en el colegio, estudiantes de las universidades del municipio, que cursan estudios técnicos en trabajo social y carreras de psicología, trabajan con los niños en talleres psicosociales para mantenerlos ocupados.

Mientras se acaba el receso del colegio a los pequeños nos le queda de otra que pasar sus ratos libres inventando juegos en la terraza. Pues, los adultos “siempre se apoderan del único televisor que hay en la casa”. Les gusta ver novelas “lloronas” y a los niños “muñequitos”. Como no disfrutan de los mismos programas, “los grandes” terminan quedándose con el control y los chicos jugando.

“El corazón de la piña es nuestro juego preferido, el problema es que somos poquitos, cuando había otros niños en la fundación era más chévere. Ahora solo quedamos Paula, Juan Diego y yo, entonces es más difícil”, se para de una silla y me explica que todos se deben coger en forma de cadena, el niño de la cola se va enrollando hasta que llegue donde está el pequeño que está en la cabeza y en ese camino todos queden sin poder moverse y un movimiento en falso tumba a los demás. Sin embargo, la diversión se acaba cuando hacen demasiado ruido. Los adultos de la tercera edad que viven en la casa se molestan.

“Acá me divierto con mis amigos, pero en el campo se juega mejor”, dice con una expresión más alegre. Tiene claro que trepar árboles como lo hacía donde su abuela o montar a caballo le gusta más que los juegos que se inventan con Paula y Juan Camilo para no “morir de aburrimiento”.

Está convencida que donde su abuela hay peligros como en Soacha, pero cree que en el campo son menores. “Allá también se escuchan tiros y matan gente, aunque es menos seguido que acá... Los niños pueden salir, no les pasa nada si a las 6:00 de la tarde se entran juiciosos a sus casas”, asegura con total convencimiento.

- Y ¿qué pasa con los niños que se quedan hasta más tarde? – Le pregunto.
- La guerrilla se los lleva por ser desobedientes– contesta.

Me desconcierta la naturalidad con la que se expresa, parece ser que para ella son aceptables esas reglas. Interrumpe mis pensamientos contándome la historia de un amiguito suyo al que se lo llevó la guerrilla. “No volví a ver a Pedrito desde la vez que jugamos frente a nuestras casas, a meter gusanos y ciempiés en unos frascos”. Según ella, a las 5:40 de la tarde su mamá salió a entrarla. Jeimy le dijo a su amigo que se veían al día siguiente para contar cuántos insectos había recogido cada uno, que se entrara. Él no quiso escucharla y se quedó afuera. Al rato, su abuela oyó un grito, se asomó y ya no estaba Pedrito. Desde eso no supieron más de él.

Jeimy, suele estar de acuerdo con las reglas que impone la guerrilla para mantener el orden. Considera que ayudan a mejorar el comportamiento de las personas y a que no “cojan los malos caminos”, a diferencia de Soacha donde siente que todo está de cabeza. “Aquí la gente a ninguna hora puede estar tranquila en la calle, hay marihuaneros y ñeros, las cosas están patas arriba, se necesitan a algunos señores como los que cuidan donde mi abuelita para que todos hagan caso”, dice mientras hace rayones en un cuaderno.

Su apreciación sobre la forma en la que debería funcionar la seguridad en Soacha, no sorprende. Los niños que han vivido en territorios controlados por los grupos armados y olvidados por el Estado, en medio de su ingenuidad terminan avalando el comportamiento y las acciones de algunos insurgentes. Crecen creyendo que las balas y los fusiles son el camino hacia el orden.

Apenas terminamos de hablar sobre la seguridad en el campo y un poco de la de Soacha, aparece una muchacha joven, aproximadamente de 27 años, a la que nunca antes había visto en la fundación. Se asomó con timidez al marco de la puerta de la terraza y le hizo una seña con su mano negra brillante a Jeimy, quien me dijo luego de eso “ya vengo, voy a bajar almorzar, espérame aquí...Por el eco de las escaleras, alcancé a escuchar a la pequeña preguntarle a la chica que la llamó “¿qué tal pasaste tu primera noche? ¿Si dormiste bien?”, comprendí entonces la razón por la que no la había visto antes: era nueva, una nueva víctima del conflicto armado...

Treinta minutos después, escucho subir presurosamente a Jeimy en compañía de Paula, llegan con cara de picardía. Se dicen entre susurros “escóndalo...escóndalo”. Con una servilleta mal cortada están intentando cubrir un pedazo de carne mordisqueado. En medio de las peripecias que hacen para ocultar el trozo de proteína se les resbala de las manos y cae al piso. Paula con voz de nostalgia, le dice a Jeimy “aishhh ya no tenemos que comer más tarde”, pero la pequeña, oriunda de Maní (Casanare), levanta la carne del piso la limpia

un poco y le responde a la chiquita “no se alcanzó a ensuciar mucho, todavía sirve. Además, mugre que mata no engorda”, ambas se ríen y vienen a mí.

Quedé algo sorprendida después de presenciar tan vertiginosa escena. Nunca había visto a dos niñas preocuparse tanto por un pedazo de carne y aunque quería preguntarles por qué lo habían escondido, preferí esperar a que se regodearan por unos minutos del secreto que ocultaban. Sin saber la gran hazaña que había detrás de ese trozo de proteína, solo la descubrí cuando se animaron a contármela.

Tenían unas góticas de sudor en la frente, de esas que aparecen cada vez que la comida alimenta o cuando se come con mucho antojo. Las dos estaban sentadas con las piernas estiradas y Jeimy se consentía la barriga, al igual que lo hacen las personas que salen satisfechas de un banquete.

Les pregunté si había estado rico el almuerzo, respondieron contándome cual fue el menú; arroz, pasta y un “pedacito de carne”. Ese día había sido especial, acababan de recibir un mercado de la iglesia en el que venían unas cuantas libras de carne. Pues, no comían con regularidad proteína animal.

Después de mencionarme el contenido del almuerzo, Paula dijo “estaba rico, pero la verdad era muy poquito, es que, aunque no lo creas nosotras comemos harto y aquí nos da mucha hambre”, señala mientras juega con sus dedos.

Las mañanas es el momento del día en el que más ganas sienten de comer. Se levantan con hambre y después del desayuno siguen con hambre. Al parecer, “el pan con chocolate o el chocolate con arepa” que les dan a diario, ya no las llena. El menú solo cambia cuando la mamá de Jeimy compra “huevitos”. A cada una le sirve uno, ellas quisieran dos, pero saben que la plata no alcanza para tanto.

Mientras estamos hablando de comida un recuerdo espontáneo de sus días en el campo le llega a Jeimy. “Yo me acuerdo tanto que en la casa de mi abuelita revoloteaban las gallinas cuando ella me mandaba a recoger los huevos que tenía en un galpón chiquito. Allá si podía comer todos los que quisiera, sobraban y hasta alcanzábamos a compartir algunos con los vecinos”, dice con melancolía.

Aprovecha el momento para contarnos lo mucho que extraña el plátano verde con leche y azúcar, era la comida más rica que hacía su tío. Se la preparaba especialmente a ella.

“He intentado hacerla acá. Sigo uno a uno los pasos que mi tío me enseñó; le quito la cascara al plátano, lo pongo un rato a calentar en agua, luego lo echo en leche caliente con unas cucharadas de azúcar, ¡revuelvo, revuelvo, revuelvo!, y cuando se pone un poquito melcochudo lo sacó, pero no me queda igual”, señala con decepción. Paula, interrumpe la charla añadiendo que ella la ayudo a hacer el postre, le gusta llamar la atención como si estuviera carente de cariño.

“Yo creo que no me queda igual porque la leche acá es aguada y fea, en cambio la que saca mi abuelita de las tetas de la vaca es deliciosa, sabe dulcecita”, recordar el sabor de la leche del campo corrige la expresión de insatisfacción que tenía cuando contaba que la receta copiada de su tío, no se parecía a la suya. Paula, quién también viene del campo coincide con Jeimy en que la leche en la ciudad sabe diferente. Ambas prefieren la que nos es procesada.

Un rato más tarde, les confieso que las vi guardando un pedazo de carne cuando estaban en la entrada de la terraza. Ellas se sonrojan y entre risas me dijeron que se lo habían quitado a Luna, la perra de la casa. “Muy pocas veces comemos pollo o carne y como nos sirven poquito se la robamos a la pulgosa, así le dicen a la perrita de cariño, pero es todo un reto porque donde nos pille se tira a mordernos”, responde Paula mientras se balancea inquietamente en la silla. En una ocasión, cuando intentaron hacer lo mismo Luna le mordió un dedo a Paula, desde entonces Jeimy se encarga de distraerla para que su amiga se pueda robar la carne.

- ¿Y por qué no piden más comida en vez de quitársela a Luna? – pregunté.
- Si nosotras no nos robamos un pedacito de Luna no comemos bien. Acá hay veces que la gente repite comida y uno se queda así mirando a ver que le ofrecen, pero no nos dan- contesta Jeimy con voz de consentida.
- ¿Ustedes no le cuentan eso a sus mamás?
- No, porque cuando la mamá de Paula cocina nos deja repetir.

Las porciones de comida que reciben depende de quien esté cocinando. Si el turno le toca a los del segundo piso o tercero con quienes no se hablan mucho se tienen que conformar con un solo plato, pero si los cocineros son los del primer piso les llenan un “poquito más el plato”.

El lunes es su día favorito. Cocina la mamá de Paula. “Nuestro estómago ya sabe porque desde que nos levantamos hace guaaaauughh”, asegura Jeimy poniendo las manos como las garras de un león. Ese día comen rico, Cindy deja plata para que les hagan un plato especial.

A Jeimy le encanta “el arroz guerrillero”, un plato que solía hacer su abuelita en el campo. Paula no lo conocía, pero le explicaron a su mamá como hacerlo, ella lo probó y le gustó. Viene con conchitas de pasta y atún. Muchas veces, piden eso los lunes, pues no sale muy caro y es rendidor. Eso significa que comen más.

Las niñas, como las demás personas de la fundación, sienten más hambre en la ciudad; el encierro ayuda a incrementar esa sensación y los altos costos de la comida les impiden saciar esa necesidad. Por eso, cuando hablan de sus territorios resaltan que pese a las adversidades de la violencia nunca se vieron varados por un plato de comida.

Un lunes en la tarde, después de que Jeimy terminó de almorzar, estaba feliz. Ese día me habló de sus sueños. Yo creía que la pérdida de su padre, haberse alejado de su abuela y el encierro en el que vivía habían matado sus ilusiones. Pues la mayoría de las veces que hablábamos, me demostraba lo aburrido que le parecía su mundo, lleno de repeticiones: de la casa a la escuela y de la escuela a la casa...Me equivoqué. Algo en lo más profundo de su corazón todavía la motivaba a seguir adelante, a soportar la crudeza de la vida.

La noche anterior estuvo hablando con su mamá sobre el futuro, Cindy le dijo que la situación por la que estaban pasando no iba a durar toda la vida, que ella estaba ahorrando un dinero para llevársela a vivir a un mejor lugar. Esa noticia llenó de felicidad a Jeimy, lo noté en sus ojos, ya no se veían opacos como de costumbre sino brillantes. Me contó entonces que si se mudaba a otra casa y a un barrio más seguro tendría mayor posibilidad de cumplir un sueño que tenía desde hace rato.

- ¿Cuál es ese sueño? - Le pregunté, intrigada.

- Quiero ser criminóloga- responde, irguiendo el cuello y levantando el pecho como si quisiera que su expresión corporal reflejara la misma seguridad de su tono de voz.

Quedé algo fuera de base, normalmente los niños sueñan con ser futbolistas, cantantes, estrellas de cine o médicos. La criminología no es una profesión que suela ser muy conocida por ellos. Por eso, le pedí que me explicara qué hacía un criminólogo. “Investigan quién lo mató, cómo fue y por qué”, dice Jeimy, enumerando lo ítems con sus dedos. Su respuesta me aclaró su sueño...

En su historia personal hay muchas preguntas sin resolver, en especial las que están relacionadas con la muerte de su padre, aunque su mamá le hablaba de lo mucho que él la quiso y ella sabía que los paramilitares lo mataron, su sueño de ser criminóloga está ligado con ese pasado. Me lo confesó después de que le pregunté si esa decisión profesional tenía que ver con su papá. “Sí, quiero saber quién lo mató. Una persona no puede ir disparándole a la gente por una deuda”, su voz y la forma como empuña su mano para darle un suave golpe a la mesa reclaman justicia.

No tiene clara la diferencia entre paramilitares y guerrilleros. Solo sabe que los primeros son “malos” por quitarle la oportunidad de tener un padre y que los segundos mantienen el “orden” en la zona donde vive su abuela. Con eso le basta para seguir adelante con su sueño y encontrar al responsable de la muerte de ese ser que murió mientras la tenía en sus brazos.

Ahora, Jeimy espera que su mamá junte pronto el dinero que necesitan para marcharse de la fundación. “Quiero vivir en un barrio más seguro que tenga un internet para poder aprender sobre criminología. En la clase de informática, me enseñaron a usar el computador y a buscar en la red todo lo que yo quisiera. Ahí fue donde encontré la definición de lo que me gustaría ser cuando crezca”, lo dice con la mirada firme.

Desde esa conversación su actitud cambió, sonreía más y ya no se le veía la mirada meditabunda. Parecía invencible, como si nada fuera tan fuerte para opacar la felicidad que le produjo la noticia de su mamá. Sin embargo, esa alegría no duró mucho.

Nuevamente la vida le arrebató a alguien importante. Paula, su amiga, su confidente, su hermana, se marchó de la fundación. Apenas me enteré, cogí un Transmilenio directo a Soacha. Cuando llegué, la casa estaba más silenciosa que de costumbre. Nadie veía televisión ni cocinaba. Subí hasta la terraza y me encontré con Mercedes, la señora que dormía en el tercer piso; con Blanca, del segundo; con Susana, del primero y hasta con Yolanda, la mamá de Juan Diego. Todas estaban acompañando a Jeimy, la alentaban con frases como: “siempre van a ser amiguitas”, “más adelante se pueden encontrar”, “ella no se va a olvidar de ti...Lo cierto es que, Jeimy sabía que no la volvería ver; cuando una persona se va de allí nunca regresa.

Me abrieron espacio para sentarme a su lado. Puse mi mano sobre su cabeza y la empecé a acariciar. En un momento, me miró y dijo “se fueron porque el papá de Paula le pegó a su mamá”, agachó la mirada y no volvió a hablar.

Me estuve con ella por dos horas, en ese tiempo no pronunció ni una palabra. Cuando ya me iba a ir, preguntó dos cosas que desde entonces las llevo clavadas en mi corazón. “¿Por qué a mí, a Paula a Juan Diego nos tocó esta vida...? ¿Por qué no podemos ser niños con vidas normales...?”, se paró de la silla con dificultad como si el cuerpo le pesara, me dio un beso en la mejilla y se marchó. Han pasado tres meses y todavía no tengo una respuesta a sus preguntas o al menos no una que pueda aliviar su dolor.

2.2 “Quiero ser gobernador”, un sueño que nace en la guerra

Sentado en una butaca de madera en la puerta de la casa de sus abuelos, Carlos señala una loma entre el montón de montañas que rodean la zona rural del municipio de Santander de Quilichao, y dice: “Allá están los de las Farc y en el lado opuesto los del ejército”. Luego de un silencio extraño que no es usual en un niño de 13 años, agrega: “y aquí, en el medio de ellos vivimos nosotros; los indígenas Nasa”, termina con un gesto de desolación que demuestra lo inconforme que se siente de vivir entre la guerrilla y los militares.

En ese momento llega su abuela, una señora chaparra a la que se le ve el pasar de los años en los pliegues de su rostro y en los visos plateados de su cabello, con dos vasos de agua de panela para “refrescarnos del calor”. Antes de regresar a la cocina, me pregunta con un tono de orgullo “ya Carlitos te contó su sueño de ser gobernador como su padre... Ese deseo de mi muchachito es muy bueno. Él al igual que lo ha hecho mi hijo, quiere trabajar por reivindicar los derechos de nuestra comunidad”. Le consiente con delicadeza la cabeza mientras las mejillas del niño se ponen coloradas.

Carlos no es un chico tímido, saluda a todos los vecinos que pasan por la calle empedrada que está frente a la casa y que después de media hora de camino da al casco urbano de Santander de Quilichao. Por eso, cuando su abuela le da pie para hablar de sus ilusiones, no se contiene. “Quiero ser gobernador indígena como mi papá, ayudar a la gente, cuidar la naturaleza de esas personas que solo quieren dañarla y seguir luchando por las tierras que nos pertenecen”. La seguridad con la que expresa sus sueños indica que sus palabras no son producto de una idea acabada de pensar, sino que vienen de tiempo atrás.

Él como muchos niños indígenas de la zona añora que los terratenientes y grupos armados, responsables de la explotación minera ilegal que se da en Santander de Quilichao no sigan atentando contra el ambiente. Pues una de las cosas que más ama su comunidad es la tierra. A ese valioso recurso le agradecen tener siempre comida en su mesa.

El deseo de que las Farc y el ejército dejen de involucrarlos en la guerra es otro de los anhelos compartidos entre los pequeños. De hecho, los adultos desean lo mismo. Esas ilusiones que tienen los menores de hacer de este mundo un lugar mejor, más responsable con la naturaleza y menos violento, es lo que los invita a soñar con convertirse en gobernadores indígenas. En medio de la ingenuidad que los caracteriza, piensan que ese cargo les permitirá cambiar el curso de sus realidades.

El dinero o el poder no es la razón que motiva a los niños a ser gobernadores. Los quilichagueños tienen claro que si llegan a tener esa responsabilidad no recibirán un pago monetario por su trabajo sino el agradecimiento de su comunidad, mientras las acciones que realicen estén orientadas a proteger la naturaleza y a defender los derechos de los nativos.

Los indígenas que asumen ese rol de dirigentes trabajan voluntariamente. Son reconocidos y respetados por su etnia. Se encargan de mediar en los problemas que hay entre unos y otros, de hablar con las autoridades locales cuando sienten que a alguno de los suyos se le están violando sus derechos. Además, proponen ideas que ayudan a fortalecer el trabajo colectivo. Lo cierto es que también corren riesgos al oponerse a las actividades ilegales de los grupos armados y de bandas criminales que a la fuerza quieren arrebatárles sus territorios o pisotear sus creencias.

Carlos ha sido testigo de los peligros que enfrentan los gobernadores. Lo ha visto, lo ha vivido en su propia casa. Su padre, desde hace siete años, es uno de esos gobernadores, y quizá uno muy bueno, porque el periodo de gobierno es de un año y él ha sido reelegido por la comunidad seis veces. Sin embargo, ese título le ha traído amenazas y enemigos.

“El año pasado mi papá andaba con escoltas en una camioneta grande de vidrios negros. Lo querían matar por haberse metido con algo que aquí no se puede

tocar; la droga”, dice Carlos con una voz bajita como si de eso tampoco se pudiera hablar.

Santander de Quilichao es un punto estratégico para el negocio del narcotráfico por la conexión que tiene con el mar pacífico. La vía del Alto Naya que atraviesa el municipio, desde los 90 se convirtió en un corredor de droga que es controlado por las Farc y las bandas criminales herederas del paramilitarismo. Esa actividad ilegal ha traído consigo muertes y ha terminado jalonando a muchos quilichagueños que no encuentran trabajo o que son obligados por grupos al margen de la ley a involucrarse en el negocio.

El padre de Carlos se ha opuesto muchas veces a que las Farc o las “Águilas negras”, una de las bandas criminales del municipio que vive de las extorsiones y el narcotráfico, seduzcan a los niños indígenas con cosas materiales para meterlos en la droga. Esa posición lo ha puesto en peligro. Y aunque acordó con los grupos ilegales que los indígenas no volverían a hablar de sus prácticas delictivas a cambio de que respetaran a su comunidad y la dejaran al margen de sus negocios, hubo un hecho que rompió el pacto.

Por el camino que lleva a la casa de Carlos algunas veces pasan camiones cargados de marihuana. En una oportunidad su padre se topó con uno, las personas que lo iban conduciendo creyeron que era un “sapo” y para que no fuera a denunciarlos le quitaron la moto, se la quemaron.

“La tarde en que mi padre perdió la moto llegó enfurecido a la casa, yo no entendía bien lo que pasaba, él empezó a llamar a los de la guardia indígena a decirles que no se podían dejar bregar de esos hijuemadres que querían coger de tontos a la comunidad, cuando colgó le pregunté por la razón de su enojo, no me respondió mucho, solo dijo que me quedara juicioso cuidando a mi mamá. Ella lloraba y le gritaba que no se metiera en problemas, que esa gente era peligrosa. Entonces la abracé para calmarla. Ese día cumplí con la orden de mi papá, pero las cosas en la casa nunca volvieron a ser iguales”, comenta Carlos.

Mientras Carlos cuidaba a su madre el gobernador estaba con la guardia indígena de Santander de Quilichao quemando parte de un cultivo de coca que tenían las “Águilas Negras” en las afueras del municipio. No había seguridad porque la gente de la región tenía claro que quien se metía con las cosas de ese grupo criminal “salía muerto”.

Francisco, el padre de Carlos, en una conversación que tuvimos me confesó que al ver en llamas el cultivo de coca sintió un frío en todo el cuerpo. Era consciente de que su arremetida contra las “Águilas” iba a desencadenar una guerra. Temía por su familia pero precisamente por ellos hacía eso. “Si yo me quedaba quieto y dejaba pasar lo de la moto, después me podían hacer cualquier otra cosa a mí o a la comunidad. Si aquí no se demuestra que uno no es ningún bobo pintado a la pared se la montan, sobre todo a nosotros los indígenas. Como no cargamos armas creen que nos pueden ultrajar y eso no lo vamos a permitir”, señala con muestras de ira.

Los indígenas en el Cauca, con el pasar de los años, se han tenido que organizar para demostrarle tanto a los gobiernos tradicionales como a los grupos armados que no son una comunidad de “indiecitos manipulables” sino una población organizada que conoce sus derechos y que está dispuesta a luchar por ellos. La Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN), es la organización indígena por la que se rige Francisco. Algunas de las personas que la integran lo acompañaron a la quema del cultivo de coca. Pues también creen que la comunidad no puede aguantar los atropellos de los grupos armados.

Después del incendio del campo de coca la vida de Carlos se dividió en dos. A su casa empezaron a llegar amenazas de muerte que generaron tensión entre sus padres. “Los días siguientes a la tarde en que mi papá me dejó cuidando a mi mamá, solo se escuchaban peleas entre ellos. Ella le decía que dejara ese puesto de gobernador que nos traía tantos problemas. Yo no estaba de acuerdo, a mí me gusta que él ayude a la gente pero mi mamá tenía razón cuando aseguraba que eso nos iba a terminar separando”, recuerda Carlos mientras en uno de sus ojos

se asoma una lágrima, se limpia con rapidez, acarreándole esa gota de dolor al polvo de la calle.

A la madre de Carlos nunca le ha gustado que Francisco trabaje como gobernador. Piensa que eso lo mete en problemas y le ocupa todo el tiempo que podría compartir con su familia. Cree además que ese cargo lo expone al visor de “personas peligrosas” como las Farc o las bandas criminales. Pues a su parecer, “ellos” saben que él no es una persona fácil de intimidar. Por eso lo comenzaron a amenazar y ella lo abandonó.

“Yo dejé de vivir con mi papá desde un día que venía caminando del colegio y de un momento a otro sentí que me taparon la boca y me metieron al ranchito de mi amigo Camilo. Su tío me había agarrado para ocultarme de los guerrilleros que estaban en mi casa. Mientras estuve escondido tuve mucho miedo... no quería quedarme sin papá. En un momento, me llené de valor y me asomé con cuidadito a la puerta y vi que unos soldados de las Farc se estaban yendo en un camión, después de eso salí corriendo a ver a mi papá. Por suerte, no le había pasado nada, lo abracé muy fuerte y el igual a mí. Como de costumbre, cuando algo malo pasaba, me dijo que todo estaría bien pero que ya no viviríamos juntos.”, dice Carlos con nostalgia.

Tras la presencia de las Farc en la casa de Carlos, su mamá tomó la decisión de separarse del gobernador. Empacó la ropa del niño y de ella, no estaba dispuesta a poner en riesgo la vida de su hijo después de escuchar a la guerrilla, advirtiéndole a Francisco que si no se quedaba quieto las Águilas matarían a su familia o a él.

“Carlitos se agarraba del pantalón de su Padre lleno de lágrimas, se negaba a irse conmigo. Eso me partió el corazón pero sabía que si no me lo llevaba... un día podía encontrarlo muerto. Francisco lo calmó y le dijo que estaría muy pendiente de él. Nos fuimos a vivir con mi hermana mientras se calmaban las cosas. Él niño todos los días preguntaba por su papá, él no nos visitaba para que nadie se diera cuenta donde estábamos. Solo volvimos a la casa cuando se solucionó el problema de la coca quemada, pero yo ya no quise seguir viviendo con Francisco”,

comenta Hilda, la mamá de Carlos. En su voz dudosa se notaba que no se sentía segura con la decisión que había tomado de dejar al gobernador.

Las “Águilas Negras” no se vengaron por el cultivo de coca que terminó quemado. Después de una llamada que le hicieron al gobernador, se enteraron que sus hombres habían roto el pacto de no agredir a los indígenas mientras ellos no se metieran en sus negocios. Ante el incumplimiento del acuerdo decidieron olvidar lo ocurrido y seguir con el trato.

A pesar de que los actos del gobernador para exigir respeto no tuvieron consecuencias graves, más allá de que por muchos días estuvo custodiado por un grupo de indígenas que andaban con él para arriba y para abajo en una camioneta blindada, y de las amenazas que llegaron a su casa, a Carlos si le pesaron las acciones de su padre.

“Todavía no me acostumbro a ver por ratos a mi papá, extraño mucho el beso que me daba en la frente de las buenas noches o las veces que nos montábamos en la hamaca a hablar sobre los planes que teníamos para la comunidad, quisiera volver a vivir con él, pero mi mamá no lo permite, dice que, si él no deja de ser gobernador, no puede volver a la casa”, señala Carlos mientras posa su mano sobre su cachete como si se sintiera aburrido.

Él sabe que la vida de su papá muchas veces corre peligro y que en cualquier momento pueden matarlo, pero aun así quiere seguir sus pasos. Se siente orgulloso de él, coincide con su forma de pensar. Tiene claro que los indígenas solo pueden estar tranquilos si cuidan la tierra tanto como sus vidas, y si luchan unidos, se lo ha dicho su padre. Carlos lo repite como si fuera un discurso propio.

Su mamá ha intentado quitarle de la cabeza esos sueños de ser gobernador, en ocasiones se molesta cuando él le cuenta que están recogiendo fondos con Francisco para poner un transformador que ilumine una parte de la vereda de Monchique, donde viven algunas familias indígenas, desplazadas del Alto Naya. “A ella le da rabia que trabajemos tanto por los otros mientras en la casa hace falta

plata, pero yo sé que si toda la comunidad está bien nosotros también lo vamos a estar”, dice Carlos.

El entendimiento que Carlos tiene sobre la forma como los indígenas deben ayudarse los unos a los otros, parece venir de la mente de un hombre atrapada en el cuerpo de un niño. Es muy maduro para su edad, en vez de pensar en juegos, vive escribiendo en un cuaderno todas las ideas que se le vienen a la cabeza para mejorar las condiciones de vida de la comunidad. Ahora que los indígenas de Monchique están necesitando un transformador, se le ocurrió hacer una rifa para ayudarlos a recoger los \$3'200.000 que les cobra la empresa de energías por la venta y la instalación del aparato que llenara de luz las casas de los nativos. A Francisco lo entusiasmó mucho la noticia, lo apoyó y la compartió con los indígenas de los resguardos de Santander de Quilichao, quienes estuvieron dispuestos a colaborar.

Desde que Carlos y Francisco dejaron de vivir juntos su relación gira entorno a los planes que hacen para ayudar a los demás. Como el gobernador tiene que estar visitando los 14 resguardos que hay en el municipio para conocer las necesidades de la comunidad y los problemas que se presentan con los grupos armados, casi no le queda tiempo de estar con su hijo. Por eso, algunas veces lo lleva con él.

A Carlos le gusta mucho visitar los resguardos, en cada uno tiene amigos. Sin embargo, el que queda en Nuevo México a 15 minutos de su casa es al que más disfruta ir. Los indígenas de allí son desplazados de Caloto y del Alto Naya, los paramilitares les quitaron sus tierras, sus vacas, su ropa, todo lo que tenían. Llegaron a Santander sin nada. Francisco venía con ellos, a él también lo despojaron de sus pertenencias. Desde entonces lucha en compañía de su comunidad para que el gobierno les regrese las tierras que el conflicto les quitó, y para recuperar aquellas que ancestralmente les pertenecen, pero que hoy están en manos de poderosos terratenientes.

El resguardo de Nuevo México es uno de los territorios ancestrales que desde los tiempos de la colonia le corresponde a los indígenas, pero que solo pudieron recuperar después de varios pleitos legales entre la comunidad y el gobierno. Antes de la llegada de los nativos, esas tierras, ricas en oro, estaban siendo explotadas por hacendados.

Allí se ven varios niños correteando de un lado a otro, las casas son en bahareque, los pisos son de barro y el techo es de paja. Están unas pegadas de otras a pesar del amplio terreno que hay. Le pregunté a Carlos por qué no las construían más separadas, me respondió que a las personas de ese resguardo les daba miedo dormir distantes. Los recuerdos de la guerra los atormentan en las noches.

“La gente que vive aquí pasó por cosas muy feas, parecidas a las que vivió mi papá cuando lo sacaron de Caloto. ‘Los paras’ les quemaron sus casas, mataban a sus familiares, les pegaron a las mujeres, mejor dicho, les hicieron vainas horribles que no los dejan dormir. Mi papá tampoco duerme mucho, las pesadillas le quitan el sueño”, señala Carlos.

Mientras hablábamos, varios niños se acercaron a escuchar la conversación. Primero llegó Juanita, una niña de cabello negro azabache con la cara salpicada de pecas. Luego Pedro, un gordito al que la camisa le quedaba de ombliguera. La última en sentarse fue Mónica, tenía las uñas mordisqueadas y los ojos sin brillo. Todos estuvieron callados durante el tiempo que habló Carlos, sus rostros reflejaban miedo y dolor.

Cuando Carlos mencionó que los paramilitares habían golpeado a las mujeres, Mónica encogió las piernas y se cubrió la cara, Pedro se le arrimó y le pasó el brazo por la espalda como si quisiera consolarla. Después de un silencio incómodo, de esos en los que la gente no sabe que decir y prefiere quedarse callada, Juanita rompe con el mutismo, confiesa con la voz chillona y entrecortada que la guerra en el Naya le había quitado la oportunidad de tener un hermanito.

“Mi mamá perdió a mi hermano cuando los paramilitares entraron a Patio Bonito a acabar con todo lo que veían, echaron gasolina por los ranchitos y les prendieron candela. Ella se devolvió a recoger la primera pintica que le había comprado al bebé. Mientras la guardaba en una mochila escuchó los pasos de un caballo, sabía que ahí venían ‘los paras’; entonces se escondió entre unos matorrales, pero no se dio cuenta que una pierna se le había quedado por fuera. Esos señores la cogieron y ella solo les pedía que no la fueran a matar, le dieron una patada en la cola y le dijeron que echara pal monte”, recuerda Juanita. Su relato se basa en las historias que le contó su madre cuando ella le preguntaba por su hermano.

La mamá de Juanita perdió al bebé en el monte. Cuando los paramilitares la dejaron ir se encontró con una familia que estaba caminando en medio de la oscuridad, huyendo como ella de la muerte. Un señor la alzo en el lomo de su espalda porque los pies ya no le daban para caminar. Después de un rato, vieron las luces de unas linternas, los “paras” venían siguiendo sus huellas. No les quedó de otra que esconderse en los árboles. Desde lo alto se despidieron no solo de sus casas sino de una vida ya construida. En la mañana, cuando se veía la humareda que dejan las llamas, la madre de Juanita bajó con dificultad del árbol. Por la incomodidad de la barriga se resbaló y cayó al piso, un mar de sangre mojó su espalda... allí murió su hijo, entre cenizas, balas y llanto.

“No le perdono a esos señores que me hayan quitado a mi hermanito; quisiera que estuvieran muertos”, agrega Juanita. Pedro le quita la palabra a la niña. Cuenta que también perdió a su papá en la masacre del Naya. Su hermana de 17 años fue quien le cont. Él la molestaba por andar ensimismada en su mundo, “nunca hablaba con nadie”, hasta que un día en el que ya no aguantó las burlas de su hermano, le gritó: “no hablo porque la guerra me quitó hasta las palabras”.

Ella vio como amarraban a su papá de pies y manos, a un vecino, a un tío, a un amigo...Los pusieron en hilera al rayo del sol mientras les decían “como ratas nacieron y como ratas morirán”, les llenaron el cuerpo de agujeros y esperaron a que los gallinazos se los comieran.

“Fue horroroso escuchar la forma en que mataron a mi papá, se me pusieron los pelos chinitos de solo pensar lo que mi mamá y mi hermana vivieron, me sentí hasta mal por haberme burlado de su silencio. En mi casa tenemos un cuadro de él, se ve sonriente. Yo no lo alcancé a conocer, pero su cara feliz me dice que fue una buena persona. La verdad, si me hubiera gustado tener un papá...”, comenta Pedro. Tiene apenas once años pero se expresa como un hombre.

Mónica, quien siempre se mantuvo callada al igual que Carlos, sacó su cara de entre las piernas, con voz llorosa dijo que sus abuelos se habían perdido en el Alto Naya cuando huían de los paramilitares con sus papás. En el caos de muertos regados, gente corriendo de un lado a otro con “las poquitas cosas” que podían cargar, bebés llorando... Los padres de Mónica les perdieron la pista a los viejos. Tuvieron que adentrarse en el bosque sin ellos para que no los agarraran “los paracos”.

“Yo he escuchado en las noches a mi papá diciendo en voz bajita, que en el momento en que empezó la guerra mi abuela se negó a abandonar la tierrita, mi mamá y él querían irse antes de que la vereda cogiera más olor a muerto, pero ella se negaba a dejar su casa, decía que de ahí solo la sacaban muerta. Yo creo que se le cumplió el sueño porque hasta el día de hoy no aparece su cuerpo ni el de mi abuelo”, dice Mónica, una de las más pequeñas del resguardo.

Carlos, no comenta casi nada sobre el desplazamiento que sufrió su padre, sabe poco de su historia, él no ha querido contarle mucho. Por sus abuelos se enteró que los paramilitares y la guerrilla quisieron llevárselo, pero que su abuelo les entregó a cambio de su libertad las gallinas, los marranos y la vaca que tenían.

“Perdieron todo por salvar a mi papá. A mi abuela le daba miedo que los guerrilleros no quedaran contentos con los animales y les dieran ganas de querer llevárselo, entonces dejaron abandonada la finca en la que vivían y se vinieron a vivir aquí”, señala Carlos.

Cada uno de esos pequeños que estuvieron sentados contándome las penas que agobian a sus familiares y de las cuales ellos se han enterado, bien sea

escuchando detrás de las puertas o preguntándoles a sus parientes, se han visto afectados por el conflicto. Así no hayan vivido en carne propia los horrores de la guerra, en su mente ya se alojan pensamientos violentos que los atormentan.

Después de silencios profundos y lágrimas cargadas de dolor, rabia, amargura... Carlos se levanta del piso, empieza a dar pequeños saltos y a tararear “arriba, arriba, arriba”, mientras va agitando las manos. Sus movimientos son iguales a los de una coreografía de calentamiento. Juanita suelta una risa, deja de chuparse la manga del saco de lana que lleva puesto y se para a saltar con su amigo. La energía de los brincos y del canto de los dos pequeños, impulsa a Mónica y a Pedro a unírseles. Tan rápido como un relámpago los niños dejan atrás el trago amargo de sus recuerdos y vuelven a reír.

En el colegio del resguardo, la profesora “Mayita” los pone a saltar todas las mañanas para que dejen a un lado las angustias, la pereza y se deshagan del frío de las 6:00 de la mañana, que se concentra en la montaña de Nuevo México. Desde que los niños aprendieron esa rutina, la siguen cada vez que están tristes o les da flojera levantarse.

Apenas Carlos ve a todos los niños sonrientes va bajándole de a poco la velocidad a los saltos, cuando el piso deja de retumbar suelta una frase que desconcierta “peques a trabajar, a trabajar...” Todos le hacen caso, lo siguen en una fila india y se marchan caminando como soldaditos de plomo.

Desde la casa donde hablábamos pude ver que se dirigían hacia el lugar donde los adultos estaban construyendo una especie de centro de salud, que los doctores del casco urbano de Santander de Quilichao les habían pedido a los indígenas para atender a la comunidad cuando hubieran jornadas de salud.

Carlos cogió una pala que sobrepasaba su estatura, la alzaba con dificultad. Pedro, al verlo enredado lo ayudó a equilibrar el peso, aun así les seguía costando pasar la arena de una carreta a un pedazo de la construcción. Los adultos no

decían nada solo se reían un poco entre los dientes para que los niños no lo notaron. Nunca les dijeron “dejen eso quieto” o “esto no es trabajo de niños”, como suelen hacer los grandes cuando los menores se inmiscuyen en las labores de los padres. Al parecer valoraban su esfuerzo.

El hijo del gobernador soltó la pala y se puso la mano en el mentón, se quedó pensando un rato. Luego reunió a todos sus amigos, les dijo algo que por efecto de la distancia no alcancé a escuchar, pero intuí cuando los vi a todos llenando unos baldes de arena que trasladaban hasta una zona de la construcción. Desde el lugar del que los miraba se veían como hormigas trabajadoras, nadie estaba quieto, todos colaboraban.

Sin duda, Carlos es un líder, los pequeños siguen sus indicaciones, lo escuchan, lo respetan, lo quieren. Es muy parecido a su padre, quien se encuentra al igual que él ayudando a construir el centro médico. Ambos tratan amablemente a la comunidad. Ninguno adopta un rol de “mandamás”.

Un grito de una señora que viene corriendo desde la parte baja del resguardo paraliza el trabajo de los indígenas. “Llegó Jaimito, llegó Jaimito, llegó Jaimito...” Todos botan al piso las herramientas de trabajo y se asoman al camino por donde suben las motos. Un hombre viejo que seguía pegando ladrillos dijo: “Por favor, actuemos normal, no queremos que el niño se sienta mal”. La comunidad vuelve a sus labores pero a los pequeños les cuesta concertarse.

El motor de la moto se escuchaba cada vez más cerca, cuando por fin llegó, se alcanzaba a ver un niño en la parte trasera y una mujer pasada de kilos al manubrio, parqueó la motocicleta en frente de la obra y ayudó a bajar al pequeño. Los niños se acercaron con algo de timidez y lo saludaron.

Jaimito tenía una camisa deportiva, manga corta, una pantaloneta negra, con un remiendo en el bolsillo izquierdo de la cola y le faltaba la mitad del brazo derecho. Dos días atrás lo había perdido en una minga que hizo la comunidad para recuperar un territorio que ancestralmente les pertenece pero que está en poder de un terrateniente.

Él respondió con desaliento los saludos de sus amigos. Se veía cansado, tenía unas ojeras grandes y las piernitas le temblaban. El viejo que pegaba ladrillos se acercó hasta donde Jaimito, le puso su arrugada mano sobre el hombro derecho y le dijo: “Mijo, usted es un guerrero Nasa, descanse mientras nosotros le preparamos un caldito”.

Jaimito se marchó caminando lentamente hasta una casa del resguardo que estaba a tres ranchos de la obra, los niños querían ir tras él, pero el gobernador no los dejó. Una persona apagó la música que armonizaba el trabajo de la construcción. Francisco, encendió la moto y le dijo a Carlos que nos íbamos.

Durante el recorrido del resguardo a la casa de la abuela ninguno pronunció ni una sola palabra. Lo único que se escuchaba era el susurro de los grillos. El camino se hizo largo, no solía ser así. Carlos y su papá eran personas a las que les costaba permanecer callados por mucho tiempo, pero la imagen de Jaimito con una venda amarrada a lo que le quedaba de brazo al parecer los impactó tanto que los dejó mudos.

La moto subía con dificultad las lomas que caracterizan a las veredas de Santander de Quilichao. Después de pasar por un árbol de mango, a lo lejos se veía la abuela de Carlos parada en el marco de la puerta, esperando la llegada del gobernador y del niño para servir el almuerzo. Entramos a la casa. Ella le pidió a “Carlitos” que fuera al cultivo a traer un manojo de azafrán.

En el patio de la casa tienen un cultivo grande con diferentes alimentos. Hay piña, naranja, guanábana, maíz, cebolla larga, plátano, maní, colorantes naturales, chiles y una variedad de especies impresionantes. No les falta nada, es como tener un Surtifruver dentro del hogar. Carlos, se sabe los nombres y la forma como se cultivaban cada uno de los productos que hay allí. Dice que en luna nueva el plátano y la yuca “dan buena cosecha”, el estado del tiempo favorece a esos productos.

Cuando coge el azafrán, lo mira con nostalgia. Me cuenta que esas ramas con olor a limón las cultivó con Jaimito y su papá. Le pregunté cómo había perdido el brazo. Guardó silencio por un rato...

“Estábamos en la minga de la María protestando para que la gente rica que se ha tomado nuestras tierras nos las devuelvan, entonces nos metimos a una hacienda privada y de una llegó el Esmad a sacarnos. Ellos no nos quieren, dicen que los indios se la pasan armando pelea. Eso no es así, nosotros somos pacíficos, nosotros no peleamos con armas de fuego ni nada, nosotros estamos es luchando por nuestras tierras. En cambio los policías si nos tiran gases y ya han disparado contra la comunidad. Ese día la cosa se puso fea, les tiramos piedras y ellos lanzaron una granada que le cayó a Jaimito”, contestó Carlos con voz de arrepentimiento.

A Carlos le duele que su amigo haya perdido una parte del brazo. Cree que los culpables de esa tragedia son los del Esmad, quienes, según él, siempre los han acorralado y ultrajado por el hecho de ser indígenas. Le molesta que los traten de delincuentes por exigir lo que les pertenece y detesta que la televisión los haga ver como “los salvadores” cuando han matado a algunos de sus líderes en las revueltas.

“Los noticieros no hablan de las cosas malas que la Policía nos hace pero sí de cualquier cosa que nosotros les hacemos a ellos. Para las personas de afuera nosotros somos los malos y los del Esmad los buenos”, confiesa Carlos con rabia en la mirada. Los niños que van con él a las mingas coinciden con su pensamiento. Guardan resentimiento contra el Escuadrón Móvil de Antidisturbios, en vez de verlos como un cuerpo de seguridad que los puede proteger, los ven como una fuerza enemiga.

A las protestas indígenas suelen ir pequeños que desde los seis o siete años les piden a sus padres que los dejen participar. Algunos ceden y otros no. La mamá de Carlos es de ese grupo de personas que se niega a permitir que los niños se involucren en las mingas. Sin embargo, el hijo del gobernador, desde muy

chiquito, ha buscado la forma de involucrarse con esa actividad de la que su madre lo intenta alejar.

A sus nueve años se escondió en el baúl de una camioneta que tenía su padre para poder llegar hasta una hacienda que su comunidad quería recuperar. Lo hizo sin permiso de su mamá porque sabía que ella no estaría de acuerdo, y él estaba ansioso por usar las caucheras que había ayudado a hacer la noche anterior. Tan pronto Francisco lo descubrió, lo regañó muy fuerte. Como castigo por decir mentiras lo dejó encerrado en el carro. Él recuerda que ese día los problemas entre el Esmad y la comunidad no duraron mucho.

Solo cuando tuvo diez años y medio, lo dejaron ir. Su interés por hacer parte de las mingas no se centra únicamente en vivir la adrenalina que dicen sentir los niños cuando están en medio de los disturbios que se forman con el Esmad, sino por recuperar las tierras que los indígenas por años se dejaron robar. “En la clase de historia que vemos en la escuela del reguardo de Nuevo México, la profesora nos ha contado que nuestros ancestros eran dueños de hartos territorios, que les importaba cuidar la naturaleza, no como las personas de ahora que se la pasan dañando el agua y los cultivos... Cuando me enteré de eso, me di cuenta que así si los policías nos tratan mal debemos luchar por recuperar nuestras tierras”, dice, Carlos, convencido de su causa.

Más allá de los señalamientos que ha hecho el Esmad sobre lo problemáticos que pueden llegar a ser los indígenas, a Carlos lo que más le duele es escuchar a algunos policías y militares diciéndole a su comunidad que son guerrilleros. “Nosotros no somos de las Farc, mi papá y los de la guardia indígena solo se hablan con ellos cuando nos quieren quitar algo o están intentando llevarse al monte a algún niño, de resto no conversan para nada más”, asegura como si estuviera acostumbrado a dar explicaciones.

Para que no dude de sus palabras me cuenta que hace un tiempo hubo un caso en el que mataron a dos policías en la hacienda Emperatriz (Caloto) durante una

riña entre el Esmad y los indígenas. Los uniformados murieron por unos tiros que según el Escuadrón de Antidisturbios le habían propinado los nativos, pero al hacer las averiguaciones necesarias, las autoridades se dieron cuenta que los disparos venían de la montaña, “como si hubieran sido las Farc”.

“La guerrilla no los mató por defendernos sino por deudas que tienen con los policías. Ellos no están de nuestro lado, si fuera así nunca se enfrentarían con el ejército en las veredas donde vivimos”, agrega Carlos.

Antes de que las Farc acordaran el cese bilateral al fuego, la guerrilla y el ejército se enfrentaban constantemente en la zona rural de Santander de Quilichao. Carlos se escondía bajo la cama con su mamá cuando había combates, le daba miedo que una bala atravesara las paredes. Ella le cantaba canciones con la voz bajita para que él se calmara. Permanecían toda la noche mirando las tablas hasta que el sueño los venciera.

Aunque los disparos no siempre duraban largas horas, ellos preferían no salir de su escondite. A veces, los guerrilleros o los militares entraban a las casas de los indígenas para usarlas como trincheras. Ante el inminente peligro, Carlos y su mamá preferían ocultarse durante un tiempo prudencial.

A la mañana siguiente cuando el sonido de la naturaleza regresaba, Carlos se asomaba a la puerta a ver los cuerpos baleados que la guerra dejaba. Su mamá lo entraba rápido, no le gustaba que presenciara la muerte desde tan cerca, ya era suficiente con tener que dormir al son del estallido de las balas.

“Esos días en los que uno solo escuchaba tata...tata...tata...tata... eran muy feos. Nadie salía de la casa, a veces nos íbamos con mi mamá para el ranchito de mi amigo Camilo a hacernos compañía con su familia u otras veces, cuando mi papá alcanzaba a llegar nos metíamos los tres debajo de la cama”, recuerda Carlos.

Haber vivido en medio del rifirrafe de las balas es lo que al hijo del gobernador le hace pensar que la guerrilla no es amiga ni aliada de su comunidad, de serlo no pondrían en riesgo la vida de los indígenas. “Nosotros vivimos entre la espada y la

pared, por un lado está el ejército y por el otro las Farc, nunca estamos tranquilos porque no sabemos en qué momento se van a agarrar”, señala Carlos.

Él sabe que la seguridad ha mejorado desde que el gobierno y las Farc están negociando la paz. Pero aun así, dice que su comunidad no canta victoria hasta que ellos entreguen las armas. Le da miedo que los guerrilleros se vayan y en su lugar llegue otro grupo armado que los pueda lastimar. Esa teoría la ha escuchado en las reuniones de los resguardos.

Carlos quiere que se acabe la guerra, me lo ha dicho en varias oportunidades, pero piensa que no es posible que ese deseo se convierta en realidad si el gobierno y la guerrilla siguen acaparando todas las riquezas y dejan desprotegidos a los indígenas, campesinos, afros, a los más pobres...

“Yo quiero ser gobernador para cuidar a mi comunidad de cualquier malo que pueda llegar a nuestro territorio, quiero recuperar las tierras que nos han quitado, quiero que mis amigos ya no sufran por las cosas feas que vivieron sus padres, quiero que ellos tengan una vida distinta, quiero que las personas aprendan a cuidar el agua y la tierra... Yo quiero hacer la paz...”, confiesa Carlos con una mirada soñadora. La seguridad con que lo dice y su ingenuidad de niño duelen, pero sus sueños son contagiosos e invitan a creer que con pequeños como él, Colombia será un país mejor. Tal vez no ahora sino en futuro no muy lejano.

2.3 La aviación fue lo que le quedó de la guerra

“No son guerrilleros, sino las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, nunca nos hicieron nada”, así se refiere Juan, un niño de once años, de contextura gruesa, mirada directa y profunda, cejas pobladas y zapatos perfectamente lustrados, a ese grupo insurgente que el mundo occidental ha nombrado guerrilla.

Con mi abuelo recorría el cafetal de la finca, mirábamos la huerta o visitábamos a los vecinos. Yo no me separaba de él luego de llegar de la escuela. Me gustaba que me enseñara a coger los caballos y amarrar las vacas para ordeñarlas. Todo en Buenos Aires, vereda del municipio de Mesetas, Meta, era tranquilo. Solo hasta que llegaban los del ejército el aire ya no era tan bueno. Pólvora, granadas y minas quiebra patas era lo que se olía en el ambiente.

Cuando se escuchaban los primeros tiros, corríamos con mi abuelo a sentarnos en la parte trasera de la casa a escuchar los estallidos de las balas y a ver pasar los aviones que lanzaban una candelilla que bajaba hasta el monte, no sé si eran bombas o qué, pero eso sonaba duro, aun así, junto a mi abuelo no me asustaba. La mayoría de los tiroteos eran de noche, pero yo estaba siempre retiradito, y aunque no se daban al lado de mi casa la honda se esparcía, y se escuchaba cerquita, más cuando pasaban los aviones y movían todas las tejas.

Al día siguiente de los enfrentamientos, iba con mi abuelo al río Ariari, y allá siempre encontraba los cartuchos de los tiros, que por curiosidad recogía para coleccionar; me sorprendía la cantidad que había y el color que tenían, e imaginar que salían de un fusil me hacía pensar en los videojuegos que en los computadores de la escuela jugaba. Recuerdo que un día el ejército entró a la casa de mis abuelos mientras mi abuela y yo estábamos donde el vecino Don Pepe, trayendo mazorcas para cocinar. Los soldados esculcaron toda la casa, y encontraron mi bolsa con las coquitas de los tiros, enseguida le dijeron a mi abuelo que esos tiros los estábamos utilizando para reencaucharlos otra vez, es decir que le echábamos pólvora al tiro para volverlos a reutilizar. Entonces mi abuelo explicó que yo los coleccionaba, que los cogía en el camino, ellos le

creyeron y se fueron, pero desde entonces mi abuelito me dijo que tirara todas esas colillas y ya no las volví a recolectar más.

En mi vereda vivían las Farc, pero ellos no hacían nada malo, al contrario, ayudaban a los campesinos, dándoles plata para comprar animales, cosechar y hacer fiestas de Navidad. Aún recuerdo el 24 de diciembre de hace dos años, todos mis vecinos y amigos estaban en la escuela de noche, unos bailaban merengue y otros fumaban, la comida sobraba, pues todos colaboraban con las reses, ya que días previos a la fiesta, la junta de acción comunal que estaba conformada por campesinos y miembros de las Farc hablaban con personas de la vereda, entre esos con mi abuelito para que les vendieran los animales. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia se preocupan mucho por nosotros, siempre nos llevaban juguetes; donde mi abuela tengo un carro grandote color azul. En realidad, ellos solo quieren ayudar al que poco tiene. Son personas humildes que compartían con nosotros y más en Navidad. En esa época, ellos están relajados, saben que los soldados descansan en diciembre.

En Buenos Aires no hay puesto de salud, el más cercano está en Mesetas; es un hospital pequeño, pero el mejor está en Granada, y para llegar allá hay que montar en mula o tomar la lechera, un carro que lleva leche y personas a la vez. Las carreteras son sin pavimentar y las pocas que están arregladas es gracias a las Farc, ellos dan el dinero a una persona para que traiga los bulldozer, unas máquinas grandes amarillas que sirven para parchar la vía.

Como en la vereda no hay puestos de salud, las personas se curan con medicina naturista. Cuando a alguien le debían coger puntos, llegaba una enfermera que también ayudaba a la guerrilla. Ella se llamaba Patricia, pero un día desapareció sin previo aviso y nunca se volvió a ver. Esta mujer decía que había estudiado medicina, era trigueña y tenía los ojos verdes como las serpientes que aparecían en mi casa y mi abuelo espantaba con creolina. Un día Patricia me cogió ocho puntos en una herida, ocurrió cuando yo era más chiquito. Con una peinilla cortaba la hierbita, me resbalé y le puse el pie encima, me quedo enterrada,

entonces mi abuelo la sacó, pero corría mucha sangre. Así que tuvieron que aplicarme anestesia, pero eso no me hizo efecto, no quedó de otra que coserme a carne vivía. El dolor que sentí nunca lo voy a olvidar.

Tampoco voy a olvidar la tiendita que quedaba a dos horas de mi casa, era una casita de ladrillo con teja de zinc, en donde a través de una reja vendían cerveza, gaseosa, detodito o platanitos, allí todas las noches había fiesta, y hasta mi casa se escuchaba como sonaban las rancheras. Los niños jugaban fútbol, pero cuando llegaba el sábado era el turno de los adultos. Este lugar exitista gracias a las Farc, ya que ellos le daban plata a la persona de la tienda para que la surtiera. Allí mi abuelo me consentía gastándome lo que yo quisiera, desde leche en polvo hasta un Bonbonbum.

Yo era el preferido de mi abuelo, a veces le decía que quería anón y él iba y me traía, se subía a un palo alto y cuando había cosecha me bajaba hartos. En Buenos Aires esa es la fruta que más se da. Cuando llegaba a la finca mi abuela lo regañaba, porque yo no desayunaba, ni almorzaba, ni comía, todo lo que quería era anón.

Mi abuelo, es como mi padre, mi guía, mi modelo a seguir, lo que conozco es gracias a él. Un día lo invitaron a ayudar a hacer panela, y yo le dije que, si me llevaba, me causaba curiosidad ver cómo se producía, él me dijo que sí, enseguida me quite las chanclas con las que andaba todo el día. Me puse una sudadera y las botas de caucho que él me había traído del pueblo para regalármelas en un cumpleaños. Cuando estaba listo cogimos unas naranjas para ir comiendo en el camino, el recorrido era largo. Al entrar a la finca de Don Miguel, me dijo que colocara atención a lo que él hacía, allí aprendí que primero debía molerse la caña con un molino que funcionaba amarrando a unas mulas, ellas daban vueltas alrededor de un palo y el jugo salía por un tubo a un pailón grande, en este se calentaba el líquido y se batía hasta que espesara, luego lo pasan a una caja que tenía una cuadrícula, y cuando se endurecían sacaban los palos y

metían cada panela en una lona para llevar al pueblo. Yo era feliz raspando los palos de la panela, en ellos quedaban restos secos que me podía comer.

En ocasiones iba con mi padre y abuelo a vender panela o café en Mesetas, pero siempre en el camino había retén de la policía, yo me asustaba cuando nos paraban y nos pedían los documentos, a los adultos la cédula y a los niños la tarjeta de identidad. Los sargentos nos miraban y preguntaban ¿qué viene a hacer?, ¿para dónde va?, ¿quién es su familia? Con el documento miraban los antecedentes judiciales y si había problema lo llevaban a la estación de policía y allá le explicaban por qué. Afortunadamente mi abuelo y yo pasábamos normal, rápido, pero con mi papá siempre se demoraban y teníamos que esperar. Él no tiene problemas con la justicia, lo que pasaba era que sus datos no aparecían rápido en el sistema, como estábamos en el campo la señal se demoraba en llegar, pero finalmente siempre nos dejaban seguir. Con el tiempo la pasada fue más fácil porque ya nos identificaban, y como decía mi abuelo “pueblo pequeño, infierno grande”.

Una tarde, estaba jugando en la huerta y vi desde lejos que llegó un hombre a la casa y mi abuela le servía un tinto, él tenía un fusil y corrí a saludarlo. La curiosidad de ver el arma de cerca me tenía emocionado, yo le extendí mi mano y él se presentó por su nombre; Francisco, se llamaba. Era de las Farc. Le pregunté por qué tenía un arma, a lo que el señor respondió que era revolucionario. Eso significaba que no le gustaba lo que les hacían a los campesinos y a los ciudadanos, entonces ellos cogían la plata de los ricos para repartirla a los campesinos pobres, como hacían con nosotros.

A mí me pareció una buena idea, pues hay personas que tienen mucha plata y no comparten, no ayudan a quienes lo necesitan. Y si se puede mejorar las cosas así,

por qué no hacerlo. Él nunca me llegó a decir cómo les cogían la plata a los ricos para repartirlas a los pobres y la verdad no pregunté.

Francisco con el tiempo se volvió mi amigo, me contaba que extrañaba a su familia y que ellos vivían lejos de Buenos Aires, también me decía que se cansaba de tanto caminar cuando hacían vigilancia por la zona. En ocasiones, llegaba a mi casa y veíamos películas hasta la una de la mañana, la verdad lo extraño mucho porque él me contaba casi todo de su grupo. Me mostraba lo que llevaba en su equipaje, una banquita portátil para hacer guardia y un fusil.

Yo nunca vi que las Farc mataran, ni muertos por la finca, cuando había verano incendiaban el rastrojo para que todo quedara limpio de la maleza, jamás encontré un cuerpo por ahí tirado como muestran en la televisión. En ocasiones sí había por ejemplo bombas, eso estallaba, pero sin ningún peligro, pues ellos apagaban las llamas con un aparato para fumigar las plantas.

Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia siempre estaban pendientes de nosotros, cuando había minas ellos se regaban por el camino y nos decían por dónde debíamos caminar para llegar a nuestro destino; yo siempre tenía en mente los lugares que nos indicaban, pero luego de un tiempo ellos nos avisaban que ya podíamos volver a pasar. Estos lugares realmente eran muy pocos, por ejemplo, al lado de un potrero de la finca de Don Miguel, donde se hacía la panela, la guerrilla le dijo que no dejara pasar las bestias al otro lado de la cerca, pues allá había minas, pero ya se las iban a quitar.

Mi abuelo un día recibió dos caballos y una mula de la guerrilla, ellos eran muy generosos con mi familia. Los caballos eran altos, amarillos y muy bonitos. Había uno que siempre estaba conmigo, de mi abuelo no se dejaba ensillar y era yo quien me encargaba de eso. A estos animales los cuidamos por mucho tiempo. Cuando llegaba la guerrilla ellos los utilizaban, pues finalmente eran los dueños.

Al comienzo ellos me causaban desconfianza, pero al ver que eran muy buenos con mi familia, yo me prestaba a ayudarles en lo que necesitaran. Por lo general, le daban dinero a mi abuelo para que les comprara medicamentos, él se los entregaba a un personaje de las Farc o a la doctora de ellos, quienes se encargaban de llevarlos al campamento.

Muy pocas veces vi esos campamentos, ellos se la pasaban más en carpas que dejaban abandonas, al igual que sus trincheras; solamente las utilizaban cuando se enfrentaban con el ejército. Estaban hechas con costales de arena con poca altura, ya que disparaban desde el piso, mientras que las del ejército son altas y tenían un hueco para poner el fusil. Los soldados las construían frente de las fincas de las personas. Eso era peligroso porque cualquier bala se podía filtrar por las paredes, pero nadie les decía nada, pues quien se opusiera quedaba como sospechoso o cómplice de las Farc.

Cuando tenía como ocho o nueve años, iba caminando con mi abuelo por la vereda camino a la escuela y vimos una trinchera del ejército en la que me metí, me puse a ver en los huecos cómo ellos podían disparar y en esas me encontré un radio, pero estaba dañado, no tenía la tapa trasera, pero si la antena y bocina por donde se habla. Yo lo guardé en mi bolsillo y me lo llevé, mi abuelo me dijo que lo enterraríamos y así fue. Llegamos a la casa y en la huerta cavamos un hueco, allí lo metí. Antes de enterrarlo, le regamos un chorrito de gasolina para quemarlo. Ese aparato sonaba mientras se toteaba, cuando dejé de escucharlo corrí a taparlo con tierra.

En realidad, me caen muy bien los de la guerrilla, aunque también tenía amigos del ejército, con ellos hablaba mucho y me contaban historias de su labor, pero un día un amigo militar me dijo que ellos debían matar a los de las Farc. Eso me molestó y les cogí desconfianza. No es justo que maten a personas que solo quieren ayudar a los pobres y campesinos. Desde ese día, no volví hablar más con soldados, cuando me los encontraba los evitaba.

Yo solo pensaba ¿cómo alguien puede matar a una persona que no hace daño? Las Farc nos protegían. Un día a mi abuelo le robaron unas reses y las Fuerzas Armadas cogieron a los ladrones y los amenazaron con que nunca volvieran porque les iba a ir mal. Ellos lo que quieren es proteger al campesino y que nadie le robe su propiedad. Cuando ocurrió lo de mi abuelo, ellos amablemente le colaboraron con dos y tres millones para que recompusiera su ganado. Mi familia en verdad estuvo muy agradecida.

Al comienzo de cada año escolar, siempre recibíamos la visita de los miembros de las Farc, la profesora los saludaba y les permitía la entrada al salón de clase. Un viernes, cuando teníamos informática ellos llegaron con balones, computadores portátiles, memorias cargadas de video juegos de Mario Bross y un duendecito que coge monedas, era muy chévere, porque también nos ensañaban cosas que no sabíamos.

Las USB, además, tenían un video de la forma en la que se hacía esa cosa llamada coca, no lo mostraron para que nos diéramos cuenta de las consecuencias que eso causaba en las personas. Nos decían que uno podía morir y nunca salir de ese vicio, por eso era mejor no andar en malos pasos, pues una persona podía hacer lo que fuera por un poquito de ese polvo blanquito que yo nunca he visto.

Cuando salíamos al recreo que duraba dos horas, jugábamos con mis amigos a las cogidas, al fútbol o con los computadores. Mario Bross tenía todas las etapas hasta la del zorrillo que coge una pluma y vuela. El que más me gustaba era Súper Mario 3, el de Mario y Luigi, porque uno debía pasar niveles hasta llegar al castillo en donde nos enfrentábamos con el dragón que lanzaba bolitas de fuego. Realmente era feliz.

Allá en el colegio tenía dos mejores amigos, Alejandro y Bryan, pero un día Bryan me cayó mal porque era un niño muy agresivo. Recuerdo que un lunes estábamos jugando futbol en el recreo con un balón de voleyball que estaba medio desinflado, uno le pegaba con la punta y eso se elevaba con nada, entonces Bryan empezó a tirarnos duro el balón y Alejandro le metió un gol levantado, que él no pudo alcanzar. Se molestó tanto que nos pegó, y como ya tenía dos notas en el observador, la profesora Elsa lo expulsó. No volvió más a la escuela.

Su salida hizo que solo quedáramos cuatro niños en el colegio, razón por la que cancelaron las clases, ya que no se podía dictar los temas con tan poquitos niños. Mis abuelos al enterarse, me enviaron a estudiar a Granada (Meta) donde mi papá. Allá duré un año, pero no era feliz, porque la esposa de mi padre discutía mucho conmigo.

Al siguiente año regresé a la escuelita en Buenos Aires a cursar cuarto grado. Allí tomaba materias como: Matemáticas, Español, Artística, Educación física, Inglés, Ética, Religión e Informática. Todas eran dictadas por la profesora Elsa. Pero la verdad es que lo que vi ese año ya lo había aprendido en Granada, pero yo no dije nada. Durante ese periodo extrañé a Bryan. Él me ensañaba a multiplicar restando; y aunque no me interesará mucho la matemática, sé que debo aprenderla para cumplir mi sueño de ser piloto.

Un día saliendo de la escuela tuvimos un susto, se escuchó un 'Tatatata...' de balas. Resulta que en la tarde hubo presencia del ejército y se armó un enfrentamiento con los de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Mi profesora iba camino para Mesetas y el ejército la detuvo, porque iba vestida toda de negro, y eso la hacía sospechosa, le dijeron que mostrara las manos y que si tenía olor a pólvora era una guerrillera, ella no se negó y la dejaron pasar, pero la profesora nos contaba en la mañana del otro día que estaba muy asustada.

Mis compañeros decían que los soldados a veces piensan y tratan a la gente de la comunidad como guerrilleros y por eso pasan por groseros.

La profe Elsa, es una persona muy amable pero solitaria, yo no le conocí a la familia, su vida era la escuelita, por ello la comunidad en agradecimiento le construyó un cuartico junto al colegio, pero a ella le daba miedo estar ahí y le pedía el favor a mi abuelito que la acompañáramos algunas noches. Un día ella se fue a enseñar a otro colegio y ni más supe de ella.

Para vacaciones de mitad de año, mi amigo Francisco de las Farc, me invitó a ir a su campamento, yo con gran emoción le pedí permiso a mi abuelo y me dejó ir. Él me acompañó hasta cierto punto del camino y luego Francisco, su compañero y yo seguimos y nos metimos entre el monte. Siempre había soñado con ir a ver sus entrenamientos, pero jamás con vivir allá.

Ese lugar quedaba bien adentro de la selva y cuando llegué estaban todos descansando, había como 20 o 30 personas, hombres y mujeres, pero ningún niño, el más joven era un señor de 18 años que se quiso ir allá porque estaba cansado del papá.

En ese campamento yo miraba cómo hacían las trincheras, primero cavan un hueco y le colocan costales de lona que llenaban de arena para armar hileras de tres, luego desde allí practicaban tiro al blanco, y cuando había combate cada uno ocupaba su espacio. También vi cómo preparaban el almuerzo, tenían que prender el fogón con una cosa de hierro y leña. Ese día comieron frijoles, arroz y patacones fritos, ni carne, ni pollo, aunque recuerdo que mi abuelo les regaló un chivo. Todos hacían fila para comer. Los primeros que iban eran los altos mandos entre ellos el segundo a cargo, porque nunca estaba el comandante.

Los miembros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia siempre se vestían en el campamento con pantalón camuflado y camisa normal, cuando iban a comer dejaban el fusil a lado de sus pies e inmediatamente terminaban, comenzaban a limpiar sus armas, luego se iban a bañar y a lavar la ropa en una cascada que había al fondo del monte.

Ellos hacían sus necesidades lejos del campamento y las enterraban, así no molestaban a sus compañeros. Mis amigos me decían que no tener un baño no les incomodaba pero lo que realmente no les gustaba era estar lejos de sus familias, además allá no pueden tener novia, solo ser amigos.

Cuando los de las Farc limpiaban su fusil, yo les decía que si no tenían casquitos de balas, entonces ellos me regalaban los tiros quemados. Yo los recogía feliz y los metía en una bolsita, ese era mi trabajo. Siempre cogía un montón que llevaba como trofeo a casa.

Lo que realmente me causaba mucha curiosidad era esos fusiles, yo era un bobo viéndolos, por eso Francisco me enseñó cómo se llamaban las partes. Está el cañón, el gatillo, el proveedor, la recarga, el seguro, la catcha y el mango que es de donde uno lo coge. Ese día, me dejaron cargar uno para saber el peso, pero me lo dieron con el proveedor sin balas. La verdad sentía nervios y alegría, un sentimiento extraño que no sé definir.

En ocasiones el segundo al mando les hablaba y les indicaba lo que debían hacer. Una tarde, los pusieron hacer vigilancia en la vereda. Todos se esparcieron por lado y lado, pero sin fusil, solo con una pistola y ropa de civil. Algunas madrugadas, llegaban varios a mi casa y mi abuela les brindaba un tinto con galleta.

El día que fui con Francisco al campamento, pusieron al grupo hacer flexiones de pecho. A algunos les gustaba tanto que lo hacían sin indicaciones, otros

realizaban barras con unos palos que ellos enterraban. También armaban pesas que cargaban en una báscula para equilibrarlas, y luego de tener el mismo peso empezaban a levantarlas.

Allá también tenían portátiles en donde me dejaban jugar Mario Bross, pero cuando debían salir del lugar los llevaban en sus maletas, y si sospechaban que estaban interceptados los quemaban o los dañaban.

Siempre me preguntaba cómo hacían para no cansarse de caminar todo el día, porque ellos al parecer no pueden estar tranquilos sin caminar. Caminan y caminan hasta que cae la noche. Por eso, le pregunté a Francisco y él me dijo que les tocaba andar así estuvieran cansados. En ocasiones, entraba el ejército y era cuando no podían dejar de caminar, abandonaban todo por un tiempo. Luego de dos días de disparos los soldados se iban y las Farc regresaban.

Durante el tiempo que estaba el ejército en la zona yo escuchaba desde mi casa las bombas que explotaban y oía a las avionetas bajitas, pero yo sabía que estaban altísimas, solo que hacen mucho ruido, aunque debo admitir que ese sonido me gusta. En esos momentos de enfrentamientos llegaban los de las Farc a mi finca y no demoraban mucho. Ellos decían que se iban para no ocasionarnos problemas. Algunas veces, el ejército sospechaba de nuestra amistad con los de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, pero no tenían pruebas que nos involucraran.

Un día en el colegio la profesora nos preguntó ¿qué queríamos ser cuando grandes? Yo lo primero que pensé fue en ser piloto, creo que ese gusto surgió en mí porque desde chiquito con mi abuelo veía cómo pasaban los aviones por encima de las nubes. Se veían pequeñitos pero yo sabía que eran inmensos. Por eso, cuando me iba detrás de la casa a ver cómo arrojaban cosas, siempre imaginaba que era yo quien los volaba. Aunque nunca me he subido en uno, me

gustan mucho.

Ese sueño me ha llevado a esforzarme en las matemáticas. Sé que para ser piloto las necesito. Aunque algunas veces me va regular en las evaluaciones, porque se me olvida estudiar por estar viendo televisión o jugando, mi abuelo y mi mamá me han dicho que estudie mucho y que cuando sea grande me van a ayudar a pagar la carrera.

Ver helicópteros o avionetas es muy común en Buenos Aires, generalmente dan vueltas lanzando una lluvia de papeles que tienen las caras de los integrantes de las Farc. A estos aviones mi abuelo les llama "marranos", porque vuelan bajito pero son grandísimos. Yo de chismoso corría detrás de ellos para coger los volantes y leerlos, luego con una bolsa atrapaba muchos, los llevaba a casa y los guardaba, después tomaba cada una de las hojas y las rompía para quemarlas en el fogón mientras mi abuelita no estaba. A veces, me daba miedo prender la leña, pero lo que hacía era meter un papelito y luego todas se encendían, yo corría a mi habitación, cuando ella llegaba ya estaba todo calmado.

En alguna ocasión, en uno de esos volantes apareció mi amigo Francisco, en este decía que daban cinco millones por información de él, yo cogí esos papeles y con un gancho los rasgué y quemé; a pesar que los de las Farc nunca me decían que hiciera eso, yo lo hacía por mi iniciativa. Por el contrario ellos me expresaban que no quemara todos los carteles, pues los querían leer, entonces yo guardaba la cantidad exacta para ellos y de resto los votaba.

Un día le pregunté a Francisco sino le daba miedo verse en los carteles que caían del avión, él decía que no, porque sabía que nadie se iba a ir de sapo. Aun así, se escondía durante tres días para que nadie lo encontrara. Pero una vez entre esas idas no volvió. Yo creo que se cansó de estar lejos de su familia y fue a visitarlos. Él los extrañaba.

Tal vez Francisco regrese a Mesetas cuando el gobierno y las Farc vayan a firmar la paz. Él me dijo que todos sus compañeros querían dejar de pelear con el ejército y que, si el Presidente era honesto y empezaba a pensar en nosotros los campesinos, estaría dispuesto a entregar las armas.

Yo sé que muchas personas no creen que ellos sean capaces de darle al gobierno todas sus pistolas y fusiles porque no los conocen, pero yo he compartido con todos y puedo dar fe de su honestidad. Las Farc son gente de palabra, si se comprometen a frenar los combates y a dar sus armas lo cumplen.

A mi abuelo sí le da miedo que ellos queden desarmados. Él piensa que la estrategia del presidente es convencerlos de que entreguen las armas para luego asesinarlos, de pronto pueda ser verdad porque eso mismo hicieron con los paramilitares y ya han matado a varios. El gobierno pasado hizo un trato con los 'paras', ese grupo aceptó y después Uribe intentó extinguirlos, la cosa es que muchos se dieron cuenta y se regresaron pal monte.

Yo no quisiera que a las Farc les pasara lo mismo, ellos han ayudado bastante a mi familia y a todos los de la vereda, no sería justo. Ojalá puedan arreglar sus diferencias con el gobierno para que haya paz y ellos se puedan reencontrar con sus familiares.

Claro que si ellos entregan las armas lo más probable es que llegue otro grupo a ocupar su lugar o algunos de las Fuerzas Armadas que no queden contentos con el trato que hagan con el Presidente. Es muy difícil acabar con la guerra, siempre va a haber una persona en desacuerdo con la política del país, que va a montar su propio ejército para defender sus ideales, siempre va a haber un mal.

Desde que me vine a vivir con mi mamá a La Mesa (Cundinamarca) he tenido la sensación de que en Buenos Aires no se va a volver a escuchar el ruido que hacen los fusiles cuando los disparan. A mí me gustaba sentarme a oír ese sonido, pero sé que las cosas estarán mejor por allá si ya no se oyen. Los animales de la finca de mi abuelo se ponían muy intranquilos, cada vez que había tiroteos a mí me tocaba cantarles para que se calmaran.

Las veces que he hablado con mi abuelo por teléfono, me cuenta que ya no hay combates en la vereda. No me ha dicho la razón porque él evita hablar de esos temas por celular, pero yo creo que eso está relacionado con los discursos que da el presidente en televisión. Yo me he puesto a escucharlo y él asegura que los de las Farc y el ejército ya no se enfrentan. Quizá por eso en Buenos Aires las balas se han silenciado.

Esa noticia me alegra bastante, significa que cuando vaya a donde mi abuelito voy a poder andar tranquilo por el campo sin el susto de ir a pisar una mina quiebrapata. A mí me encanta visitar la vereda, extraño los huevitos pericos de mi abuela y los cuchicheos de mi abuelo. Yo sé que les hago falta, era su compañía, pero como nunca viví con mi mamá y ella quería que compartiéramos, me tocó dejarlos. Claro que la vez pasada me dijo que en Navidad me iba a enviar de visita a la casa de mis abuelos. Eso me tiene feliz, cuento los días para volver a verlos a ellos y a mis amigos de las Farc.

Acá en La Mesa también tengo amigos. Con los nietos del patrón de mi mamá juego mucho. A veces nos vamos a una piscina comunal que hay sobre la carretera y nos bañamos bien rico. Andrés que es el más pequeño, tiene 10 años, se ha convertido en mi mejor amigo. A él le gusta que le cuente sobre los animales

de la finca de mi abuelo, el proceso de la panela y las fiestas de Navidad que se hacen en la vereda. Todavía no me he atrevido a hablarle de mi amistad con las Farc, he pensado que es mejor guardar ese secreto. De pronto él puede ser 'lenguisuelto' y le cuenta a todo el mundo lo que yo le diga. Yo no quiero que la seguridad de las Fuerzas Armadas esté en peligro. Por eso, prefiero quedarme callado.

En general acá me siento bien, la escuela es mejor, va más avanzada. Quiero aprender harto y sacarme buenas notas para llevárselas a mi abuelo en diciembre y ver su cara de felicidad, me gusta que se sienta orgulloso de mí.

Ahora que estoy en vacaciones le he ayudado al patrón de mi mamá a entregar los domicilios de la panadería para recibir una platica y con eso comprarle a mi abuelo un sombrero bonito que vi en el pueblo. También, he querido llevarle algo a Francisco, aun no decido qué, pero estoy seguro de que pronto se me ocurrirá. Espero poder encontrármelo cuando vaya, para darle el regalo y volver a escuchar sus historias...

3. Conclusiones

Trabajar con niños fue una experiencia mágica, pero a la vez compleja y dolorosa. No es fácil hablar con ellos sobre conflicto armado y descubrir que sobreviven en contextos violentos que poco a poco les han arrebatado la ingenuidad, ni tampoco darse cuenta de la forma en la que van normalizando la guerra. Ya la muerte o los constantes tiroteos no los sorprenden. Aunque sí les gustaría cambiar esa realidad de igual modo se han adaptado a una vida en la que la ley del gatillo o del más fuerte es la que domina.

Juan, Carlos y Jeimy son niños a los que los une el conflicto pero los separa su forma de entenderlo y de vivirlo. Conocerlos y contar su historia me dejó ver que el hecho de que todos vivan en regiones y municipios donde hay balas y grupos armados no significa que ven la guerra con los mismos ojos o que la interpretan o les duele de igual forma. Son las experiencias que cada uno ha vivido lo que determina su manera de pensar y de sentir. Por eso, es muy importante tomarse el tiempo necesario para escucharlos.

El caso de Juan, el niño que vivió en zona de conflicto, es un ejemplo perfecto para entender que no todos los pequeños que han tenido un vínculo con los grupos armados tienen una percepción negativa de los mismos. La ayuda que las Farc le brindaron a la familia del pequeño influyó en la imagen que él construyó de esa guerrilla. Y aunque su pensamiento acerca de ellos es respetable, de su relato surge un interrogante que puede ser despejado en próximas investigaciones ¿los niños en realidad conocen el panorama completo de lo que ocurre en una guerra o al igual que los adultos, por cierto, ven solo fragmentos? Pues, a pesar de que Juan es muy inteligente, en su testimonio se ve que desconoce la cara trágica de la insurgencia.

Por otro lado, aprendí que a pesar de la crudeza de las historias de los niños se debe dejar a un lado la lástima si la intención es finalizar un trabajo equilibrado que no se centre simplemente en las desdichas de los pequeños sino en la forma como se sobreponen a los problemas. Sin duda, no es una tarea sencilla, los testimonios suelen ser desgarradores, cuesta procesarlos.

También descubrí que los niños no funcionan en un formato de pregunta – respuesta. Es imposible llegar con una serie de interrogantes y pretender que ellos los respondan de forma inmediata. La mejor opción para obtener información es entablando una conversación con ellos, en la que no solo haya preguntas implícitas sobre el conflicto sino también de sus pasatiempos, sueños o anhelos.

Compartir momentos con los pequeños, acompañarlos en sus tareas, a jugar fútbol o en sus labores cotidianas es una estrategia muy útil para saber quiénes son ellos, cómo piensan y qué tanto los ha afectado el conflicto. Muchas veces, sus acciones dicen más que sus palabras.

Ganarse su confianza pasando tiempo con ellos y escuchándolos es la clave de un buen trabajo de campo. Hay que tener claro que de entrada los niños no van a hablar del accionar de los grupos armados, si lo conocen, o de las dificultades que han vivido por causa del conflicto, porque a ellos al igual que a los adultos les da miedo hablar de la guerra. Sin embargo, tratar esos temas con los pequeños es aún más difícil, pues sus padres en ocasiones los han programado para callar. Esa es la manera como los protegen.

Despojarse de los prejuicios es otro reto que uno como periodista tiene a la hora de hacer trabajo de campo. Hay que llegar con la mente en blanco y estar en la disposición de escuchar, sin hacer juicios de valor que puedan alterar los testimonios de los entrevistados, ya que finalmente el objetivo de una crónica basada en la mirada que tienen los niños del conflicto armado es valiosa siempre y cuando se conserve su visión.

Asimismo, para lograr tener una mirada libre de sesgos es fundamental haber investigado previamente el contexto en el que viven los niños. Con el fin de conocer su cultura, ideología y costumbres para entender por qué los pequeños piensan de una manera y no de otra. En ese sentido, es importante tener bien diseñado el marco teórico, pues en este se condensa toda la información académica e histórica que delimita la realidad que viven los chicos.

También es importante plantear las actividades detalladamente, pues al definir la ubicación del proyecto, cronograma y necesidades, es posible visualizar un verdadero alcance.

Además, se debe tener en cuenta que el plan de trabajo ideado no es estático, por lo que es necesario contar con diferentes alternativas que permitan superar los obstáculos.

Finalmente, este trabajo más allá de ser la recopilación de las experiencias de los niños en la guerra interna colombiana, es una herramienta que le permitirá al país y a futuros investigadores comprender el conflicto armado desde un mayor número de voces, para superar prejuicios y tener visiones mejor informadas de la realidad.

4. Bibliografía

- abierta, v. (2013). El origen (1953- 1964). Bogotá, Colombia .
- Abierta, V. (23 de 02 de 2015). *Verdadabierta.com*. Recuperado el 08 de 10 de 2015, de ¿Cuántos niños hay en la guerra?:
<http://www.verdadabierta.com/victimas-seccion/reclutamiento-de-menores/5629-cuantos-ninos-hay-en-la-guerra>
- Abierta, V. (15 de 01 de 2014). *Verdad Abierta.com*. Obtenido de La larga y cruel lucha por la tierra en el Cauca: <http://www.verdadabierta.com/lucha-por-la-tierra/5087-la-larga-y-cruel-lucha-por-la-tierra-en-el-cauca>
- Bello, M. N. (2002). Desplazamiento forzado y niñez: Rupturas y continuidades. . En M. N. Bello, & S. Ruiz Ceballos, *Conflicto armado, niñez y juventud: una perspectiva psicosocial* (pág. 48). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Bello Albarracín, M. N., & Ruíz Ceballos, S. (2002). *Conflicto armado, niñez y juventud: Una perspectiva psicosocial* . Bogotá : Universidad Nacional de Colombia.
- Bello, M. N. (2000). *Relatos de la violencia: Impactos del desplazamiento en la niñez y la juventud*. Bogotá: Editorial Unibiblos.
- Cantillo Barrios, J. (2015). Las teorías del origen del conflicto armado en Colombia. *El Heraldo* , <http://www.elheraldo.co/politica/las-teorias-del-origen-del-conflicto-armado-en-colombia-184562>.
- Cárdenas, M. P. (2009). *Sobrevivimos a la guerra: relatos de jóvenes que no quieren ser*. Bogotá: PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA .
- Coalición contra la vinculación de niños, n. y. (2007). *Informe Conflicto Armado en Colombia Fronteras: la infancia en el límite*. Bogotá: COALICO .
- COALICO. (2014). *13º Boletín de Monitoreo: Niñez y conflicto armado en Colombia*. Bogotá: COALICO.
- DANE. (2005). *Censo general 2005*. Obtenido de DANE:
<http://www.dane.gov.co/index.php/poblacion-y-demografia/grupos-etnicos>
- De la Roche López, M. (2009). Las nuevas generaciones crecen como "públicos" de los medios y del conflicto armado que llega a través de las pantallas . En E. Bernal Castañeda, *Ciclo de conferencias "primera infancia y conflicto armado en Colombia"* (págs. 175-188). Bogotá: Sigma Editores Ltda.
- Familiar, I. C. (2006). *Bienestar Familiar* . Obtenido de <http://issuu.com/icbfcolumbia/docs/codigoinf-adolesc-v2013/3?e=7627936/5128006>
- Familiar, I. d. (11 de 10 de 2012). *Instituto de Bienestar Familiar*. Obtenido de IMPACTO DEL CONFLICTO ARMADO EN EL ESTADO PSICOSOCIAL DE NIÑOS, NIÑAS Y ADOLESCENTES:
<http://rni.unidadvictimas.gov.co/sites/default/files/Documentos/IMPACTO%20CONFLICTO%20ARMADO%20EN%20EL%20ESTADO%20PSICOSOCIAL%20DE%20NINOS%20Y%20ADOLESCENTES.pdf>

Fronteras, M. S. (11 de 10 de 2003). *Hasta cuando en el olvido*. Obtenido de http://www.acnur.org/t3/uploads/media/COI_1582.pdf
Guzmán, L. (2009). *Influencia de los factores aceleradores del conflicto armado del Meta en la dificultad del desarrollo del Departamento*. Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario .

Histórica, C. d. (2013). *Una guerra prolongada y degradada Dimensiones y modalidades de violencia- Basta ya* . Bogotá: Imprenta Nacional .
Halbwachs, M. (1992). *On Collective Memory*. Chicago: University Press.

Infancia, C. C. (2002). *Niñez y Conflicto Armado: Desde la desmovilización hacia la garantía integral de derechos de infancia* . Recuperado el 15 de 11 de 2015, de Niñez y Conflicto Armado: Desde la desmovilización hacia la garantía integral de derechos de infancia : <http://www.unicef.org/colombia/pdf/ciro-angarita.pdf>

Jímenez Sanín, A. L. (2009). El trauma y la angustia en niños que han vivido experiencias violentas . En E. C. Bernal, *Ciclo de conferencias "Primera infancia y conflicto armado en Colombia"* (págs. 89-102). Bogotá: Sigma Editores Ltda.

Martínez, L. M. (08 de octubre de 2009). *Irenees.net*. Obtenido de Memoria histórica y significados de la memoria en Guatemala: http://www.irenees.net/bdf_fiche-analyse-944_es.html

Mèlich, J.-C. (2001). *Ética y pedagogía en los relatos del Holocausto* . Barcelona: Anthropos.

Morelo, G., Castrillòn, G., & Behar, O. (2014). *Pistas para narrar la paz: periodismo en el posconflicto*. Bogotá: Fundación Konrad Adenauer.

Pedraza González, D. M. (2008). La niñez y su representación mediática . En D. M. Pedraza González, *La representación mediática y perspectiva de derechos de la niñez en Colombia* (pág. 119). Bogotá: Universidad Externado de Colombia .

Pueblo, D. d. (04 de 10 de 2014). *Defensoría del Pueblo Colombia*. Obtenido de Presencia de 'Los Urabeños' en Soacha agrava la situación de riesgo de la población: <http://www.defensoria.gov.co/es/nube/regiones/648/Presencia-de-%E2%80%98Los-Urabe%C3%B1os%E2%80%99-en-Soacha-agrava-la-situaci%C3%B3n-de-riesgo-de-la-poblaci%C3%B3n-Los-Urabe%C3%B1os-Sistema-de-Alertas-Tempranas-nota-de-seguimiento-poblaci%C3%B3n-desplaza>

- Radio, C. (11 de 05 de 2016). *Caracol Radio*. Obtenido de Soacha no aguanta más habitantes: Alcaldía:
http://caracol.com.co/emisora/2016/05/11/bogota/1462976343_575202.html
- Rincón, L., & Vargas, P. (2012). *CRÓNICA DE LAS VÍCTIMAS DEL CONFLICTO ARMADO EN EL META*. Bogotá: Universidad Minuto de Dios .
- Ruiz Ceballos, S. (2002). Impactos psicosociales de la participación de niñas y jóvenes en el conflicto armado. En I. p. armado, *Ruiz Ceballos, Sandra; Marta, Bello* (pág. 25). Bogotá: Universidad Nacional.
- Semana. (06 de 05 de 2015). *Semana*. Obtenido de Colombia conserva el deshonoroso título del segundo país con más desplazados:
<http://www.semana.com/nacion/articulo/colombia-es-el-segundo-pais-con-mas-desplazados/426628-3>
- Tunubalá, G. (2013). *Identidad, Conflicto Armado y Resistencia Indígena: El Caso del pueblo Guambiano de Colombia* . <http://munduberriak.org/wp-content/uploads/2013/09/10-El-Caso-del-Pueblo-Guambiano-de-Colombia.pdf>.
- Unidas, C. d. (2012). *Informe del Secretario General sobre los niños y el conflicto armado en Colombia* . Bogotá : Naciones Unidas .
- Valencia Molina, N. (12 de Agosto de 2010). *Scielo*. Obtenido de Reconstrucción de memoria en historias de vida. Efectos políticos y terapéuticos:
http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0123-885X2010000200006&lng=en&nrm=iso&tlng=es
- Víctimas, R. ú. (2015). *Porcentaje de niñas, niños y Adolescentes víctimas del conflicto armado*. Bogotá: Registro único de Víctimas .
- Villarreal, H. (2012). El Periodismo Narrativo. *Replicante* ,
<http://revistareplicante.com/el-periodista-narrativo/>.

ANEXO 1
 PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
 BIBLIOTECA ALFONSO BORRERO CABAL, S.J.
 ENTREGA DE TESIS Y TRABAJOS DE GRADO

FACULTAD: Comunicación y Lenguaje
 PROGRAMA: Comunicación Social
 FECHA DE ENTREGA: 13-01-2017

APELLIDOS COMPLETOS	NOMBRES COMPLETOS	TITULO DE LA TESIS O DEL TRABAJO DE GRADO	NOMBRE DEL DIRECTOR	AÑO DE PRESENTACIÓN	MATERIAL ACOMPAÑANTE			CARTA DE AUTORIZACIÓN (Ver anexo No.2)	
					Marque con una "X"		Cuál? (Dvd, Grabación sonora, otro)	Licencia de uso total institucional	Licencia de uso parcial - indica restricciones
					SI	NO			
Guerrero Arciniegas	Camila Andrea	Las huellas del conflicto armado colombiano en la infancia	Pedro Adrián Zuluaga	2016				x	

DILIGENCIADO POR (Nombres y Apellidos): Camila Andrea Guerrero Arciniegas
 CARGO: Estudiante de Comunicación Social
 FIRMA: 